

MAYAS

PRIMERA PARTE

DEL
PUEBLOS INDÍGENAS
MÉXICO CONTEMPORÁNEO



PUEBLOS INDÍGENAS
DEL
MÉXICO CONTEMPORÁNEO

Mario Humberto Ruz es médico cirujano, maestro en antropología social y doctor en etnología. Es coordinador del Centro de Estudios Mayas de la UNAM y miembro del Sistema Nacional de Investigadores.

Fotografía 1a de forros y portadilla: Muchacha que ya no usa vestimenta tradicional vestida de "catrina".
Dzidzibalché, Halacho, Yucatán.
Fotógrafo: Pedro Tzontémoc, 1993.
Fototeca Nacho López, CDI.

Fotografía página 5: Detalle de la fotografía en pág. 68.

MAYAS

PRIMERA PARTE

MARIO HUMBERTO RUZ



<http://www.cdi.gob.mx>

CDI
972.004
C65
MAYAS
PTE. 1

Ruz, Mario Humberto

Mayas : primera parte / Mario Humberto Ruz. -- México : CDI : PNUD, 2006.
91 p. : maps., retrs., tabs. -- (Pueblos indígenas del México contemporáneo)
ISBN 970-753-039-1

1. MAYAS – HISTORIA 2. MAYA (LENGUA) 3. MAYAS – DEMOGRAFÍA 4. RECURSOS NATURALES – YUCATÁN (PENÍNSULA) 5. AGRICULTURA – YUCATÁN 6. ASENTAMIENTOS HUMANOS – YUCATÁN (PENÍNSULA) 7. VIVIENDAS MAYAS 8. MAYAS – DESARROLLO ECONÓMICO 9. EDUCACIÓN MAYA 10. SALUD PÚBLICA – MAYAS 11. MEDICINA TRADICIONAL – MAYAS I. t. II. Ser.

Catalogación en la fuente: GYVA

Primera edición, 2006

D.R. © 2006 Mario Humberto Ruz

D.R. © 2006 Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas
Av. Revolución 1279, colonia Tlacopac, Delegación Álvaro Obregón,
C.P. 01010, México, D.F.

D.R. © 2006 Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo
Av. Presidente Mazarik 29, colonia Chapultepec Morales, Delegación Miguel Hidalgo,
C.P. 11570, México, D.F.

ISBN 970-753-039-1 / Mayas. Primera parte

ISBN 970-753-006-5 / Pueblos Indígenas del México Contemporáneo

<http://www.cdi.gob.mx>.

Queda prohibida la reproducción parcial o total del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización del titular, en términos de la Ley Federal del Derecho de Autor, y en su caso de los tratados internacionales aplicables. La persona que infrinja esta disposición se hará acreedora a las sanciones legales correspondientes.

Impreso y hecho en México

<http://www.cdi.gob.mx>

MAYAS

PRIMERA PARTE



INTRODUCCIÓN

LOS RASGOS QUE IMPRIME EL MUNDO MAYA EN EL ROSTRO PLURAL DEL MÉXICO INDIO SON, SIN DUDA ALGUNA, DE PRIMERA MAGNITUD. Los herederos de la que es considerada por muchos como la civilización más deslumbrante de la América precolombina tienen su asiento primario en siete estados del territorio mexicano actual: Tabasco, Chiapas, Veracruz, San Luis Potosí y las tres entidades que conforman la península yucateca: Campeche, Quintana Roo y Yucatán, donde habitan los llamados propiamente mayas, que dieron nombre a todos los integrantes de la familia lingüística denominada mayance, mayanse o mayense. Pero cabe recordar que la familia maya desborda las actuales fronteras mexicanas, extendiéndose hacia Belice, Guatemala y Honduras, e incluía en épocas anteriores pequeñas porciones de El Salvador. Hoy, los territorios tradicionalmente reconocidos como asiento de tal o cual grupo lingüístico han variado de manera significativa, pues las urgencias económicas derivadas de la presión demográfica cada vez mayor sobre tierras agostadas, el deterioro generalizado en el ámbito rural y los procesos de globalización provocan una movilidad creciente en todo

Hablar de los mayas significa referirse al segundo pueblo mesoamericano de México en términos numéricos.

el mundo maya, que no se limita a México y Centroamérica, sino que alcanza ya a Estados Unidos y Canadá (véase mapa en tercera de forros)¹.

Incluso desde una fría constatación cuantitativa resulta claro que hablar de la Península de Yucatán es, en buena medida, hablar de los mayas. Y ello significa referirse al segundo pueblo mesoamericano de México en términos numéricos. En efecto, de acuerdo a cálculos recientes, que van más allá de la mera adscripción lingüística y subsanan el sesgo del Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI) al considerar como indígenas apenas a los mayores de cinco años que emplean un idioma indioamericano, los habitantes de hogares ma-

yas alcanzaban para el 2000 casi un millón y medio de individuos (1 475 575), apenas superados por los nahuas (2 445 969) y seguidos de lejos por los zapotecos (777 253), los mixtecos (726 601) y los otomíes (646 875), únicos grupos que superaban el medio millón de integrantes (Serrano, 2003). Y tal importancia se acrecienta si recordamos que, a diferencia de la vecindad maya, los hablantes de nahua se hallan dispersos en más de una veintena de estados.

No sorprende, por tanto, que entre las regiones indígenas de México la península ocupe un sitio privilegiado, por lo que a riqueza humana y cultural toca, surgida de una matriz de antigua y recia raigambre mesoamericana. Diseminados en las tres entidades políticas mencionadas, y prolongándose incluso sobre el territorio colindante de Belice, según apreciaciones recientes los mayas constituyen además la población mayoritaria del estado de Yucatán, sobrepasando en número a los no indígenas (Ramírez, 2002);² situación que só-

¹ Su distribución tradicional era la siguiente: Tabasco, chontales; Chiapas, tojolabales, tzotziles, tzeltales, lacandones, mochós, ch'oles, chujes, mames, kanjobales, jacaltecos y cakchiqueles; Veracruz y San Luis Potosí, huastecos o teenek; Belice, mopanes, mayas y kekchíes; Guatemala, quichés, cakchiqueles, achíes, tzutuhiles, itzáes, mopanes, chujes, acatecos, ixiles, mames, pokomames, pokomchies, awakatecos, chalchitecos, kanjobales, jacaltecos, chortís y kekchíes, y Honduras, chortís.

² El Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática difiere en este dato, al calcular que representan el 37.7 por ciento, pero cabe recordar la mayor precisión de los criterios lingüísticos empleados por la CDI, además del hecho básico de que el INEGI sólo considera en sus apreciaciones a los hablantes de lenguas indígenas mayores de cinco años, hecho que desfigura significativamente los totales.

lo comparte en la República el estado de Oaxaca, con la salvedad de que en éste las etnias rozan la veintena, mientras que en Yucatán la inmensa mayoría de los indígenas se adscribe a un solo grupo étnico, ya que los mayahablantes representan el 99.6 por ciento, con 549 532 hablantes de lenguas indígenas (HLI) mayores de cinco años. En Quintana Roo constituyen el 94.2 por ciento, con 173 592 HLI, y en Campeche el 80.9 por ciento, de un total de 93 765.

Pero la fortaleza de la cultura maya trasciende con mucho los aspectos cuantitativos. Acorde con su importancia numérica, su presencia es clara en la vida económica, política y religiosa de los estados donde habitan, a los cuales permearon culturalmente con tal intensidad que no ha faltado investigador que postule que, en el caso peninsular, los “transculturados” fueron los hispanos (Farriss, 1984: 9). Gracias a esta acusada persistencia de “lo maya”, producto de una continua e inteligente actitud de resistencia —que no desdeña, con tal de permanecer, la renuncia a lo que otros consideran una tradición inamovible—, la

península exhibe rasgos singulares que le han valido, entre otras cosas, el convertirse en una región privilegiada para el turismo de masas, cuyos promotores han sabido explotar los vestigios de la cultura material (prehispánica y colonial), la belleza de sus paisajes y el supuesto exotismo de sus habitantes, hábilmente manipulado por las agencias turísticas. Contrapartida de lo anterior, la especificidad étnica de sus pobladores “naturales” ha servido a menudo para mantenerlos en niveles de pobreza y marginación, derivadas de la explotación que conlleva su condición étnica y el acceso, a menudo difícil, a los programas de beneficio social puestos en marcha por las agencias estatales o federales.

Tal situación, de profundo anclaje histórico, muestra matices de importancia dependiendo del área peninsular donde se ubiquen las comunidades. De hecho, pese a participar de una matriz cultural común, resulta a todas luces impropio hablar hoy de “los mayas” como si se tratara de una entidad amorfa y homogénea. Las especificidades locales de los pueblos

La fortaleza de la cultura maya trasciende con mucho los aspectos cuantitativos; su presencia es clara en la vida económica, política y religiosa en los estados donde habitan.

mayas, surgidas de un devenir histórico no siempre coincidente (y que corre paralelo al muy diverso acontecer de las entidades federativas donde se ubican), requiere, por tanto, destacarse en cualquier estudio que pretenda dar cuenta de la realidad peninsular. A ningún ojo observador escapan, por ejemplo, las diferencias —sutiles o profundas, socioeconómicas o políticas, culturales o religiosas— entre los mayas de la llamada zona henequenera, los herederos de la Guerra de Castas (1847-1901) que se asientan en torno a Carrillo Puerto (la antigua Chan Santa Cruz) y Valladolid, los que trabajan como guías de turistas en Cancún o como asalariados en Mérida, el chiclero campechano de Calakmul, la yucateca que se contrata en alguna maquiladora de Motul, el “costumbrista” de Tixhualactún o la pentecostal de Kaua. Todos ellos, empero, comparten una característica: considerarse y ser considerados mayas.

Cabe además insistir en que si desde el punto de vista histórico hablar de los mayas ha significado a menudo evocar a los constructores de espléndidas ciudades que aún nos impresionan, renombrados astrónomos que dieron vida a una serie de exactos y complicados calendarios, inventores de un preciso sistema numérico que supo del cero antes que los hindúes, creadores de un sistema de escritura que combinaba versatilidad y precisión, o a consumados

artistas de la piedra, la arcilla y el estuco, hacerlo hoy en términos socioeconómicos es referirse a la población más marginal de la península, la que ocupa los primeros sitios en desempleo, carencia de servicios básicos, analfabetismo y morbimortalidad provocada por las llamadas enfermedades de la pobreza. El giro no deja de parecer dramáticamente espectacular: mientras los mayas prehispánicos son considerados una casta de semihéroes, los contemporáneos han pasado a ser, en la visión de algunos, meros vestigios decadentes de un esplendoroso pasado.

Nada más alejado de la realidad: los mayas actuales no sólo son dignos herederos de sus antepasados, sino orgullosos integrantes de un pueblo que ha sido capaz de sortear una y otra vez los escollos planteados por quienes ejercen el poder, re-creando una y otra vez su identidad singular para avanzar con paso firme en la construcción de un futuro en el que ocupen, al fin, el papel protagónico que por derecho les corresponde en un México pluriétnico, democrático y multicultural.

LOS MAYAS Y “LO MAYA”: UN PATRIMONIO MILENARIO Y ACTUAL

Sin lugar a dudas, una de las características más sobresalientes (y atractivas) de la Península de Yucatán es la pronta ma-



Planisferio (detalle), Pierre Desceliers, *The New World*, 1550.
Fuente: E. Klemp, *America in maps dating from 1500 to 1856*, London & New York, 1976.
Citado en: Michel Antochiw, *Historia cartográfica de la Península de Yucatán*, Cinvestav y Grupo Tribasa, México, 1994.

ya, que sorprende y atrapa a cualquier visitante. Se hace presente desde un primer momento: en el rostro y la configuración corpórea de sus moradores, en el tono, los vocablos y los giros del lenguaje que emplean tanto mestizos como mayas, en el atavío que portan en las comunidades no pocas de sus mujeres, en su carácter amable y jocoso, en la forma de sus viviendas, en su peculiar relación con la naturaleza, en la gastronomía y en otros mil detalles de la vida cotidiana, y viene a hacer eclosión cuando de festejos se trata: las imágenes de los santos patronos de los pueblos visitándose unas a otras, los desfiles de los gremios, donde las mujeres lucen sus bellos trajes de fiesta (ternos) realzados por delicadas labores de orfebrería; las alegres vaquerías, donde émulos de toreros hacen las delicias del público con sus “charlotadas”; la música de las jaranas inundando el aire que surcan los cohetes llamados localmente “voladores”, el olor del relleno negro, los dzotobichayes, los papadzules y los polcanes; los altares que se levantan en cada casa para noviembre, mes en que se espera a los muertos de la familia con tamales, frutas, cigarrillos y los platillos que en vida más les gustaban, distribuidos en torno a la yax cruz, la “ceiba-cruz”.

Este complejo y espléndido patrimonio cultural, que se despliega en un amplio abanico de manifestaciones sonoras,

visuales, olfativas, gustativas y hasta táctiles, no es una mera explosión sensorial: surge de una peculiar manera de concebir y vivir el mundo; concepción que a su vez se nutre de una realidad histórica con una antigüedad cercana a los 3 mil años, ya que —a decir de los arqueólogos— hace al menos 30 siglos comienzan a apreciarse las primeras improntas culturales tangibles que se pueden considerar como características de la civilización maya.

Mucho tiempo ha pasado desde entonces, e innumerables cosas han cambiado. A esos rasgos primarios se sumaron otros adaptados de tradiciones culturales próximas o distantes: las influencias nahuas llegadas de los altiplanos centrales de México, los crecientes y feroces embates de la globalización actual, pasando por 300 años de dominio hispano que modificaron sustancialmente los antiguos patrones: desde la modificación del paisaje con nuevos elementos de flora y fauna, hasta el brutal trastocamiento de una antigua y compleja religión politeísta que fue sustituida por el cristianismo, incluyendo la reconfiguración de los poblados, nuevas formas de organización social, política y laboral, cambios en el atavío y los patrones alimenticios, y la manera de acompañar a los muertos o celebrar el gozo de estar vivos, entre otros muchos.

Ataques de piratas, guerras de Independencia, asonadas, intentos separatistas

Múltiples significantes los relacionan como pueblo. Entre ellos, la adscripción a un territorio: el denominado Mayab desde antiguo.

y luchas fratricidas entre conservadores y liberales, invasiones extranjeras, gobiernos revolucionarios y contrarrevolucionarios, indigenistas o integracionistas, nacionalistas o neoliberales, los pueblos mayas han sido testigo de éstos y otros muchos avatares históricos. Pero no testigos pasivos. Una y otra vez, en forma discreta y callada, o abierta y sonora, dependiendo de la época y las circunstancias, han tomado partido por una u otra causa —a veces incluso en forma dividida—, pero apostando siempre a una causa primaria: la de seguir siendo mayas, conservar contra viento y marea su derecho a seguir expresando su singular identidad, a reclamar como elemental su prerrogativa a ser jurídicamente iguales en la diversidad cultural.

Tal singularidad no responde a uno sino a múltiples significantes que los relacionan como pueblo, pero hay algunos cuyo mayor peso es indudable. Entre ellos se encuentra la adscripción a un territorio: el denominado Mayab desde antiguo, que se inicia ya en el arranque continental de la península, incluyendo partes de las que ahora son naciones vecinas: Guatemala y

Belice. En ésta viven hasta hoy hablantes del idioma maya, mientras que en el norte del Petén guatemalteco, a más de la impronta maya perceptible aún en los poblados de origen mestizo,³ se asientan los itzáes, cuya lengua es tan próxima al maya que para ciertos lingüistas podría considerarse una mera variante dialectal, lo que no sería de extrañar tratándose de un grupo procedente de la propia península. Y otro tanto ocurre con los lacandones actuales, que no son descendientes de los chortís que desde antiguo habitaban esa región, sino de mayas yucatecos que vinieron a ocuparla en pleno siglo XVIII, entrando desde el poblado de San José de Gracia.

Pero si bien los mayas siguen habitando un territorio que domesticaron hace milenios, ahora lo comparten con otros, en particular con los mestizos, surgidos no sólo del maridaje maya con lo hispano, sino también de los mestizajes resultantes de

³ Muchos de ellos, recordemos, fundados por pobladores de Yucatán durante la época colonial y el siglo XIX, a más de los que ya existían desde tiempos precolombinos.

otras oleadas migratorias, casi todas ellas del siglo XIX, entre las cuales merecen destacarse las de grupos libaneses, asiáticos (chinos y coreanos), e incluso con otros grupos indígenas, como los yaquis (desplazados de su hábitat original en la época porfirista para segar sus revueltas) y, en fechas más recientes, con aquellos que se han visto atraídos por los terrenos más deshabitados de la península (sur campechano y quintanarroense) o por el impresionante desarrollo turístico del litoral caribeño. Y a ellos habría que agregar a los mayas y mestizos guatemaltecos que se vieron forzados a abandonar su país durante la guerra de las últimas décadas del siglo XX, hoy nacionalizados mexicanos.

Así, por referirme tan sólo a uno de los tres estados peninsulares, el de Campeche, cuya población indígena hasta hace unas décadas era considerada exclusivamente mayahablante, vemos que para 1994 albergaba —de acuerdo con estimaciones en ese tiempo del Instituto Nacional Indigenista (INI)— una población indígena de 128 412 sobre un total de 347 493 pobladores. Entre éstos, ocupaban el primer lugar los hablantes de maya (81.04 por ciento), seguidos por los ch'oles (de procedencia chiapaneca, vía el colindante estado de Tabasco), que apenas rebasaban el 6 por ciento. El 13 por ciento restante se repartía entre quienes hablaban alguno de los

otros 18 idiomas indígenas que registraron las encuestas. Seis años más tarde, un nuevo censo (más detallado desde el punto de vista lingüístico) daba fe de la presencia de nada menos que 44 lenguas mesoamericanas en el estado —empleadas por 93 765 individuos—, entre las cuales destacaban numéricamente el maya (75 874), el ch'ol (8 844), el kanjobal (1 896), el tzeltal (1 706) y el mam (1 226), seguidos muy atrás por el tzotzil, el náhuatl, el zapoteco, el kekchí, el totonaco y el chuj (*Campeche. Tabulados básicos*, 2001: 125). Como el propio INEGI señala, si bien entre 1990 y 2000 la proporción de hablantes de lengua maya se mantuvo casi igual, el idioma ch'ol “incrementó su población de hablantes en 3.3 puntos porcentuales, al pasar de 6.1 a 9.4 por ciento en el mismo periodo” (*Campeche. Perfil sociodemográfico*, 2003: 55).

La manera en que estos grupos han impactado las formas de posesión del territorio son diversas y dependen, entre otras cosas, del número de sus integrantes, de las actividades a que se dedican o del periodo y condiciones en que llegaron, pero es claro que el mayor impacto procede de los grupos mestizos surgidos bajo la dominación española, pues fue esa la época en que se llevaron a cabo modificaciones sustanciales en la distribución territorial, congregando en pueblos mayores a las poblaciones indígenas existentes, “reduciendo a

poblado” a quienes se encontraban dispersos, redistribuyendo los antiguos espacios y posesiones de acuerdo con la legislación en boga y creando “villas” específicas para asiento de los españoles: Mérida, Campeche, Valladolid, Bacalar y Payo Obispo (antecedentes estas dos últimas del Chetumal contemporáneo); villas cuyas tierras y jurisdicciones mermaron las tierras mayas, aunque en cantidades no particularmente significativas.

Más adelante, con el desarrollo de nuevos cultivos y la introducción de especies animales diversas, en particular ganado bovino, caballar y mular, los españoles y sus descendientes (criollos o mestizos) fueron creando ranchos y estancias, propiedades privadas cuyo establecimiento, en un principio, se autorizaba sólo cuando no afectaba los fundos y “exidos” legales de los pueblos indios, poseídos en modo colectivo, pero que más tarde fueron también invadidos.⁴ La situación se agudizó tras la independencia de España, con las Leyes de Reforma (1867), que promovieron la liberación de tierras y mano de obra para el creciente mercado, llegando a su clímax en el auge del periodo denominado henequenero, cuando el suelo peninsular, tradicio-

nalmente tenido por pobre, mostró su potencial para el cultivo del henequén o sisal (*k'í* en maya), del cual se obtiene una fibra que tuvo enorme demanda en los mercados nacional e internacional, que se mantuvo hasta que la invención de fibras plásticas vino a sustituir los cordajes naturales, llevando a la industria del henequén prácticamente a la ruina.

En las primeras décadas del siglo XX, bajo el gobierno nacionalista de Lázaro Cárdenas, los terrenos que se habían acumulado en unas cuantas manos volvieron a distribuirse entre los descendientes de sus dueños originales, así como entre los campesinos mestizos, bajo la forma de propiedades ejidales. Proceso a través del cual se buscó subordinar los recursos productivos de las regiones al proceso de acumulación nacional, y que en el caso henequenero —debido a las agudas contradicciones entre los grupos que intervenían en el proceso de producción, manufactura y venta— se tradujo en un bloqueo de la capacidad productiva del ejido (De Teresa, 1992: 291 y ss). A fines de ese siglo, las reformas al artículo 27 constitucional (3 de enero de 1992) promovieron la parcelación de las tierras y su entrega a los ejidatarios, ahora como propietarios individuales, lo que conllevó el desmantelamiento del ejido, con el objetivo de liberar una vez más para el mercado las tierras y la fuerza de trabajo de

⁴ Acerca de la tenencia maya de la tierra en esos periodos, véase Bracamonte (2004).

sus habitantes, a decir de varios autores. En el caso peninsular, las reformas propiciaron además la clausura de la industria henequenera, la venta de las desfibradoras, la liquidación de los ejidatarios de las nóminas y su exclusión del Instituto Mexicano del Seguro Social. En resumen, un franco deslinde de la responsabilidad del Estado frente a los campesinos (Pinkus, 1993: 24-26); responsabilidad que, en no pocos casos, había adoptado tintes paternalistas y asistencialistas, casi siempre con fines electorales.

Sobre este territorio, una y otra vez fisurado, fracturado y reconstituido, se asientan los pueblos mayas.

Aunque en extensión territorial las tres entidades que conforman la península son comparables grosso modo, su densidad poblacional es dispar desde hace buen tiempo, respondiendo tanto a características geográficas como a procesos históricos. Así, para 1930, por hablar sólo de épocas modernas,

Yucatán contaba con 380 096 habitantes, mientras que Campeche tenía 84 630 y Quintana Roo apenas rebasaba los 10 mil. Hoy las distancias se han acortado: para el 2000 Yucatán seguía a la cabeza con 1 658 210 habitantes, pero Quintana Roo se pobló a pasos agigantados: 703 536 habitantes en 1995, y 874 963 en el 2000. Campeche pasó a ocupar el último sitio con 690 689 habitantes para el 2000 (INEGI, *Tabulados básicos*, 2001). En 1995, frente a un promedio nacional de 46 habitantes por kilómetro cuadrado, la densidad peninsular era de 40, 17 y 12 respectivamente. Yucatán concentraba el 1.7 por ciento de la población total del país, Quintana Roo el 0.8 por ciento y Campeche el 0.7 por ciento.

Pese a lo anterior, estos dos últimos estados se ubicaban entre los primeros sitios en cuanto a tasas medias de crecimiento anual poblacional de la República. Campeche, cuarto lugar, mostró una tasa de 3.8 en el periodo de 1970-1990, misma que en la década 1990-2000 descendió a 2.6 por ciento, en tanto que para el primer lapso Quintana Roo registró una espectacular tasa de 8.9 por ciento, manteniéndose en el primer lugar nacional en cuanto a tasa media de crecimiento (8.23 por ciento) entre 1990 y 2000. De hecho, se calcula que entre 1970 y 2000 su población se ha multiplicado casi diez veces. Es claro que en ambos casos buena parte de tal creci-

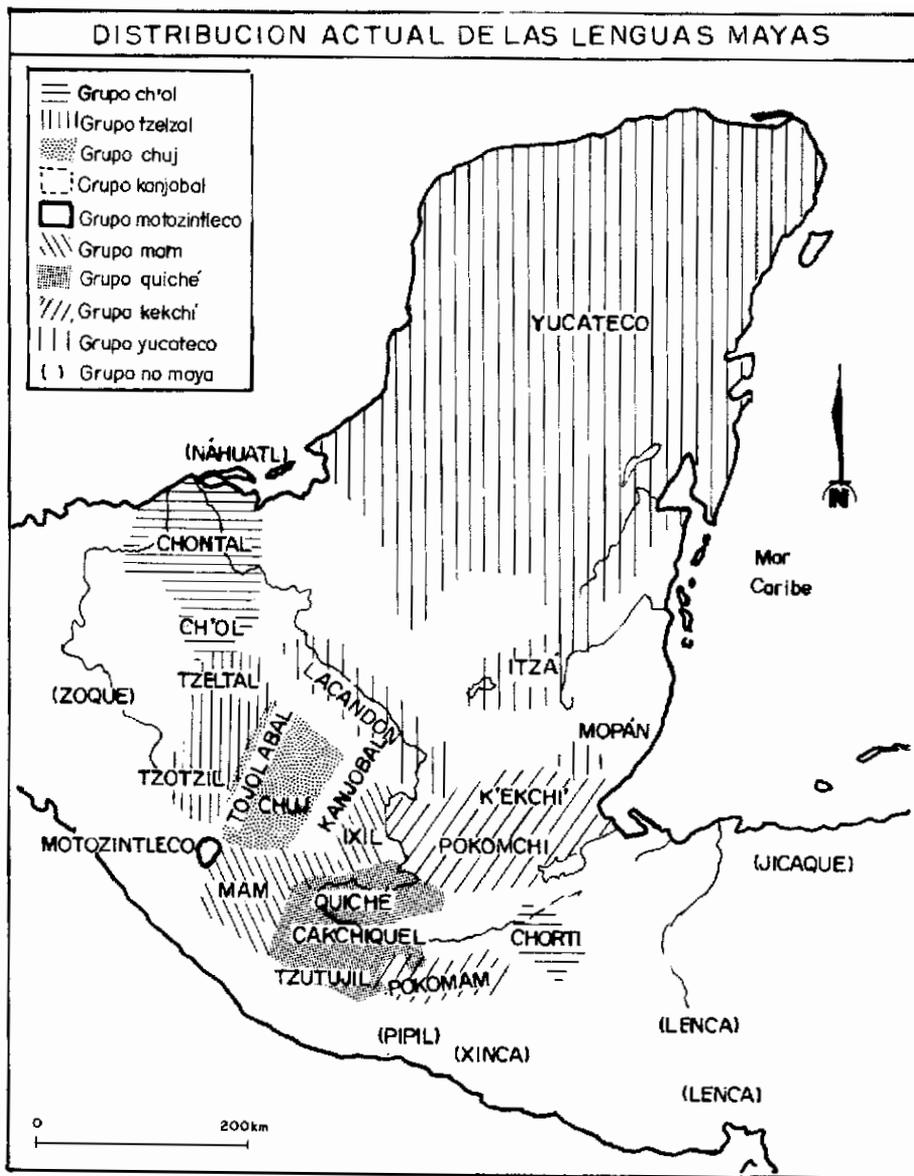
En extensión territorial las tres entidades que conforman la península son comparables grosso modo, su densidad poblacional es dispar desde hace buen tiempo.

miento obedeció a la inmigración, ya que en el 2000 cerca de la cuarta parte de los pobladores de Campeche (22.6 por ciento) nacían en otro estado mexicano y 0.7 por ciento en otro país, mientras que más de la mitad de los moradores de Quintana Roo (56.9 por ciento) había nacido fuera del estado. Yucatán, en cambio, pese a seguir creciendo por arriba del promedio nacional (que es de 1.85 por ciento), exhibió para 1980-1990 una tasa media de crecimiento anual poblacional de 2.57 por ciento, que entre 1990 y 2000 descendió a 1.99 por ciento. No parece atraer particularmente a los inmigrantes, si tomamos en cuenta que para ese último año apenas 6.8 por ciento de sus pobladores nacían en otra entidad federativa y 0.2 por ciento en otro país (INEGI, *Perfil sociodemográfico*, 2003: 15-23).

Otro dato de interés es el que remite a la distribución poblacional. De acuerdo al INEGI, para el año 2000 se contaron en Campeche 3 099 localidades, 99.2 por ciento de ellas con menos de 2 500 habitantes, que en conjunto representan 29 por ciento del total de campechanos. El 18 por ciento se aloja en pueblos con 2 500 a 14 999 habitantes; el 7.1 por ciento lo hace en asentamientos que cuentan entre 15 000 y 49 999 habitantes y el 45.9 por ciento del total poblacional habita en dos ciudades: Campeche y Ciudad del Carmen. Quinta-

na Roo, que pasó de 1 303 localidades en 1990 a 2 167 para el 2000, concentra casi 60 por ciento de su población en Cancún y Chetumal, mientras que 6.8 por ciento se ubicaba en asentamientos entre 50 000 y 99 999 habitantes, el 7.1 por ciento lo hace en poblados cuyos vecinos oscilan entre 15 000 y 49 999, 9.3 por ciento habitan pueblos que cuentan entre 2 500 y 14 999 habitantes, y el restante 17.5 por ciento en poblaciones con menos de 2 500. El INEGI no reporta la cantidad de localidades con que cuentan los 106 municipios yucatecos, pero sí señala que en 97 de ellos se agrupa el 36.1 por ciento de la población estatal, mientras que los otros nueve albergan al 63.9 por ciento restante. Tan sólo el municipio de Mérida, la capital, concentraba para el 2000 el 43 por ciento de la población yucateca, y si a éste se suman los municipios de Umán, Progreso y Kanasín, que conjuntamente forman la zona metropolitana de Mérida, el porcentaje alcanza 50.8 por ciento. Ello significa que en 102 municipios reside menos de la mitad de los pobladores del estado: el 18.7 por ciento lo hace en localidades con menos de 2 500 habitantes (localidades que representan nada menos que el 97.5 por ciento del total estatal); el 22.5 por ciento, en las que van de 2 500 a 14 999 habitantes, y el otro 18.9 por ciento, en aquellas con 15 000 a 49 999 habitantes (*ibid.*).

MAPA DE LENGUAS



Del total de esos 3 233 862 habitantes de la península en el año 2000, el INEGI consideró que 790 953 personas mayores de cinco años hablaban la lengua maya. De ellos, Campeche albergaba 75 874, Quintana Roo 167 746 y Yucatán 547 333. Por su parte, la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CDI) calcula para ese mismo año un total de 799 696 hablantes de maya: 547 098 en Yucatán, 163 477 en Quintana Roo y 75 874 en Campeche, a los cuales se sumarían 14 173 personas habitando en “hogares mayas”⁵ radicadas fuera de la Península de Yucatán, principalmente en el Distrito Federal y los estados de Tabasco, México, Veracruz y Baja California (Serrano, 2003: 65-68).

Con 44.2 por ciento de su población mayor de cinco años hablante de alguna lengua indígena en 1990, 39.7 por ciento en 1995 y 37.3 por ciento en el 2000, Yucatán es el estado con mayor población hablante de lengua indígena en todo el país. Los porcentajes de Quintana Roo, por su parte, fueron de 32.2 por ciento en 1990, 26.1 por ciento en 1995 y 23 por ciento en 2000, mientras que Campeche registró 19 por ciento en la primera fecha, 15.9 por ciento en la segunda y 15.5 por ciento en

⁵ Entienden por tales aquellos “donde el jefe, el cónyuge o algún ascendiente habla maya”.

Yucatán es el estado con mayor población hablante de lengua indígena (HLI) en todo el país.

la tercera. Dichas cifras, empero, han de tomarse con precaución ya que no implican necesariamente un decremento absoluto de los indígenas dado que: 1) buena parte del crecimiento de Campeche y Quintana Roo fue por agregación externa; 2) una importante cantidad de los pobladores indígenas es menor de cinco años, lo cual los deja fuera de las consideraciones del INEGI, y 3) la lengua, pese a ser un marcador privilegiado, no es el único criterio válido para calificar la etnicidad, al menos no desde una perspectiva antropológica.

Ciertamente, el empleo del idioma maya es el criterio más empleado a nivel local para identificar a alguien como perteneciente al grupo étnico del mismo nombre, e incluso, para algunos, el único realmente válido. Por ello mismo, no deja de ser curiosa la insistencia, bastante común, de los mayas campechanos de que “la maya” utilizada en su estado no es la “auténtica” o *haach*; la posesión de ésta se considera propia de sus vecinos yucatecos. Pero también se invocan diferencias locales, como si las distancias entre *el yo* y *el otro* se acortaran o

El empleo del idioma maya es el criterio más empleado a nivel local para identificar a alguien como perteneciente al grupo étnico del mismo nombre.

alejaren según el punto de referencia. Así, para los de Iturbide, la “verdadera maya”, la “cantada” o *kai bi taan*, es la que se habla a lo largo del Camino Real y sobre todo en Yucatán, mientras que la que ellos mismos emplean se considera “alterada” o “menos original”; los de Tikinmul distinguen entre “la maya profunda” y la “amestizada” que se utiliza en su pueblo; para los de Hecelchakán, cabecera ubicada en el mismo Camino Real, los “mayeros” son los de los pueblos —aunque no hablen “tan bonito” como en Yucatán—; ellos, aun cuando la sigan empleando en los barrios, son “hecelchakanenses”; los de Champotón, más cosmopolitas, se definen como “campechanos” y los de Isla del Carmen toman distancia de éstos, sus rivales, definiéndose como “carmelitas” (Ruz *et al.*, en prensa).

Otro tanto ocurre en Yucatán, donde los propios mayas distinguen al menos dos variantes: la “antigua”, “pura” y “verdadera” (*jach maya*), y la “moderna”, “corrompida” y “mezclada” (*xe’ek*). La primera la sitúan en las cercanías de Valladolid, en Peto y Quintana Roo; mientras que, como hablan-

tes de la segunda, apuntan en particular a los habitantes de la ex zona henequenera; es decir, en torno a Motul. Los lingüistas, por su parte, identifican al menos cinco variantes regionales “que no llegan a ser dialectos, pues existe todavía una mutua inteligibilidad” (Quintal *et al.*, *op. cit.*: 301).⁶

Sea como fuere, el relativo a la fortaleza de la lengua maya es aspecto de particular interés, pues cabe recordar que el idioma maya exhibe altos índices de permanencia, además de contar con cerca de 800 mil hablantes mayores de cinco años,

⁶ No está de más recordar que se cuenta con una rica tradición de estudios descriptivos del maya desde los primeros años de la colonización española, tradición que ha producido un valioso acervo de diccionarios y gramáticas. Sin embargo, parte del patrón gramatical del español y del latín no contempla al maya como una lengua aglutinante y por tanto tipológicamente diferente. Estos estudios gramaticales tradicionales son el eje, aun hoy, de la política lingüística regional, especialmente en lo que se refiere a la enseñanza escolar y la elaboración de libros de texto, lamentablemente sin incorporar aún los análisis tipológicos y los avances sociolingüísticos (Bárbara Pfeiler Blaha, comunicación personal).

lo que la ubica como la segunda lengua mesoamericana empleada en el país. Ello no impide constatar que, a la par de que existe un marcado decremento en el número de hablantes monolingües mayas, se registra una tendencia a usar el maya en ámbitos sociales cada vez más limitados, como el hogar. Este decremento es producto de distintas variables, como la creciente migración laboral y la penetración de los medios masivos que emiten sus programas básicamente en español, lo que obliga a reflexionar sobre las perspectivas y condiciones de supervivencia de la lengua autóctona en esta región.⁷

Por otra parte, es también claro que hoy las identidades territoriales parecen privar sobre las lingüísticas, aun cuando no hayan logrado suplantarlas. La diferenciación en los giros y campos de empleo del idioma maya es mucho más compleja. En los pueblos pequeños sigue siendo la lengua familiar y pública, aunque algunos jóvenes prefieran ir por las calles hablando en español. Los abuelos se enojan y exigen respeto a la lengua de sus propios abuelos; los padres toleran pensando en las ventajas del bilin-

güismo; muchos jóvenes sueñan en castellano. Los grupos se separan con claridad: los mayores que utilizan siempre el maya, mezclando en ocasiones frases en español; los que emplean su lengua materna sólo con los parientes o conocidos y recurren al castellano para el trato con otra gente; aquellos que niegan conocerlo o haberlo practicarlos y quienes lo han perdido definitivamente.

Asimismo, con frecuencia en los poblados de mayor tamaño el empleo del maya como idioma cotidiano es mucho más común en los barrios que en el centro, en ocasiones incluso mezclando parlamentos o frases en ambas lenguas. Y lo mismo se registra en los mercados de los pueblos, a donde acuden “mayeros” habitantes de asentamientos cercanos a vender o comprar. En estos casos, es harto común que los tratos y conversaciones fluctúen entre una lengua y otra, en especial en lo que a nombres de productos toca. Otro tanto vale para los puestos de comida en la plaza y los comercios del centro, cuyos dueños o empleados manejan al menos el maya “suficiente” para poder satisfacer los requerimientos de sus parroquianos, e incluso en las oficinas de algún palacio municipal, como el de Hecelchakán, Campeche, cuyas secretarías son capaces de entender y hacerse entender en la lengua mesoamericana, aunque, como ellas confiesan, “no la dominan”. Por desgracia no ocurre lo mismo en un área don-

⁷ La mayoría de los estudios sobre lenguas minoritarias coinciden en señalar que lenguas están sufriendo cambios que apuntan hacia una eventual, aunque lejana, extinción, lo cual significaría una irreparable pérdida cultural (Bárbara Pffeiler Blaha, comunicación personal).

de el bilingüismo resultaría clave, como los centros de salud, ya que el personal capacitado a la usanza occidental se dirige en español a los usuarios. Actitud sin duda original es la del sacerdote del mismo Hecelchakán y sus alrededores, quien desconoce la lengua que emplea buena parte de sus parroquianos (sobre todo en las comunidades más pequeñas del municipio), lo cual no es impedimento para que ejerza su ministerio: ellos se confiesan en maya y él los absuelve en español pues, asegura: “ellos cumplen con confesarse y yo con absolverlos”. Al fin y al cabo, pensaría uno, la acción de la gracia divina no requiere alfabetos.

Es interesante destacar que cuando se le pregunta a la gente si hay una forma de vivir, de sentir, que diferencie al indígena maya de quienes no lo son, siempre recalcan que los “verdaderos mayas” fueron sus abuelos —y, yendo más atrás, los antepasados de éstos, quienes construyeron y vivieron en los sitios arqueológicos— los cuales supieron mantener las costumbres, los ritos y, sobre todo, que hablaban “la maya pura”. Por su parte, los hijos de familias que se han establecido definitivamente en las ciudades ya no hablan maya y, en no pocos casos, ni siquiera la entienden, porque en la casa se ha dejado de emplear, o sólo la emplean entre sí el cabeza de familia y su pareja (y por lo común suelen ser parejas mayores de 35 a 40 años).

En efecto, para las nuevas generaciones, el idioma maya se revela poco funcional en el contexto urbano, “ya que no ayuda a conseguir trabajo sino, por el contrario, puede perjudicarlo a uno”, según declaró un campechano de 27 años. No es por tanto extraño que el idioma de sus abuelos sea para muchos, en particular para los jóvenes, sinónimo de rural, viejo, atrasado, fuera de moda, pobre, indio, desempleado, todo aquello de lo que muchos quisieran alejarse. El español es, en cambio, la lengua de las telenovelas y las películas, de los futbolistas, de los profesores, los funcionarios y los profesionistas (locales o foráneos), de los libros escolares, de la computadora, de la Biblia y del sistema de cable; el idioma de los ricos, los “educados”, los triunfadores.

Baste como ejemplo el caso de Campeche, la entidad peninsular que alberga al menor número de hablantes de maya y donde, en consecuencia, la situación del idioma sería más “riesgosa”. Allí, los datos censales de 2000 reportados por la CDI parecen avalar la opinión popular, cuando vemos la distribución de hablantes de lengua indígena (HLI) y no hablantes (NHLI) en los hogares mayas⁸ del estado por grupos

⁸ Cabe señalar que el cuadro ofrecido por la CDI, si bien se titula “Población en hogares mayas”, apunta en su segunda nota que el listado “incluye hablantes de lengua maya y de otras lenguas indígenas”; aparente sinsentido.

de edad, que muestra una curva franca de aumento de no hablantes en las generaciones más jóvenes si invertimos el orden reportado por el censo.

CUADRO 1.

Grupo de edad	Total	HLI	NHLI
65 y más años	10 513	9 638	871
45 a 64 años	21 062	17 856	3 199
25 a 44 años	34 748	23 383	11 335
15 a 24 años	32 912	13 498	19 358
5 a 14 años	34 529	10 268	24 035
0 a 4 años	13 846	*	*

* Recuérdese que los censos no individualizan en este grupo.

Llevado a porcentajes, lo anterior arroja las siguientes cifras, que hablan por sí solas:

CUADRO 2.

Grupo de edad	% NHLI
65 y más años	8.28
45 a 64 años	15.1
25 a 44 años	32.6
15 a 24 años	58.8
5 a 14 años	69.6

Fuente: Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas / Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, "Sistema Nacional de Indicadores sobre la Población Indígena de México", 2002, con base en el XII Censo General de Población y Vivienda 2000.

Para las nuevas generaciones, el idioma maya se revela poco funcional en el contexto urbano.

Si, para poder apreciar la pérdida generacional en forma comparativa en los municipios campechanos donde tradicionalmente se emplea con frecuencia el idioma maya, traducimos en porcentajes a los NHLI, los resultados son francamente dramáticos (ver cuadro 3).

Los datos censales muestran, pues, una tendencia histórica (con escasas variantes) a una pérdida más acelerada en los tres municipios centrales, con un franco retroceso en el empleo del idioma maya en los grupos de edad menores de 24 años. Esto se hace ya evidente incluso en el grupo de individuos situados entre 25 y 44 años, cuando la pérdida, comparado con el grupo de edad inmediato superior, casi se duplicó en Campeche, fue más del doble en Champotón, creció en cerca de 300 por ciento en Tenabo, Hopelchén y Calkiní, y casi se cuadruplicó en Hecelchakán. Un panorama ciertamente desolador por lo que a pérdida cultural e identitaria respecta (ver cuadro 4).

CUADRO 3. PORCENTAJE DE NO HABLANTES DE LENGUAS INDÍGENAS

Grupo de edad	Campeche	Champotón	Tenabo	Hecelchakán	Calkiní	Hopelchén
65 y más años	16.1	11.0	5.2	3.1	2.7	2.0
45 a 64 años	29.5	21.9	13.9	5.8	5.5	5.7
25 a 44 años	53.7	49.1	45.0	21.4	17.6	15.7
15 a 24 años	82.2	86.3	84.1	53.3	39.4	39.2
5 a 14 años	92.4	93.2	93.7	65.1	51.3	56.5

Fuente: Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas / Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, "Sistema Nacional de Indicadores sobre la Población Indígena de México", 2002, con base en el XII Censo General de Población y Vivienda 2000.

CUADRO 4. HABLANTES DE LENGUA INDÍGENA (HLI) MAYORES DE 5 AÑOS, 2000

Estado	Población total mayor de 5 años	HLI	% HLI
Campeche	606 699	93 765	15.5
Quintana Roo	755 442	173 592	23.0
Yucatán	1 473 276	549 532	37.3

Fuente: Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, *Perfil sociodemográfico*, 2003.⁹

CUADRO 5. PORCENTAJE DE POBLACIÓN MAYOR DE 5 AÑOS HABLANTE DE LENGUAS INDÍGENAS, SEGÚN CONDICIÓN DE HABLA ESPAÑOLA, 2000

Estado	Total	Bilingüe	Monolingüe	No especificado
Campeche	93 765	93	5.6	1.4
Quintana Roo	173 592	91.7	7.3	1.0
Yucatán	549 532	90.6	8.7	0.7

Fuente: Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, *Perfil sociodemográfico*, 2003.

⁹ De aquí en adelante, cuando se trate de comparaciones entre los tres estados, se apuntará únicamente *Perfil sociodemográfico*, en vez de consignar los tres volúmenes, por cuestiones de espacio.

A más de la divergencia numérica perceptible en los cuadros anteriores, conviene destacar que —pese al indiscutible predominio de la lengua mesoamericana originaria— mientras en Yucatán casi 100 por ciento de los HLI tiene el maya como idioma materno, la variedad lingüística en los otros estados es mucho más significativa, como lo muestra el cuadro 6.

En el caso quintanarroense, el INEGI reporta que se hablan más de 50 lenguas indoamericanas, lo que obedece a tres factores que han influido en el crecimiento absoluto de la población indígena de la entidad: 1) la presencia de refugiados guatemaltecos hablantes de otras lenguas mayances,¹⁰ 2) la colonización, tanto dirigida como espontánea, que se desarrolló en el estado

CUADRO 6. PORCENTAJE DE POBLACIÓN MAYOR DE 5 AÑOS HABLANTE DE ALGUNA LENGUA INDÍGENA*

Lengua	Campeche	Quintana Roo	Yucatán
Maya	80.9	94.2	99.6
Ch'ol	9.4	0.5	0.1
Kanjobal	2.0	0.7	-
Tzeltal	1.8	-	-
Mam	1.3	0.4	-
Tzotzil	0.6	0.7	-
Náhuatl	0.5	0.7	-
Zapoteco	0.5	0.5	0.1
Totonaca	-	0.4	-
Mixe	-	-	0.1
Otras lenguas	2.2	1.6	0.1

* Se privilegiaron las ocho lenguas más habladas en cada estado, mismas que no necesariamente coinciden.

Fuente: Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, *Perfil sociodemográfico*, 2003.

¹⁰ Su número, sin embargo, descendió entre 1990 y 1995, tras el retorno a Guatemala.

en las décadas de 1960 y 1970, y 3) los importantes flujos migratorios actuales hacia la zona turística. Dado su enorme poder de atracción sobre inmigrantes indígenas, vale la pena detenerse un momento en este estado,¹¹ cuya población indígena mayor de cinco años es bilingüe (lengua indígena y español) en 91.7 por ciento. En el 7.3 por ciento monolingüe restante predominan las mujeres (9.9 por ciento) sobre los hombres (5.1 por ciento), lo cual se explica en buena medida por el hecho de que la migración indígena de Yucatán y Campeche hacia la zona turística se conforma principalmente de población joven, bilingüe y masculina.

Los datos indican que el monolingüismo se concentra en la parte central del estado, en donde las comunidades indígenas tiene un carácter más tradicional, por ser una zona de refugio de los rebeldes de la Guerra de Castas, quienes mantienen hasta la actualidad barreras culturales a la injerencia de las instituciones públicas y de la población no indígena. En esta zona la identidad de la población maya es fuerte y su organización social de corte tradicional opone barreras al proceso de aculturación. En cambio, la población que habita en la zona norte del estado enfrenta un dinámi-

co proceso de transculturación y de reformulación identitaria por la influencia que ejercen el contexto urbano y la atención al turismo. Aquí, la carencia de estructuras organizativas de la población indígena y su convivencia con inmigrantes de muy diversos orígenes sociales provoca que se conciba la identidad indígena como desfavorable para el ingreso al mercado de trabajo y, como consecuencia, se tienda a la adopción de valores, costumbres y características de la población no indígena. Muestra de ello es que el monolingüismo no sea significativo. Así, en los municipios de Cozumel, Isla Mujeres y Benito Juárez es prácticamente nulo y predomina el bilingüismo.¹² En la zona central, en cambio, es alto: en Carrillo Puerto, el INEGI reporta 7 422 monolingües de 38 771 HLI, y en José María Morelos, 1 635 de 16 388. En la zona sur, donde se registran otros idiomas además del maya, el monolingüismo

¹² Si bien la isla de Cozumel y poblados como Tulum contienen también población indígena originaria maya, en la región de desarrollo turístico la mayor parte de tales pobladores son inmigrantes. El municipio de Benito Juárez, en donde se encuentra la ciudad de Cancún, tenía ya en 1995 el mayor dato absoluto de población indígena de la entidad. Por su parte, los de Cozumel y Solidaridad son asimismo importantes centros de recepción de inmigrantes indígenas (*ibid.*). Para el 2000 los hablantes de lenguas nativas de estos dos municipios representaban el 17.8 y el 30.2 por ciento del total de su población.

¹¹ Esbozo aquí, actualizando las cifras, algunos puntos tratados con mayor detenimiento en Bramante, 2002, y Ruz *et al.*, 2002.

La identidad de los indígenas mayas se mantiene con vigor por la concurrencia de al menos tres factores asociados: el uso cotidiano de la lengua maya, la permanencia de rituales y costumbres religiosas y la organización social de carácter autónomo de las comunidades.

es relativamente bajo (Bracamonte, 2002: 115-117).

Sea como fuere, es claro que el crecimiento indígena absoluto es constante y se deriva de dos fuentes: el aumento natural que se registra en los tres municipios de mayoría indígena (Lázaro Cárdenas, Carrillo Puerto y Morelos), cuyos índices de natalidad sobrepasan la media de la entidad, y la corriente migratoria hacia los centros urbanos y de desarrollo turístico, ya que un segmento muy importante de esos inmigrantes tiende a permanecer en el estado y los que retornan a sus lugares de origen son suplidos por nuevos inmigrantes. La pérdida del uso de la lengua indígena es más frecuente entre los hijos de los inmigrantes que viven la etapa de socialización —entre uno y once años— en el lugar de destino y es menor entre los inmigrantes temporales, cuyas familias por lo regular permanecen en sus lugares de origen.

En resumen, mientras que en la zona central la identidad de los indígenas mayas se mantiene con vigor, en buena medida

por la concurrencia de al menos tres factores asociados: el uso cotidiano de la lengua maya, la permanencia de costumbres rituales y religiosas (a menudo estructuradas en torno a la milpa), y la organización social de carácter autónomo de las comunidades que mantienen su propia jerarquía político-religiosa,¹³ en los centros urbanos y de desarrollo turístico existe una tendencia a la aculturación en un segmento de los inmigrantes indígenas, especialmente quienes se trasladan individualmente, se insertan al mercado laboral de tipo formal y a estructuras sociales no indígenas, y se desarraigan de sus comunidades de origen. En esta población la pérdida de los llamados marcadores esenciales, como el uso de la lengua, la vestimenta y las prácticas ritua-

¹³ Este último factor exhibe en la actualidad fisuras, debido a la pérdida de credibilidad de muchos mayas en una organización que consideran cooptada por las instituciones gubernamentales y proclive a la corrupción con tal de obtener prebendas personales para algunos de sus integrantes.

Quienes aún emplean el idioma de sus mayores se afanan no únicamente por conservarlo, sino que lo enriquecen dotándolo de nuevos giros, formas y contenidos, expresiones narrativas y poéticas.

les, es un proceso creciente. Cabe insistir en que la pérdida de la lengua materna está asociada a la escolaridad y a la expectativa de un trabajo asalariado que reporte buenos ingresos, pues los inmigrantes indígenas en las ciudades tienden a considerar que la educación de los hijos hasta niveles técnicos y universitarios es un mecanismo viable de movilidad social ascendente. Otro segmento de los inmigrantes, en cambio, permanece sólo temporadas anuales en los centros urbanos y no se desarraiga de sus lugares de origen; aun cuando asimila valores y costumbres de otras culturas, mantiene en lo esencial su propia identidad. No puede negarse, empero, su papel como introductor de elementos de cambio al retornar a sus comunidades (*ibid.*).

Sería apresurado, sin embargo, apostar por la pronta desaparición de “lo maya”, que no reside exclusivamente en la lengua, el traje o cualquier otro de los marcadores tenidos por “esenciales” desde una perspectiva chata, fija y estereotipada de la etnicidad. Amén de que el número de hablantes del idioma peninsular sigue

creciendo en números absolutos, aunque constreñido en espacios, muchos indígenas peninsulares —incluso habiendo perdido eficiencia en la lengua de sus padres— se siguen considerando mayas. Y quienes aún emplean el idioma de sus mayores se afanan no únicamente por conservarlo, sino que lo enriquecen dotándolo de nuevos giros, formas y contenidos. Díganlo si no expresiones narrativas y poéticas de alto vuelo, como las de Briceida Cuevas, Waldemar Noh, Margarita K’u Xool, Jorge Cocom y María Luisa Góngora, o la pléyade de escritores empeñados en recuperar la tradición oral de sus pueblos de origen, como Gerardo Can, Santiago Domínguez Aké, Feliciano Sánchez Chan (creador de obras teatrales), Hilaria Máas, Miguel May, Vicente Canché o Lázaro Tuz, entre muchos otros.¹⁴

¹⁴ Imposible listarlos aquí. Una buena muestra son los textos editados por el Instituto Nacional Indigenista y la Secretaría de Desarrollo Social en la colección Letras Mayas Contemporáneas. Otra selección de textos es la editada por Burns, 1995.

El atavío de los mayas peninsulares se estereotipó por el empleo por parte de las mujeres de un largo hipil. Los hombres, por su parte, se nos mostraban vestidos de manta.

Mencionaba en el párrafo anterior otro de los criterios comúnmente empleados por la antropología del siglo pasado como distintivo de los grupos indígenas: el atavío. El de los mayas peninsulares se estereotipó, caracterizado por el empleo por parte de las mujeres de un largo hipil bordado en punto de cruz (el llamado xocbi chuy) en el cuello y el vuelo inferior o “ruedo”, una enagua, “justán” o fustán y un rebozo, el cabello peinado en “chongo” y los pies descalzos. Los hombres, por su parte, se nos mostraban vestidos de manta: camisa de manga larga y pantalón blanco (enrollado en la parte baja durante el trabajo), con una especie de delantal a cuadros (kotín), calzados con alpargatas de cuero que se anudan con hilo de henequén (sooskil), y sombrero de palma.

Tal sería el atuendo cotidiano “tradicional”, que en ocasiones festivas se enriquecería, en el caso de las mujeres, tanto por la calidad de las telas empleadas como por la profusión y delicadeza de los bordados, por el uso de un justán más largo (bordado o con calados blancos) y por la presencia de la solapa o chaquetilla, colocada sobre

el ruedo del hipil, y repitiendo sus bordados. Todo este conjunto, denominado “terno”, se acompañaría de delicadas labores de orfebrería en aretes y, particularmente, en las apreciadas cadenas de estilo “salomónico”, mientras que el cabello se porta recogido, pero ahora entreverado con cintas de colores. Los hombres con mayores posibilidades económicas lucirían sombreros no de palma común, sino de jipi-japa, paliacates de color rojo, pantalones de dril y las camisas denominadas “filipinas”, que, signo de particular elegancia, podían ser de seda o lino y hasta con botonaduras de oro.

Como tantos otros elementos de una cultura viva, en realidad tal atavío, aun cuando hoy se califique de “maya tradicional”, no ha sido siempre el mismo. Por ejemplo, sabemos que al llegar los españoles, en contraste con los sencillos vestidos de los hombres del común —que a menudo se restringían a un braguero de algodón y “camisetas sin mangas”—, los señores yucatecos de Sinanché portaban “mantas con mucha plumería”, en tanto que los de Muchuppipp, al igual que los de la provincia de Cochuah (donde se fundó la villa espa-



Mujer maya luciendo su terno y rebozo.
Tepacán, Yucatán.
Fototeca Nacho López, CDI.

ñola de Valladolid), se ataviaban con “xicoles de algodón y pluma tejidos a manera de chaqueta de dos faldas de muchos colores” y bragueros que tenían en las puntas “mu-cha plumería” (*Relaciones histórico-geográficas de la Gobernación de Yucatán*, 1983, I: 124, 146, 378; II: 40, 216). Hablando de los mayas de Campeche, hacia 1544 el dominico Tomás de la Torre asentó: “todo lo que visten y calzan [...] es labrado galanamente con plumas de diversos colores y con algodón colorado y amarillo” (ápu

Ximénez, 1971, I: 326-327). Con el tiempo, las modas cambiaron. Basta revisar litografías del siglo xix, como las realizadas por Catherwood, o asomarse al rico acervo de la Fototeca Pedro Guerra para constatar cómo variaban, en mayor o menor medida, los trajes de una región a otra o incluso dependiendo de las actividades que se realizasen y, por supuesto, de la capacidad económica de sus portadores.

Hoy es posible observar cierta “regionalización” en el atavío, a menudo alenta-

da por los gobiernos locales con el fin de “diferenciarse” de sus vecinos. Así, es común encontrar en los hipiles campechanos bordados con motivos náuticos (para hacer hincapié en la vocación marítima regional),¹⁵ mientras que en la zona central de Quintana Roo (en particular en X-Pichil) es cada vez más frecuente hallar bordadoras que emplean motivos de la fauna y flora local, tanto en los hipiles que portan como, en particular, en los que ofrecen al turismo. Otras tradiciones, en cambio, ceden ante los embates de la homogeneización o se pierden a la par de los contextos con que se vinculaban. Ahora es raro, por ejemplo, encontrar mujeres portando hipiles “de duelo” (bordados en punto de cruz en forma sencilla y exclusivamente con hilos negros), aunque es todavía posible observarlos en sitios como Oxkutzkab, Yucatán, en las celebraciones de Semana Santa.

A la par que el traje tenido por tradicional se ha perdido prácticamente entre los hombres y su uso tiende a disminuir entre las mujeres de no pocas comunidades, es de particular relevancia el hecho de que el empleo de la vestimenta femenina se difunda como marcador distintivo ya no de “lo maya” sino de “lo yucateco”. Basta asomar-

se a cualquier festejo “típico” en Mérida para darse cuenta de lo generalizado de su uso, en particular entre las clases alta y media alta, cuyos hipiles y ternos compiten en calidad y belleza de bordados, hechos casi sin excepción por mujeres mayas.

Ciertamente, los ternos siguen siendo usuales en los festejos de los pueblos (en particular durante las llamadas “vaquerías”) o en ocasiones especiales: bodas o celebraciones religiosas, como las de los gremios; pero no es ya común que sean las propias usuarias quienes los confeccionen; no pocas los compran o incluso los alquilan para tales ocasiones. Más patente es el abandono del hipil cotidiano, en particular entre las jóvenes, que prefieren ataviarse como “catrinas”, siguiendo los dictados de la moda citadina. No siempre se trata, empero, de una mera “preferencia”, varias mujeres aluden al alto costo que representan los bordados (de hecho, las más pobres los sustituyen por tiras de tela con dibujos impresos) y sobre todo el rebozo, y otras hablan del rechazo que conlleva el empleo del atuendo “típico” en determinadas actividades laborales, en especial en las ciudades. No sorprende, por tanto, la proliferación de vendedores de ropa estilo occidental (no pocas veces usada), tanto en los mercados de las urbes como en las plazas de los pueblos, en especial los domingos.

¹⁵ Las conocidas como “batas campechanas” llevan bordado en negro barcos, torres, anclas y, con bastante frecuencia, el escudo del estado.



Muchacha que ya no usa vestimenta tradicional vestida de “catrina”. Dzidzibalché, Halacho, Yucatán
 Fotógrafo: Pedro Tzontémoc, 1993.
 Fototeca Nacho López, CDI.

Más allá de la lengua y el atavío, existen otros aspectos más o menos aparentes, tangibles o no, que permiten a los mayas sentirse tales, a la vez que ayudan a identificarlos a quienes no lo son. Se trata, como los anteriores, de elementos variados y en continuo cambio: desde la forma de construir las viviendas, la factura de artesanías y el modo de preparar los alimentos, hasta el mantenimiento de una rica tradición oral, una peculiar cosmovisión y religiosidad, o la realización de rituales tanto familiares como colectivos; los primeros relacionados sobre todo con los ci-

clos de paso (v. g. el denominado *hetzme* o *jéets méek'*) y los periodos de crisis (enfermedad) y los últimos vinculados al ciclo de la milpa, a cargo de especialistas propios del grupo (*h-meno'ob*). Destaca asimismo el gran arraigo de la medicina denominada “tradicional”. Conocer las propiedades terapéuticas que se atribuyen a ciertas plantas, animales y elementos minerales, solos o en combinación, acompañados de rituales o no, de origen mesoamericano o de importación europea temprana, es un bastión importante del saber acumulado por los mayas prehispánicos y coloniales, saber

que está en continuo acrecentamiento. De ello me ocuparé más adelante, aunque en forma somera.

LOS TERRITORIOS MAYAS: CONVERGENCIAS Y DIVERGENCIAS PENINSULARES

TIERRAS PLURALES

Si comparásemos la Península de Yucatán con una piel, veríamos una dermis de piedra calcárea (o kárstica) sobre una entraña de aguas subterráneas, cubierta por una epidermis vegetal que buena parte del año se mantiene verde. La uniformidad, sin embargo, es engañosa; el manto kárstico es más delgado conforme se acerca al norte costero, mientras que rumbo al sur los mantos freáticos son más profundos y las capas vegetales más densas y altas, en correspondencia con los suelos más gruesos. Imposible detenerse en todas y cada una de las peculiaridades del paisaje.

Destaquemos apenas que en las planicies norteñas la superficie calcárea aparece a menudo a simple vista, lo que provocó tal admiración a los españoles que fray Diego de Landa escribió: “Yucatán es una tierra la de menos tierra que yo he visto, porque toda ella es una viva laja y tiene a maravilla poca tierra”, agregando, “y es cosa maravillosa que sea tanta la fertilidad de esta tierra sobre las piedras y entre ellas” (1978: 117). No fue ésta la única característica portentosa a los ojos hispanos, también les asombraron los que, castellanizando la palabra maya *ts’ono’ot*, denominaron cenotes:

“La naturaleza obró en esta tierra tan diferentemente en lo de los ríos y fuentes, que los ríos y fuentes que en todo el mundo corren sobre la tierra, en ésta van y corren todos, por sus meatos secretos, por debajo de ella... En la tierra proveyó Dios de unas quebradas que los indios llaman zenotes, que llegan de peña tajada hasta el agua, en algunos de los cuales hay muy furiosas corrientes... son de muy lindas aguas y muy de ver” (De Landa, *op. cit.*: 118).

Y si en el norte sorprenden aún la viva laja y los cenotes, en el sur los viajeros se asombran todavía ante las espléndidas selvas tropicales, muchas de ellas por desgracia lastimosamente devastadas. Cabe recordar que, según la apreciación de la Secretaría de Medio Ambiente, Recursos Naturales y Pesca (Semarnap), las selvas

En el norte sorprende aún la viva laja y los cenotes. En el sur los viajeros se asombran todavía ante las espléndidas selvas tropicales, muchas de ellas lastimosamente devastadas.



Terreno donde se observa el manto kárstico. Quintana Roo.
Fototeca Nacho López, CDI.

del trópico húmedo mexicano “son los ecosistemas terrestres más ricos y complejos en su estructura [...], generan la más alta producción de biomasa, alta captación de recursos hidrológicos [y] contienen alta diversidad de flora y fauna”, incluyendo 4 389 de las 23 702 especies de flora del país, 98 de 290 anfibios, 212 de 704 reptiles, 649 de 1 054 aves (61.6 por ciento)

y 233 de 491 mamíferos (47.5 por ciento —Semarnap, 1997: 7).¹⁶

En el caso de Quintana Roo, el estado peninsular mejor estudiado en este rubro,

¹⁶ Para 1995 se calcularon 2.3 millones de hectáreas, repartidas entre Campeche, Quintana Roo, Chiapas, Oaxaca, Veracruz y, en mucha menor medida, Tabasco, Puebla, San Luis Potosí e Hidalgo.

para 1995 el 63.22 por ciento de la superficie estaba cubierta por selvas de bajas a medianas, el 6.53 por ciento correspondía a manglares y el 5.30 por ciento a tierras propias para la agricultura comercial y la ganadería. El 24.93 por ciento restante se catalogó como selvas perturbadas por la explotación forestal y agrícola. La superficie forestal se considera que abarca 3 200 000 hectáreas del total de 5 048 300 que comprende el territorio, y de las que se han especificado 487 829 como áreas forestales permanentes, explotadas por varias sociedades de productores que a menudo —pero no siempre ni en igual cantidad— reciben apoyos gubernamentales.¹⁷ La desaparición de importantes áreas arboladas y la degradación de terrenos forestales, agravada por la política mercantil de aprovechar únicamente ciertas especies (cedro y caoba en particular) y por el he-

cho de dispersión de tales ejemplares, característico de la biodiversidad (Murguía y Boege, 1986), alienta además la invasión de especies ajenas, “con pérdida de la capacidad productiva del suelo y en estado susceptible a la erosión” (Villalobos, s.f.: 9). A ello se suma más tarde “el pisoteo del ganado de pastoreo en zonas boscosas quemadas [que] aumenta la densidad real del suelo, lo que propicia una menor tasa de infiltración [...] y aumento del escurrimiento y de la velocidad destructiva de las escorrentías”. No en balde Quintana Roo se encuentra entre los doce estados que tienen “más del 50 por ciento de su territorio afectado por erosión hídrica ligera” (*ibid.*: 11).

Con independencia de su cubierta vegetal, los paisajes planos son la tónica, aunque en el corazón peninsular se encuentran pequeños lomeríos y depresiones que, desde Champotón, ondulan el horizonte y, tras atravesar el municipio campechano de Hopelchén, se prolongan hasta Ticul, en el estado de Yucatán, aun cuando con menor elevación (de allí que se hable de la Sierra Alta y la Sierra Baja o Sierrita). Pero ni siquiera los litorales son completamente uniformes; destacan en su configuración, por el lado campechano, el gran vaso que forma la Laguna de Términos, en la cual desembocan, viniendo desde el sur, los ríos Palizada, Chumpán,

¹⁷ Pese a que “en todo el estado (exceptuando la porción sureste y la costa norte) el ecosistema predominante se encuentra conformado por selva alta y mediana, selva fragmentada y selva baja”, ni siquiera las Áreas Naturales Protegidas (ANP) han escapado a la perturbación. Se calcula que para la década de los setenta el cambio de uso del suelo en toda la península fue del orden del 49.9 por ciento, y para los años noventa alcanzaba ya 64.08 por ciento (por estados, Quintana Roo presentó un cambio del 31.90 por ciento, Campeche del 28 por ciento y Yucatán del 41.66 por ciento). Únicamente en las ANP de Sian Ka’an-Uaymil fue del orden del 25.18 por ciento (Carranza, 1996).

Candelaria y Mamantel (con cuencas que van de 1 874 a 7 700 kilómetros cuadrados), los pequeños acantilados de Sihoplaya, las cavernas de Punta del Morro y los esteros de Celestún con las salinas de Punta Desconocida. En el litoral yucateco, el más uniforme, sobresale la entrada de mar que conforma Ría Lagartos, mientras que la porción oriental, la quintanarroense, es famosa a nivel mundial por sus aguas turquesas y sus playas de arena blanca (ahora invadidas por multitudes de turistas y centenares de hoteles que a menudo se yerguen como tachones en el paisaje), pero cuenta con ríos más bien magros, como el Azul, el Escondido, el Ucum y el Hondo, que separan México de Belice, a más de numerosas lagunas, entre las que destaca por su tamaño y belleza la de Bacalar.

La vegetación peninsular es igualmente variada: desde la escasa flora propia de las áreas de duna, hasta las espléndidas selvas altas tropicales de su arranque continental, pasando por zonas de manglares, pantanos e islotes (petenes) con ojos de agua dulce, palmerales y zacatonales en las áreas de sabana. Resulta imposible listar siquiera la enorme cantidad de especies reconocidas por los mayas, poseedores de un conocimiento acumulado durante siglos; vayan, a manera de ejemplo, algunos nombres de los más conocidos: caoba, cedro, chacá o chacah, ocón, mangle, tanché, chacteviga,

Los recursos arbóreos son aprovechados por la población para fabricar muebles, construir viviendas y utensilios domésticos y hacer leña y carbón.

majahua, uaxin, chacté, chacahuante, roble, pixoy, ramón, jabín, yaxnic, guayabillo, tzalam, jobo, melina, cascarillo, granadillo, ciricote, caobillo, pucté, palo de tinte o brasil, palmas, cactáceas, uvas de playa, palo de corcho (que antes se usaba para hacer los flotadores de las redes), chicozapote, machiche, guayacán. En las sabanas predominan el güiro, el cocoyol, la palma, el guayo y el ceibo, mientras que en la zona norteña es patente la manera en que décadas de monocultivo henequenero modificaron la flora, al grado de que no se reporta explotación maderera significativa.

Los recursos arbóreos son aprovechados por la población para fabricar muebles, construir viviendas (para ello, en el área campechana se emplea en particular el árbol denominado palotada) y utensilios domésticos (con guayacán o ciricote) y hacer leña y carbón. En las áreas cultivadas destacan las milpas de temporal (a menudo exhibiendo maíz, chile, calabaza y frijol) y los huertos de árboles frutales, donde

Civilización tradicionalmente vinculada al maíz, la maya logró importantes avances en el conocimiento de los suelos, las condiciones climáticas y los peculiares requerimientos del cultivo a fin de obtener mejores rendimientos.

predominan los cítricos (naranjas, limas, limones, chinalimas y limón real) y las anónáceas (guanábanas, zaramuyos, anonas y chirimoyas), mientras que en los patios adyacentes a las viviendas —conocidos como “solares”— es común encontrar ejemplares de guaya, guayaba, mamey, chicozapote, zapote negro (*tauch*), blanco (*ch’och*) y amarillo (*kanisté*), nance, ciricote, tamarindo, ciruelas y plátanos de diversas clases, que alternan con hortalizas (condimentos varios y diferentes clases de chiles, chaya y colorantes como el achiote, etcétera)¹⁸ y la cría de aves de corral y puercos. Es de destacar en numerosos lugares la presencia de flores, de gran importancia para la apicultura, pero que no sólo por ello son cultivadas, sino también por el placer de poseer plantas de ornato; así, rosas, camelinas, hiedras moradas, obeliscos, tulipanes, jardineras, flores de mayo, bugambilias, li-

monarias, petatillos, teresitas, flamboyanes y girasoles, entre otras muchas, son elementos comunes en los frentes y patios traseros de las viviendas mayas.

PERCEPCIONES MAYAS DEL MEDIO

Con los aires de modernidad que invaden de manera acelerada las comunidades, sobre todo a partir de la apertura de vías de comunicación más expeditas y la llegada de medios como el radio, la televisión y en menor medida los diarios, a los cuales se aúna un mayor tránsito de individuos portadores de distintas ideas, otros saberes y diferentes cosmovisiones, la manera en que los mayas aprehendían los paisajes buscando domesticarlos, apropiarse en alguna forma de ellos con el fin de hacerlos parte de su cotidianidad, ha sabido de cambios profundos que, a la vez que amenazan con la pérdida de conocimientos y estilos de vida seculares —cuando no milenarios—, sirven como cantera a partir de la cual re-crear otras formas de organizar y entender la vida diaria. Perpetuo movimiento propio de cualquier cultura que se pretenda viva.

¹⁸ Éstos pueden cultivarse en el llamado *k’aanche*: pequeño huerto cultivado en alto, por lo común conformando un cuadro con tablonés.

La gran perdedora en este proceso, por decirlo de algún modo, ha sido la tradición de origen maya, avasallada por la difusión de patrones occidentales; difusión derivada de los procesos de globalización mundial que alcanza también a las pequeñas comunidades, aisladas sólo en apariencia. Puesto que es imposible detenerse en ello, me limitaré a algunos señalamientos breves e iniciales (sin duda, merecedores de mayor

análisis) acerca de la interacción cultural con el medio natural; eso que ambigualmente se tiende a calificar como “etnocnocimiento”. Y ya que las actividades económicas consideradas “primarias” ocupan buena parte del quehacer de los mayas, bien se justifica iniciar con ellas.

Civilización tradicionalmente vinculada al cultivo del maíz, la maya, es bien sabido, logró importantes avances en el cono-



En ocasiones las labores del campo se continúan haciendo en grupos, por lo común de parientes. Comisaría de San Francisco, Yucatán. Fotógrafo: Mario Humberto Ruz, 2001. Acervo personal.

cimiento de los suelos, las condiciones climáticas y los peculiares requerimientos del cultivo de ese cereal con la finalidad de obtener mejores rendimientos. En el caso de los grupos asentados en suelo peninsular, la posesión y transmisión de dichos conocimientos se consideraba particularmente importante, por tratarse de una región en muchas partes avara en suelos y aún más en agua, pero abundante en vientos a veces huracanados, plagas y sequías que en un santiamén echaban abajo meses de esfuerzo y colocaban a las poblaciones al borde de la extinción por hambre. Obligadamente había que recurrir al consumo de raíces, yerbas, frutillas comúnmente despreciadas y hasta pulpas de ciertos árboles cuyas propiedades nutritivas habían descubierto las generaciones pasadas.

Del minucioso conocimiento que lograron acumular los mayas sobre los tipos de suelos (*luum*), por ejemplo, dan cuenta los diccionarios de la época colonial: *ca cab luum*, “tierra buena para sembrar”; *ek luum* y *dzu luum*, ambas apropiadas “para pan maíz”; *ut luum*, “tierra fértil”; *cul ek luum*, “tierra negra para milpas”; *ziz luum*, “tierra de mucho humor y jugo, y fértil”; *kan cab ché*, “llano de tierra con árboles, bueno para milpas”. Allí donde no se poseían tan codiciados suelos hubo que detectar las franjas útiles, como los llamados *apatun kax*, “terreno pedregoso que en los inter-

medios tiene tierra fértil y profunda”, con el fin de diferenciarlos de aquellos otros francamente estériles para la milpa.¹⁹

Los descendientes de esos avezados agricultores han perdido buena porción del conocimiento, en parte desplazado ante el creciente flujo de fertilizantes químicos que una eficaz propaganda ha hecho imprescindibles, pero algo sobrevive. Así, por apuntar unos cuantos ejemplos, es común denominar *tzequel* a las superficies rocosas y *tzequel cankab* a los suelos de deslave; los agricultores identifican sin problemas las áreas de *cankab*, tierra roja ubicada entre afloramientos calcáreos y de alta fertilidad tan sólo durante los primeros años de cultivo, y las magras tierras negras de *yaxhom* (redzinas con tierra orgánica sobre roca caliza), que saben inadecuadas para el cultivo dada su concentración salina y baja retención de humedad. Incluso los mayas de Champotón, en apariencia muy transculturados, mantienen una cuidadosa diferenciación de los suelos del municipio y sus utilidades: *yaxhom*, suelo negro poseedor de rico humus; *akalché*, compuesto de arena, arcilla y humíferos —esos que los geólogos clasifican como gleysoles sálicos—, que retiene humedad y

¹⁹ Sobre éstas y otras clasificaciones véase el acucioso diccionario de María Cristina Álvarez, 1984: 113 y ss.

Los mayas peninsulares dependen de la lluvia para sobrevivir. No es extraño que vivan pendientes de los signos que anuncian su llegada y busquen conjurar los que conciben como amenazas.

fácilmente se encharca; *cankab*, rojo amarillento, propio para cultivo de cítricos, rábano, cilantro, camote, repollo, pepino, melón y otras hortalizas; *tzequel*, bueno para sembrar papaya y sobre todo pastos y jaragua (zacate); *puslum*, montículos de tierra negra.

El conocimiento, o al menos los campos semánticos que originalmente cubrían los términos, muestran, sin embargo, variaciones. Así, en diversas comunidades se considera que los suelos tipo akalché (también llamados *box lum*, de *box*, “negro”) son apropiados para milpas precisamente porque al ser bajos guardan mucha humedad, en tanto que los rojos tipo *chak lum* o *cankab* y los pedregosos y secos ubicados en zonas altas (*tzequel*) son aprovechables sólo para maíz de temporal por retener poca agua. Otro tanto opinan sobre el suelo tipo akalché los ejidatarios de la urbanizada Samulá, vecina a Campeche, quienes clasifican las tierras de su menguado ejido como negra (*yaxhom*) y roja (*cankab*), apropiada para maíz y frijol (en particular los llamados *ibes*), y gris (*akalché*), donde se siembra sobre todo zapote, mango y

marañón. Pero mientras los de Hopelchén aducen que los cuatro principales tipos de suelo que distinguen en su comunidad (*cankab*, *yaxhom*, *akalché* y *kakab*, como denominan a los negros) son buenos para la agricultura —no en balde, dicen, su municipio era considerado el “granero” del estado—, sus vecinos inmediatos de Iturbide descalifican al *cankab*, que abunda en sus dominios, por ser “pedregoso y pobre”, a menos que se le irrigue y fertilice.

Si bien el dominio profundo de las características propias de las antiguas variedades de maíz parece haber cedido terreno ante la difusión de los híbridos, las técnicas para su cultivo se mantienen con pocas alteraciones en aquellas comunidades que no cuentan con superficies mecanizadas o áreas de riego. Como éstas son mayoría, el sistema de roza, tumba y quema, así como el empleo de bastones plantadores y machetes, todavía son comunes, aunque los periodos de barbecho (cuando se deja descansar la tierra) y la rotación tienden a acortarse dada la escasez de buenas tierras.

Poco persiste, en cambio, del conocimiento detallado que los mayas antiguos te-

nían de los ciclos solar, lunar y venusino, así como de ciertos elementos climáticos, y que plasmaron incluso en códices. Esto no es de extrañar; es conocido que tal saber era posesión exclusiva de la elite, que basaba en él parte de su poder, y que ésta desapareció con mayor o menor celeridad a lo largo de la época colonial. Los estratos campesinos, por supuesto, poseían también conocimientos al respecto, pero no eran tan detallados. Es todavía posible oír de boca de los sabios locales —los *h-meno'ob*— los nombres e influencias que acarrearán los vientos según su procedencia: Lakín, Chikín, Nohol y Xamán. La influencia lunar sobre las actividades agrícolas, silvícolas y pecuarias es aún reconocida por muchos pobladores, quienes se guían por las fases lunares para sembrar, trasplantar, cortar. Así, en Calkiní se ponderan las ventajas de hacer semilleros y sembrar durante la luna llena, porque en esta fase está “dura” y fuerte, lo cual ayuda al

crecimiento de las plantas, y otro tanto vale para el corte de árboles con fines constructivos, que realizado en tales fechas garantiza mayor durabilidad de la madera. Los huevos de aves ovados en este periodo se consideran los mejores para encamar. La conexión luna-fertilidad es evidente.

Habitantes de tierra en buena medida seca y pedregosa, región carente en casi toda su superficie de corrientes de agua, los mayas peninsulares dependen de la lluvia para sobrevivir. No es extraño que vivan pendientes de los signos que anuncian su llegada y busquen conjurar los que conciben —con o sin razón— como amenazas. La aparición del arco iris es considerada señal de su retiro, y su poder es tal que no debe apuntársele con el dedo, so riesgo de que éste “se pudra”. Otro peligro es que el *xtup*, el hijo menor, señale con el dedo a una nube cargada, pues retrasaría la llegada de las aguas, sobre las cuales continúa señoreando Yum Chaak, que gusta de hacer correr a su caballo (provisto de alas o de un cuchillo de oro), provocando los relámpagos. Aventurado es entonces tocar un objeto metálico, pues uno se arriesga a recibir un rayo. Cuando las aguas no arriban, habrá que animarse a sembrar de manera anticipada (hacer *tikimuk*) y esperarlas mientras se ruega por ellas.

En tanto que los campesinos de Dzidzantún, Yucatán, pueden atribuir el retraso de las

Las comunidades norteañas han olvidado la mayor parte del conocimiento que acumularon sus antepasados sobre lo silvícola, que todavía mantienen los pobladores de las franjas arboladas.



Utilizan una rueda de madera para hacer mecate de fibra de henequén. Zacapu, Yucatán.
 Fotógrafo: Ricardo Moura, 1981.
 Fototeca Nacho López, CDI.

lluvias a un suicidio cometido en las cercanías, los ejidatarios de Yacasay, Campeche, más escépticos por “modernos”, se limitan a constatar cambios significativos en los regímenes pluviométricos. Es claro que las fechas de inicio de lluvias se atrasan, pero no lo atribuyen a veleidades de Yum Chaak o a suicidios locales, sino a la deforestación, los cambios climatológicos y “la contaminación de la tierra”. Sea como fuere, les queda claro que las variaciones les afectan desfavorablemente, pues “antes cualquier cosa se daba”, mientras que ahora los rendimientos

son menores, pese a la mecanización y el empleo de insecticidas y fungicidas.

Tras décadas de haber perdido sus amplias extensiones de selva baja, arrasadas para sembrar henequén, las comunidades norteñas han olvidado la mayor parte del conocimiento que acumularon sus antepasados sobre lo silvícola, que todavía mantienen los pobladores de las franjas arboladas. Existen allí quienes reconocen con facilidad las variedades maderables y sus utilidades. Tzalam, granadillo, bojón, melina, ciricote, caobillo y cocoito son maderas finas que,

siendo mucho más baratas, compiten con el cedro y la caoba en resistencia, textura y belleza del veteado, y son ideales para muebles. La del zapote es valorada por su dureza, que la hace apta para fabricar vigas, muebles y cabos de hachas, palas y otros instrumentos; la fortaleza y durabilidad del chechén, jabín y pucté las vuelven muy codiciadas para elaborar durmientes de vías de tren. Para la factura de vigas, varejones, paredes, duelas y techos de casas, se cuenta con cascarillo, tinto, uaxim, guayabillo, majagua, pisán o guaumúchil, ramón, brasil, granadillo y chacteviga, entre otras es-

pecies maderables, mientras que el tzalam y el jabín son excelentes para los marcos, puertas y ventanas, además de emplearse con ventajas en la fabricación de apiarios. Para fabricar triplay existen: caobillo, jobo y roble (que además es codiciado para hacer postes). Si de extraer tintes se trata, ahí están el brasil, el chactecoh y el chacahuante; si de resinas, el chicle que destila el chicozapote. El yaxnic, el jobo y el chacah sirven para fabricar papel; el yaxek para elaborar resorteras y culatas; el tinto para postes, el tzutzuc o palo ruda para marcos, el cocoi-te y el lolón para cercos, el tzacchacá para palillos de paleta. La lista es tan amplia como la diversidad arbórea regional.

Un buen artesano sabe que cuando se trata de elaborar un objeto que deba combinar flexibilidad con rigidez, dureza con ductilidad, se hace imprescindible combinar varias clases de madera. Tal ocurre, por ejemplo, con las ruedas de carretas, que han de armonizar un centro (“maza”) resistente, con rayos que se mantengan tirantes, a la vez que engargen fácilmente en la gamba (circunferencia de la rueda), mientras que para el eje resulta necesaria madera que soporte el roce del metal. Así, la gamba ha de ser de jabín, los rayos de chacté, la maza de mora y el eje de chimay. Siglos de experiencia acumulados en “una simple rueda”, y a punto de perderse dada la obsolescencia creciente de tal objeto.



Planta medicinal con referencia de uso.
Peto, Yucatán.
Fotógrafa: Ana Piña Sandoval, 1984.
Fototeca Nacho López, CDI.

Particularmente rico es el conocimiento que guardan los especialistas médicos locales (curanderos, herbolarios, quiroprácticos y parteras).

Pero no sólo ciertos objetos se encuentran amenazados; también lo está la diversidad arbórea, como bien lo saben sus usuarios. De allí que en algunos poblados (como Yacasay, en el sur de Campeche) se hayan detenido las actividades de roza, tumba y quema, que además de atentar contra la selva ahuyentaron buena parte de la caza. Asimismo, amén de sembrar cedro y caoba (únicas especies que parecen preocupar a los funcionarios locales de la Semarnap), algunos ejidatarios hacen semilleros de otras especies para plantar en sus parcelas una vez que se les titulen las tierras. Para hacerlo, esperan la luna creciente y aprovechan la llena para cortar madera, buscando evitar que se pudra o apolille rápido.

Si bien la deforestación, como apunté, incidió en la pérdida del conocimiento silvícola en buena parte de los municipios norteños, el vinculado a otros componentes de la flora se mantiene muy vivo. Vaya como ejemplo lo consignado en Hecelchakán, Campeche, donde se les clasifica en relación con sucesos rituales y sociales. Así, existen flores y alimentos propios para

ofrendar a los muertos, como son el xtes, xpuhuc, rosalía, cristemó (crisantemo), gladiola, xpelón y hierba santa (ruda); plantas y frutos prohibidos en el embarazo (limón, naranja, papaya, chile); raíces, cortezas, pulpa, hojas, flores y frutos relacionados con la curación de distintas enfermedades (sábila, sinanché, orégano, epazote, llantén, menta, toronjil, zacate limón, chaya, pepino kat); plantas relacionadas con la alimentación animal (ramón y maíz) o con la humana (maíz, calabaza, frijol, hierbas de olor, frutas), y especies alternas para alimento en tiempos de hambruna, como el bonete, de cuya pulpa se fabrica harina; el pixoy, que ofrece la magra carne de sus abundantísimos frutos, o el ramón, que permite obtener harina con los suyos.

Particularmente rico es el conocimiento que guardan los especialistas médicos locales (curanderos, herbolarios, quiroprácticos y parteras) acerca de plantas a las que se atribuyen virtudes terapéuticas: hierba buena para los espasmos; árnica para el asma y la bronquitis; belladona para la hinchazón por golpes; orégano para el dolor de oído; al bajaca (*sic*) para la carnosidad,

También en el ámbito pesquero puede apreciarse un minucioso conocimiento, que abarca tanto a las distintas especies como su hábitat, sus patrones reproductivos y las técnicas necesarias para obtenerlos.

el aire, el ojo y el susto; pepino kat para la tos y problemas o dolor al orinar. Los curadores tienen claro, empero, que a veces concurren otros elementos, ciertas técnicas y rituales, para obtener los beneficios o acrecentarlos.²⁰ Conocer las propiedades terapéuticas que se atribuyen a ciertas plantas, animales y elementos minerales, solos o en combinación, acompañados de rituales o no, de origen mesoamericano o de importación europea temprana, es un bastión importante del saber acumulado por los mayas prehispánicos y coloniales; saber en continuo acrecentamiento.

El papel básico de la economía en la preservación del conocimiento tradicional se aprecia en las actividades cinegéticas. La mayoría de los entrevistados rara vez supo más nombres de animales que los suscepti-

bles de ser cazados para enriquecer la dieta, comerciar o disminuir los estragos que causan en los cultivos o los gallineros. El saber de los ancianos va a menudo mucho más allá (en particular en lo que compete a la ornitología), pero las nuevas generaciones muestran poca preocupación por heredar esta riqueza. En zonas donde la caza reviste mayor importancia el saber es más amplio, lo que significa no sólo un abanico más extenso de nombres, sino estar enterado de los hábitos de los animales; conocimiento imprescindible si se pretende obtenerlos. Imposible atrapar un armadillo si no se sabe distinguir la cueva donde habita, o disparar sobre un venado o un conejo cuando se ignoran las áreas por donde transitan. El habitante de las costas que no sepa de los hábitos de las aves migratorias susceptibles de ser cazadas, mejor que se dedique a la pesca.

También en el ámbito pesquero puede apreciarse un minucioso conocimiento, que abarca tanto a las distintas especies como su hábitat, sus patrones reproductivos y las técnicas necesarias para ob-

²⁰ Según un famoso h-men de Dzotché, Campeche, las plantas "más efectivas" son las que crecen sobre los montículos prehispánicos, pues allí reposa aún el conocimiento de los antiguos mayas, a quienes atribuye los avances herbolarios, con independencia de que algunas plantas sean importaciones occidentales.

tenerlos. Mucho de este saber, obvio es, está vinculado a los requerimientos del mercado y al desarrollo de nuevas investigaciones, lo cual nos habla de la puesta al día de los pescadores en la materia; actualización que, al igual que en el caso de los cazadores, desecha o recrea antiguos saberes a fin de adaptarse a las demandas comerciales. Dentro de las múltiples especies factibles de encontrar en el Golfo de México, por ejemplo, se reconocen con mucha mayor facilidad aquellas que demandan los mercados nacional e internacional, pero sin desdeñar las susceptibles de emplearse para el consumo doméstico o simplemente como carnada para atrapar las otras.

Figuraron así en la enumeración de los trabajadores del mar de Champotón, San Fernando, Ría Lagartos, Chabihau, San Crisanto o Isla Arena, especies como corvina, cazón, chac chí, esmedregal, sábalo, peje rey, robalo, rubia, sierra, carito, picuda, jurel, cherna, tiburón, mojarra, mero, pámpano, pargo, bagre, jorobado, pez payaso y chuy. Particular atención requieren la lisa en veda permanente, por ser base alimenticia de otras especies mayores, como el pargo, la corvina, el robalo, el burel y la picuda. A los peces se suman crustáceos y moluscos, como caracol, cangrejo, camarón, caracol rosado, jaiba y pulpo. La captura de dichos animales supone el empleo

de diversas artes de pesca, en ocasiones fabricadas por los propios pescadores: redes de arrastre, chinchorros y tarrayas (tejidas con hilos de cáñamo y dotadas de flotadores de plástico o caucho sintético), palanques provistos de poderosos anzuelos para capturar especies mayores, o largas “figas” (de cerca de tres metros) para incitar a las jaibas para adherirse a ellas con el fin de poder jalarlas sin que “piquen”. Quienes recolectan camarones y caracoles fabrican enormes bolsas de fibra (de tres por cinco metros) y cubetas para colocar lo obtenido. Y si un buen cazador está obligado a saber reparar una escopeta que se atasca, con mucha más razón un pescador ha de ser capaz de efectuar reparaciones menores en un motor descompuesto, para evitar quedar a la deriva, a merced de los vientos.

ASENTAMIENTOS, VIVIENDAS Y GRUPOS RESIDENCIALES

Si los paisajes naturales se asemejan en varios de sus elementos, los construidos por el hombre parecerían aún más homogéneos, debido tanto a la existencia de condicionantes geográficas e históricas en los patrones de asentamiento —heredados de la época colonial o el periodo de las haciendas—, como al tipo de recursos materiales disponibles, la similitud de técnicas constructivas y, en la época actual, la difusión de un cierto estilo arquitectónico



46 Mujeres lavando maíz a la orilla del pozo. Dzemu, Yucatán.
 Fotógrafo: Ricardo Moura, 1981.
 Fototeca Nacho López, CDI.

aséptico y ramplón, que invade con mayor o menor celeridad el campo mexicano, despersonalizándolo a la vez que lo “moderniza”, en opinión de los vecinos.

Tras la conquista española, el patrón de asentamiento característico del periodo llamado Posclásico (viviendas dispersas en terrenos montañosos, o semidispersas en torno a un centro cívico-ceremonial) se reveló como un obstáculo a las dos principales instituciones aportadas por los vencedores: la Iglesia y el Estado centralizador, los que, buscando facilitar tanto la evangelización

como la colecta de cargas tributarias y la explotación de la mano de obra —ya por encomiendas, ya por servicios personales—, procedieron a reunir a los indígenas. De ahí surgió la nueva traza de los poblados, cuyo patrón de asentamiento común es el compacto de baja densidad; aquel en que los huertos de tamaño mediano de las viviendas se tocan. Pero también se registran otras variedades: las poblaciones de mayor tamaño, donde los muros de las casas se alzan casi contiguos, corresponden al patrón conocido como “compacto de alta densidad”. Por otra

parte, la mayoría de las aldeas, comisarías o rancherías sería del tipo semidisperso. En todo caso, por lo general a una importancia mayor de la puebla corresponde una menor dispersión de las viviendas.

El acceso a las fuentes de agua, utilizadas como lugares de aprovisionamiento del líquido, contribuye en ocasiones a configurar los patrones de asentamiento e incluso modela algunos aspectos de la organización social, tal como lo hacía ya desde la época precolombina.²¹ Como ejemplos de lo primero se podrían citar los poblados norteños de la península que se ubican alrededor de los cenotes. Por su parte, en ciertas comunidades quintanarroenses de reciente creación (v. g. Tres Reyes) es factible observar un patrón de asentamiento más bien irregular: un esbozo de placita central rectangular, en tres de cuyos lados se alinean las viviendas; en su perímetro se ubican el tanque inacabado y el pozo comunal, del que se surten todos los vecinos de agua para beber, cocinar, preparar el nixtamal, bañarse, dar a los animales. *Binem pai há o cha'a há*, “está jalando agua”, es una de las respuestas más comunes cuando uno pregunta dónde están las

²¹ Las similitudes y divergencias entre la organización espacial y las viviendas mayas antiguas y actuales es el tema de un excelente estudio de Pierrebourg, 2003.

Las construcciones recientes tienden a una cierta uniformidad derivada del empleo generalizado de elementos como el “bloque” prefabricado, las láminas de zinc o cartón, los techos “colados”, empleando vigueta y bovedilla, etcétera.

mujeres o los niños de determinada casa. Del amanecer al atardecer puede uno ver a los pequeños acarreado cubetas o ayudando a transportar en parejas, y con una especie de palanquín, enormes latas cuyo peso los obliga a curvar el cuerpo.

Caso particular, que se registra en algunas comunidades de Yucatán y Campeche, es el de los indígenas que, tras la aplicación de las leyes de Reforma Agraria, continuaron viviendo en las desmembradas haciendas, ya no como peones acasillados sino como asalariados. Igualmente específico es el caso de ciertos poblados de la parte central de Quintana Roo, donde en un costado de dicha plaza se yergue la iglesia de la Santa Cruz (“la iglesia vieja”), junto con un enorme “corredor” en el que vivían los macehuales encargados de las guardias, como testimonio del periodo bélico, cuando la organización tenía como eje un pe-



Vivienda tradicional de palos con techos de huano. Felipe Carrillo Puerto, Quintana Roo.
Fotógrafo: Héctor Vázquez, 1995.
Fototeca Nacho López, CDI.

cular sistema teocrático-militar. Pese a sus nombres, ambas son construcciones, con excepción de su tamaño, idénticas a casas mayas “típicas”, que solamente se utilizan cuando se realiza la fiesta del pueblo.

Como vimos antes, por lo que toca a patrones de asentamiento no encontramos, de hecho, divergencias significativas: compacto de alta o baja densidad en el centro de las localidades y semidisperso en las periferias, sin llegar a la dispersión, factible de encontrar, por ejemplo, en algunas regiones montañosas o selváticas del área maya de Chiapas. Las diferencias son mayores en lo que toca a los materiales empleados en las construcciones antiguas, ya que obviamente los habitantes de poblados costeros no cuentan con los mismos tipos de

maderas que los asentados tierra adentro, ni los que ofrecen las planicies son idénticos a los susceptibles de encontrar en las regiones de selva. Pero conviene insistir en que tal criterio es válido en lo que respecta a construcciones añejas, pues las recientes tienden a una cierta uniformidad derivada del empleo generalizado de elementos como el “bloque” prefabricado, las láminas de zinc o cartón, los techos “colados”, empleando vigueta y bovedilla, etcétera. En este sentido, la mayor o menor rapidez con que se adoptan tales elementos —tenidos por más “funcionales” o “higiénicos”, amén de duraderos— parece depender en buena medida de las posibilidades económicas de los habitantes de la vivienda para acceder a los dictados de la moda constructiva.

Los materiales empleados en la construcción de las viviendas y la forma que presentan están íntimamente relacionadas, como era de esperarse, con las características del medio geográfico que posibilita y en cierto modo determina ambas; pero en su mayoría son absidales, pues es tradicional hacer semicirculares las cabeceras, lo que da a la planta su peculiar aspecto ovalado. Muestran piso de cemento o tierra apisonada (algunos acostumbra colocar, sobre un empedrado o directamente sobre la tierra, una capa de material arcilloso de color blanco denominado *sahcab*). Tienen techos de palma o huano, a veces combi-

nado con zacate o láminas de cartón, zinc o asbesto y, en el caso de los pueblos más antiguos, paredes de piedra (“secas” o unidas con cemento), mientras que en los más recientes o en las viviendas de los más pobres se observan, sobre una base de mampostería, paredes hechas de maderas locales, que pueden estar recubiertas con una mezcla de zacate y tierra roja (embarrado o bajareque). Se emplean zapote, jabín, zak-yap, tziminché o chechem para los horcones; quiebrahacha u otra “madera de corazón” para los balos; kekenché o wikinché para el cuerpo del techo; chacteviga para el caballete y pata de vaca para los tensores, llamados “cañaverales”. Desprovistas en ocasiones de ventanas, cuentan siempre con dos puertas: una de entrada y otra de salida al “solar” o patio. Se puede asimismo habilitar “tapancos” en la planta principal, con pedazos de madera, lonas o porciones de plástico grueso resistente, para guardar cajas o sacos conteniendo aquellas pertenencias de las que es impensable deshacerse, o las mazorcas ya cultivadas.

Se trate de casas de mampostería o de palos, el mobiliario se reduce comúnmente a hamacas, una o dos mesitas rústicas de tablas, que en ocasiones fungen como altar; algunas sillas, un improvisado trastero, un arcón o cajas de madera —cuando no, de cartón— para guardar la ropa (sustituido, entre los más acomodados, por un ro-

pero) y la “banqueta” o mesa circular para tortear. Como el uso de hamacas es generalizado, las camas siguen siendo poco comunes, aunque van en aumento.²² Cuando se poseen, parecen cumplir más bien funciones de marcador de estatus que de objeto de uso cotidiano; de hecho, algunos las colocan incluso en la sala de la casa.

En lo referente a la cocina, el INEGI reporta que para el año 2000 el 84 por ciento de las viviendas yucatecas contaba con un área destinada exclusivamente para co-



Las viviendas absidales siguen siendo un marcador visible de la identidad maya. X-Yatil, Quintana Roo.

Fotógrafo: Mario Humberto Ruz, 1998.

Acervo personal.

²² Véase al respecto el interesante texto de Baños Ramírez, 2004.

Radios y televisores se cuentan entre los pocos electrodomésticos generalizados. Dzemul, Yucatán. Fotógrafo: Ricardo Moura, 1981. Fototeca Nacho López, CDI.



cinar, porcentaje que disminuía a 79.2 en Campeche y a 72.2 en Quintana Roo. Aunque las cifras se antojan altas, cabe apuntar que no se trata siempre de construcciones sólidas, sino a menudo de meros espacios cubiertos, con paredes de materiales precarios o incluso carentes de ellas. Asimismo, aunque las estufas de gas son de uso cada vez más frecuente en los poblados grandes, es todavía usual encontrar el típico fogón de tres piedras (*koben*), que casi siempre se asientan directamente sobre el piso, mientras que los metates de piedra van siendo sustituidos por molinos metálicos para el maíz, del mismo modo que los productos plásticos y las latas desplazan a las piezas de alfarería local o las jícaras empleadas antiguamente como recipientes. En lo correspondiente al uso de gas para cocinar,

el INEGI lo reporta en 77.6 por ciento de los hogares de Quintana Roo, 66.7 en Campeche y 61.4 por ciento en Yucatán, pero si enfocamos nuestra atención en los municipios de población predominantemente indígena, veremos que en éstos se concentra la mayor cantidad de viviendas que utilizan leña y carbón.

Arrinconados en las paredes de la casa, entre canastas, bateas, ropas, latas, frascos, redes y *sabukanes* (morrales) para cargar maíz, se encuentran los aperos de labranza, que poco han variado en número y forma desde la época prehispánica. Sin duda la novedad más importante fue la introducción de útiles con adiciones de metal o fabricados a partir de metales, entre los que destacan el machete, la sierra, el hacha y las puntas de hierro que algunas comunidades

CUADRO 7. PORCENTAJE DE VIVIENDAS PARTICULARES HABITADAS,
POR TIPO DE BIEN DISPONIBLE, 2000

Bien	Campeche		Quintana Roo		Yucatán	
	Total	Pm 2 500*	Total	Pm 2 500	Total	Pm 2 500
Televisión	75.4	47.0	81.4	48.8	82.9	59.5
Radio o radiograbadora	73.2	54.8	80.7	60.8	78.8	61.3
Videocasetera	22.7	4.4	30.6	7.4	28.2	5.6
Licudadora	60.8	30.8	67.8	33.2	61.9	28.4
Refrigerador	57.2	24.8	65.2	28.9	58.1	23.4
Lavadora	51.8	24.0	55.3	26.2	52.0	20.8
Teléfono	21.3	1.3	29.2	5.1	28.3	2.2
Computadora	5.5	0.2	8.8	1.7	7.7	0.6

* Población menor de 2 500 habitantes.

Fuente: Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, *Perfil sociodemográfico*, 2003.

adaptan al bastón plantador o espeque, buscando reforzar su resistencia y duración. A ellos se suman las escopetas en las poblaciones donde aún se practica la cacería, y las artes de pesca en aquellas costeras.

Excepción hecha de radios y televisores, no se observan muchos artículos electrodomésticos. En pueblos donde el bordado genera importantes recursos, las máquinas de coser son comunes, y es frecuente que los habitantes de Yucatán y Campeche posean un bastidor para urdir hamacas. En cuanto a "bienes disponibles" en las viviendas, el INEGI ofrece datos que se antojan relativamente al-

tos en los tres estados, pero advierte que éstos se concentran sobre todo en las poblaciones de mayor tamaño, que no son ciertamente las habitadas por mayas. Con esta salvedad en mente, veamos los datos que ofrece el Instituto para los conjuntos estatales, seguidos por aquellos que corresponden a localidades con menos de 2 500 habitantes, que son por lo regular las de población predominantemente maya. Los porcentajes hablan solos.

Por lo general, casi todas las familias poseen al principio una sola construcción que sirve como dormitorio, cocina-granero y aun de corral, pero es también usual

que al paso del tiempo se construya otra habitación destinada a dormitorio y se deje la primera como cocina. Mientras tanto, el fogón se localiza en un extremo de la planta principal de la casa, de manera que esta construcción hace las funciones de dormitorio, cocina, sala y almacén. No es inusual, como señalé antes, que adosada a la habitación principal se construya una especie de galera cubierta que cumple funciones de cocina.

Los calificados como “baños” son a menudo dos o tres paredes de madera, con un techo de huano mucho más bajo que el de la planta principal. Adentro, el espacio alcanza apenas para el insustitui-

ble banquito y los cubos con el agua que habrá de emplearse para el aseo. Es frecuente que se defeque al aire libre, aunque es justo señalar que gobiernos como el de Yucatán han realizado recientes esfuerzos por dotar a las viviendas con letrinas; en particular después del paso del huracán Isidoro (2002). Hablando del total estatal, el INEGI reporta 81 por ciento de viviendas campechanas con “servicio sanitario exclusivo”, 85.8 para Quintana Roo y 75.9 para Yucatán, pero no ofrece detalles más allá de señalar que en Yucatán se contabilizaron 95.6 por ciento de fosas sépticas, 94.7 por ciento en Campeche y 63.2 por ciento en Quintana Roo. Porcentajes muy por

CUADRO 8. PORCENTAJE DE LAS PRINCIPALES CARACTERÍSTICAS DE LAS VIVIENDAS PARTICULARES HABITADAS, 2000

Concepto	Nacional	Campeche	Quintana Roo	Yucatán
Total de viviendas	Falta dato	157 172	213 566	373 432
Promedio ocupantes por vivienda	4.43	4.39	4.09	4.43
Con piso diferente a tierra	86.2	85.6	89.5	94.1
Con agua entubada	84.3	80.1	93.7	89.6
Con drenaje	78.1	63.8	83.7	87.5
Con energía eléctrica	95.0	91.2	95.3	95.4
Con cocina exclusiva	85.1	79.2	72.2	84.0
Con excusado	85.9	81.0	85.8	75.9

Fuente: Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, *Perfil sociodemográfico*, 2003.

encima del 15 por ciento que se registra a nivel nacional.

Pese a existir corrales para los animales que se crían en el solar, éstos están casi todo el tiempo sueltos, lo que permite disminuir el costo de manutención. Los perros y otros animales domésticos pueden o no entrar a la planta principal de la vivienda, dependiendo de la costumbre de cada familia.

Veamos, para tener una visión de conjunto, lo que registra el Censo de 2000 acerca del número, ocupación y servicios con que cuentan las viviendas en las tres entidades.

Como puede apreciarse, la oferta de viviendas en Yucatán (que se corresponde con el porcentaje de individuos empleados en la industria de la construcción) es más del doble que en Campeche y cerca de 30 por ciento superior a la de Quintana Roo, como era de esperar dado el monto de su población, aunque en términos comparativos no se corresponde estrictamente. Es interesante comprobar la disparidad de servicios con que cuentan las tres entidades, sobre todo en lo que corresponde a drenaje y sanitarios con excusado, que son bajos en Yucatán, lo que en parte es explicable por las características calcáreas del subsuelo (apenas el 3.5 por ciento del drenaje de la entidad está conectado a la red pública, en su mayoría en Mérida). Campeche muestra los porcentajes más bajos en servicios

de agua entubada, energía eléctrica y sobre todo drenaje, del cual carece casi el 40 por ciento de la población.

Comparando los porcentajes nacionales, los registrados en la península parecerían aceptables en su mayoría, pero la situación varía si llevamos los datos a nivel municipal, que hacen claro que en aquellos municipios predominantemente indígenas las carencias son más acusadas. Tomemos como ejemplo el caso de Quintana Roo, donde cuatro de los ocho municipios registran más del 30 por ciento de su población como HLI: Felipe Carrillo Puerto (75 por ciento), José María Morelos (68.2 por ciento), Lázaro Cárdenas (57.9 por ciento) y Solidaridad (30.2 por ciento).

Más allá de los servicios con que cuentan las viviendas, un punto destacable es que habitar en una casa “típica” es para muchos de los vecinos sinónimo de atraso y pobreza, cuando no de “indianidad”, en tanto que hacerlo en una “moderna” es marcador indudable de prestigio. No está por demás men-

Las unidades residenciales son fácilmente perceptibles. Más allá de sus linderos se tejen continuamente diversos y complejos lazos de afecto y cooperación.

CUADRO 9. PORCENTAJE DE LAS PRINCIPALES CARACTERÍSTICAS DE LAS VIVIENDAS PARTICULARES HABITADAS EN QUINTANA ROO, 2000

Concepto	Promedio estatal	Carrillo Puerto	J. Ma. Morelos	L. Cárdenas	Solidaridad
Promedio ocupantes por vivienda	4.09	4.97	5.04	4.65	3.76
Viviendas con 3 o más cuartos	50.2	32.4	29.9	34.9	23.6
Promedio de habitantes por cuarto	1.46	2.12	2.18	1.96	1.98
Con piso diferente a tierra	89.5	65.8	68.0	69.3	86.8
Con paredes de materiales sólidos	74.0	50.4	44.6	50.6	69.2
Con techos de materiales sólidos	65.3	29.8	24.9	35.2	59.1
Con agua entubada	93.7	85.5	84.5	89.0	60.4
Con drenaje	83.7	34.7	30.9	30.2	84.5
Con excusado	85.8	51.8	53.2	61.2	78.7
Con energía eléctrica	95.3	87.5	85.6	89.4	86.0
Con cocina exclusiva	72.2	70.1	77.1	73.4	50.2
Uso de gas para cocinar	77.6	26.4	15.6	29.9	73.4
Viviendas con agua entubada, drenaje y electricidad	76.8	32.3	28.7	29.0	51.1

Fuente: Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, Quintana Roo, *Perfil sociodemográfico*, 2003: 137-153.

cionar que en lo anterior han jugado un papel primordial tanto los afanes comerciales de quienes manejan el rubro de la construcción, como las políticas gubernamentales en ese campo (íntimamente ligadas en muchos casos a los intereses económicos), que han privilegiado la erección de edificios, monumentos y áreas habitacionales, por lo

común sin tomar en cuenta su armonía con el paisaje, y mucho menos las características culturales de los pobladores de la zona. En este sentido, la acción de salvaguarda del ente responsable (el Instituto Nacional de Antropología e Historia) es prácticamente nula. La destrucción del patrimonio arquitectónico —en particular en las cabeceras municipa-

les— es brutal, acelerado y continuo, lo cual atenta no sólo contra el potencial turístico de la región sino, hecho sin duda más importante, también contra la memoria histórica plasmada en las construcciones.

Con independencia de los materiales que intervengan en su factura, las casas que conforman las unidades residenciales albergan grupos domésticos que, por lo general, consisten en una familia nuclear (una pareja y sus hijos) o varias de ellas en viviendas distintas, aunque también se encuentran familias extensas (padres, hijos y sus cónyuges y sus propios hijos, grupos familiares viviendo juntos, en proximidad pero en casas individuales o, finalmente, en relativa independencia de su parentela en lo que a delimitación residencial respecta) o familias compuestas (que, a más de parientes en línea directa, pueden incluir colaterales, como hermanos o sobrinos e incluso algunos no familiares).

Cuando los miembros de una familia extensa comparten sus gastos (v. g. los de comida, pagos de agua y luz) es frecuente que los hombres hagan también la milpa u otros trabajos en común en el campo. En cambio, ciertas familias nucleares sólo comparten porciones del espacio (sitios como el excusado, el granero y el área central del solar suelen ser de uso común), pero pueden tener gallineros y hasta bateas independientes (Quintal *et al.*, 2003: 329).

Es importante destacar que si bien ha sido común considerar los patrones de organización social “tradicionales” como un factor determinante en la elección del tipo de unidad doméstica, éste no es siempre el criterio único ni, mucho menos, un criterio anquilosado. Ana Paula de Teresa (*op. cit.*: 207-278) demostró ya, por ejemplo, la relación entre la Reforma Agraria, la situación ejidal y los tipos de unidades domésticas en la zona henequenera.

Si bien estas unidades residenciales son fácilmente perceptibles, incluso desde una simple perspectiva escenográfica, ya que con frecuencia se encuentran delimitadas por pequeños muros de piedra seca (albarradas), no son las únicas formas de organización social de importancia entre los mayas peninsulares. Más allá de sus linderos se tejen continuamente diversos y complejos lazos de afecto y cooperación recíproca con otros miembros del patrilineaje, así como con los de las familias de parientes afines o políticos (suegros, yernos, nueras, consuegros) y los parientes rituales o *kúumpalal* (padrinos, compadres); vínculos que se expresan tanto en las actividades cotidianas como durante las festivas (v. g. las novenas que acostumbran realizar grupos familiares en honor a un santo), e incluso en las toponimias, pues dada la tendencia a formar barrios o colonias de parientes, es común que los vecinos designen a tal o cual sitio con el

apellido paterno más importante: la calle de los Peches, la calle de los Canules (Quintal *et al.*, *op. cit.*: 332-335).

En ocasiones los patrones de exo y endogamia local (que regulan los matrimonios) se reflejan en la configuración del poblado, dividido en barrios, si bien no encontramos, como ocurre entre los mayas de Chiapas y Guatemala, divisiones en lo que los antropólogos llaman “mitades” u otras variantes que den cuenta de la organización de los grupos de parentesco en clanes o linajes, o lo que de ellos subsiste.

Pero ni siquiera los nexos que determina el parentesco marcan los límites de las formas organizativas mayas: las relaciones de vecindad, de barrio; la pertenencia a tal o cual asociación política, la adscripción a determinada iglesia o la participación en sociedades de crédito, grupos escolares, asociaciones de padres de familia, grupos responsables de organizar festejos civiles o religiosos (como los gremios o las visitas de los santos) e incluso los vínculos de amistad, son otras tantas bases para compartir afanes, gastos y tareas.²³

²³ Es imposible detenerse aquí en todas y cada una de las maneras de expresión de estas redes familiares; el interesado puede consultar el acucioso e inteligente resumen de Quintal *et al.*, que incluye una detallada descripción de los sistemas de parentesco y su tecnonimia.

Más allá de las autoridades familiares, las fuentes de liderazgo y poder son varias y diversas dependiendo del tamaño, la importancia económica y la conciencia política de las localidades. Imposible abordarlas aquí con detenimiento. Sin embargo, conviene señalar que la autoridad en los poblados menores reside en las autoridades comunales. Éstas son, en teoría, elegidas democráticamente por el grupo y su elección es luego reconocida por el municipio (en el caso del delegado municipal) o el Estado (comisariado ejidal). No es inusual que compitan por los puestos a fin de obtener ganancias personales o familiares, y es voz común que están al servicio del Partido Revolucionario Institucional (PRI), si bien la presencia de otros partidos (Partido de la Revolución Democrática, PRD; Partido Acción Nacional, PAN) es cada vez mayor. Su influencia, que idealmente dura lo que dura el cargo, tiene un doble origen: un poder asignado por la comunidad y otro delegado por el Estado. El problema parecería ser mayor en las comunidades más extensas y pobladas, pues las pequeñas, además de resultar poco “atractivas” en términos de botín, por su mismo tamaño están relativamente más capacitadas para enterarse de los problemas y corregirlos, por ejemplo, a través de las sesiones mensuales que realizan los cabildos, que en no pocas ocasiones son los responsables de velar por el mantenimiento del sistema de

normas y la aplicación de sanciones a quienes se permitan violarlo.²⁴

Al lado de las autoridades comunales se ubican aquellos individuos elegidos por el común para desempeñarse como representantes temporales (“comités”) de ciertas asociaciones o programas, como los forestales o el Programa de Educación, Salud y Alimentación (Progresá), que sirven de intermediarios para gestionar ante las instituciones públicas el financiamiento y el apoyo técnico, o distribuir los apoyos e insumos cuando se reciben. Apenas se anuncia un programa, se forma un comité, que varios vecinos califican en broma como mero “comité de recepción”, pues sirve para recibir a los funcionarios (haciéndoles oír lo que quieren oír) y recibir los fondos, que supuestamente distribuirán de manera equitativa.

Un grupo en consolidación parece ser el de los profesionistas indígenas (en su gran mayoría maestros, pero no sólo). Basan su prestigio en el conocimiento que se les atribuye (obtenido a través de sus estudios) y en las relaciones que se supone mantienen con altas autoridades. Poco se sabe, empero, pues residen por lo común

fuera del lugar. En este caso el conocimiento aludido no tiene que ver con los saberes y actitudes tradicionales, sino con el que poseen del mundo mestizo.

Punto de particular interés es la existencia, en las comunidades del área central de Quintana Roo y algunas del oriente yucateco (nucleadas en torno a Valladolid), de autoridades tradicionales surgidas de la organización propia de la Guerra de Castas, con su sistema de guardias, cuando en cada una de las comunidades se establecieron “compañías” formadas por los hombres casados, que mantuvieron una estructura militar, desde cabos hasta comandantes. Por otra parte, cada comunidad nombró a sus propias autoridades locales. Esta forma de organización étnica tiene como eje el culto a la cruz. Cada familia mantiene una cruz del grupo familiar y cada comunidad tiene asimismo su propia cruz comunitaria. Las más importantes, empero, son las cruces de las llamadas “compañías militares” que tienen varios santuarios o centros ceremoniales en la región. Los jefes de tales compañías constituyen un influyente liderazgo en la zona y, junto con las autoridades ejidales, mantienen el control político y religioso de los asentamientos.

En Quintana Roo tradicionalmente se ubican en cuatro centros ceremoniales, a los que se adscriben las comunidades de la zona: Chumpón, Chancáh Veracruz, Tixca-

²⁴ El interesado en este apasionante tema puede consultar, para el caso yucateco, la valiosa compilación de trabajos sobre cultura jurídica realizada por Krotz, 1997.

Los mayas obtienen prestigio al desempeñarse como rezadores y curanderos o por descender de personas que prestaron servicios valiosos.

cal Guardia y Tulum.²⁵ Basado en el control del ritual y en sus antecedentes históricos, el prestigio de la organización va en retroceso, en particular entre los miembros más jóvenes de la comunidad, pues se acusa a sus líderes de nepotismo, intenciones de perpetuarse en el cargo,²⁶ malversación (real o supuesta) de fondos y de estar al servicio de los gobernantes del PRI en turno.²⁷ Los líderes que muestran actitudes de rechazo o independencia son sistemática-

mente desprestigiados por el gobierno, con lo que terminan siendo removidos.²⁸

Hay además otros líderes informales, en principio desvinculados de las actividades políticas, como aquellos miembros de la comunidad que obtienen prestigio al desempeñarse como rezadores y curadores o por descender de personas que prestaron servicios que los vecinos tienen por valiosos, tales como los escribanos o los h-menó'ob. Se recurre a ellos en ocasiones de conflicto

²⁵ Es rumor extendido en Quintana Roo que los yucatecos de Xocén están emprendiendo acciones para ser reconocidos como un quinto centro sagrado.

²⁶ Bien a nivel de individuos, bien a nivel de comunidades.

²⁷ Para algunos la cooptación se muestra ya en el hecho de recibir un "apoyo" mensual por desempeñarse como autoridades ("están en nómina"), pero de hecho éste se antoja bastante raquítico (en X-Yatil mencionaron 65 pesos al mes, y los cuidadores del santuario de la cruz parlante en el propio Carrillo Puerto aseguraron que pasan meses sin recibirlo por retrasos burocráticos). A decir de Lizama, la autoridad de los dignatarios comenzó a debilitarse mucho antes; desde que las instancias municipales y la Reforma Agraria hicieron su aparición en los años treinta (1995: 70, *passim*).

²⁸ Por no existir estudios puntuales que permitan comparaciones a nivel peninsular, no me detengo aquí en otras autoridades y liderazgos, como el de los consejos supremos mayas, las diferentes "comisiones" que mantienen los gobiernos estatales (v. g. la Comisión Ejecutiva para el Desarrollo de la Zona Maya de Quintana Roo, que opera en Carrillo Puerto), los líderes políticos informales (que basan su poder en los contactos personales que mantienen desde tiempo atrás con dirigentes estatales, en especial del PRI y particularmente en la Confederación Nacional Campesina, CNC), o el poder creciente que en áreas como Quintana Roo están adquiriendo los representantes de las organizaciones no gubernamentales. Para el caso de este último estado puede consultarse Ruz *et al.*, 2002: 132 y ss.



Hombres de prestigio que lo han obtenido por servicios valiosos a la comunidad. Halacho, Yucatán. Fotógrafo: Pedro Tzontémoc, 1993. Fototeca Nacho López, CDI.

interno o familiar y son conceptuados como “consejeros” desinteresados de la comunidad. A primera vista, su base de poder, por tanto, sería similar a la de las autoridades tradicionales (herencia histórica y manejo del conocimiento tradicional, incluyendo el ritual), pero difieren al menos en tres puntos: su reconocimiento se da primordialmente a nivel comunal,²⁹ no disfrutan de poder delegado alguno y tampoco sufren el descrédi-

²⁹ Aunque algunos rezadores y curadores gozan de prestigio en las comunidades del entorno.

to que actualmente afecta a las autoridades mayas tradicionales.

Conviene asimismo destacar el hecho de que, a diferencia de muchas otras regiones indígenas del país, en la península no se advierte mayor peso de las jerarquías religiosas cristianas o de otros grupos religiosos. Igualmente, aunque se observa una creciente politización (en particular gracias a una presencia más acusada del PRD), que en algunos asentamientos ha provocado ciertas rencillas familiares, los líderes políticos de la oposición no representan por

el momento una fuerza significativa en las comunidades.

DE LOS AFANES COTIDIANOS

ACTIVIDADES ECONÓMICAS

Pueblos tradicionalmente agricultores, los mayas dedican buena parte de su energía y tiempo, incluido el ritual, a labores relacionadas con el agro. Variando según las potencialidades del terreno y los intereses del gran capital, se abocan a cultivar productos como henequén, cítricos, flores, chile o leguminosas; casi todos siembran aquellos que tienden a permitir la cada vez más inaccesible autosubsistencia alimenticia: maíz, frijol y calabaza, la clásica triada mesoamericana. Estos cultivos posibilitan en ocasiones la obtención de excedentes temporales que se llevan a los mercados.

Las siembras se realizan, por lo común, en las tierras ejidales a las cuales tienen acceso los ejidatarios y sus hijos, e incluso algunos avecindados en el pueblo, en caso de permitirselos la asamblea. “La norma ideal nos dice que se puede sembrar libremente

en cualquier parte del ejido y es éste el argumento central por el que la mayor parte de los ejidos de la península no han aceptado la parcelación [promovida por las reformas al artículo 27 constitucional] y han conservado el uso común”. En la elección sobre qué áreas trabajar intervendrán factores tales como la cercanía de zonas despejadas en años anteriores, la de los apiarios o la de otros parientes, lo que de alguna manera tiende también a respetar ciertos derechos de usufructo reconocidos a otras parentelas, conformándose así los conocidos como “rumbos”. Cabe señalar que la vecindad de “rumbos” alienta a grupos de vecinos para realizar actividades rituales en torno a la milpa, como el *cha’a Chak*, la ceremonia para invocar a las lluvias (Quintal *et al.*, 2003: 337-341), aunque en ocasiones el ritual involucra a toda la comunidad, como se registra en el oriente yucateco o en las comunidades *cru-zoob* de Quintana Roo, entre otros varios sitios. Y no está de más señalar que su realización trasciende a menudo incluso las fronteras religiosas, pues no es infrecuente que

Los trabajos agrícolas no son los únicos; a más de la pesca, ocupan su tiempo en labores como la extracción de sal, la fabricación de productos con fibras naturales, la cerámica, el urdido de hamacas y un largo etcétera.



Cultivo de roza, tumba y quema. Quintana Roo.
Fotógrafo: Héctor Vázquez, 1995.
Fototeca Nacho López, CDI.

participen los convertidos a credos distintos al católico (Rodríguez Balam, 2001).

Para los cultivos llamados “de temporal” se sigue empleando el método denominado roza, tumba y quema, o milpa itinerante (“el campo de maíz que camina”), que consiste en despejar los terrenos de la vegetación primaria o secundaria; una vez desbrozados, se procede a prenderles fuego, buscando con ello fertilizar el terreno. La agricultura mecanizada es bastante rara, limitándose al Valle de Edzná y a algunas

regiones del sur campechano. No obstante el gran arraigo que tiene el cultivo de los productos de consumo tradicional, la inserción continua y creciente de los mayas en el modo de producción capitalista, con el que se articulan en posición de amplia desventaja, tiende a modificar los patrones. Así, en detrimento de los cultivos de productos dedicados al autoconsumo, cada vez más comunidades se dedican a los de tipo comercial, lo que les obliga a comprar aquellos básicos que ya no producen.



La existencia de grandes esteros salinos en la costa norte ha facilitado la extracción de sal en la zona desde la época prehispánica. Dzidzantún, Yucatán.

Fotógrafo: Mario Humberto Ruz, 1998.

Acervo personal.

Pero los trabajos agrícolas no son los únicos, ni siquiera los más rentables. Además de la pesca a la que antes me referí, muchos indígenas ocupan buena parte de su tiempo en labores como la extracción de sal (yucatecos de la costa norte), la fabricación de productos hechos con fibras naturales (Becal, Tekax, Calkiní y Ticul); la cestería (yucatecos de Hunucmá); la cerámica (Becal, Lerma, Maxcanú, Ticul); la manufactura de prendas de algodón; el urdido

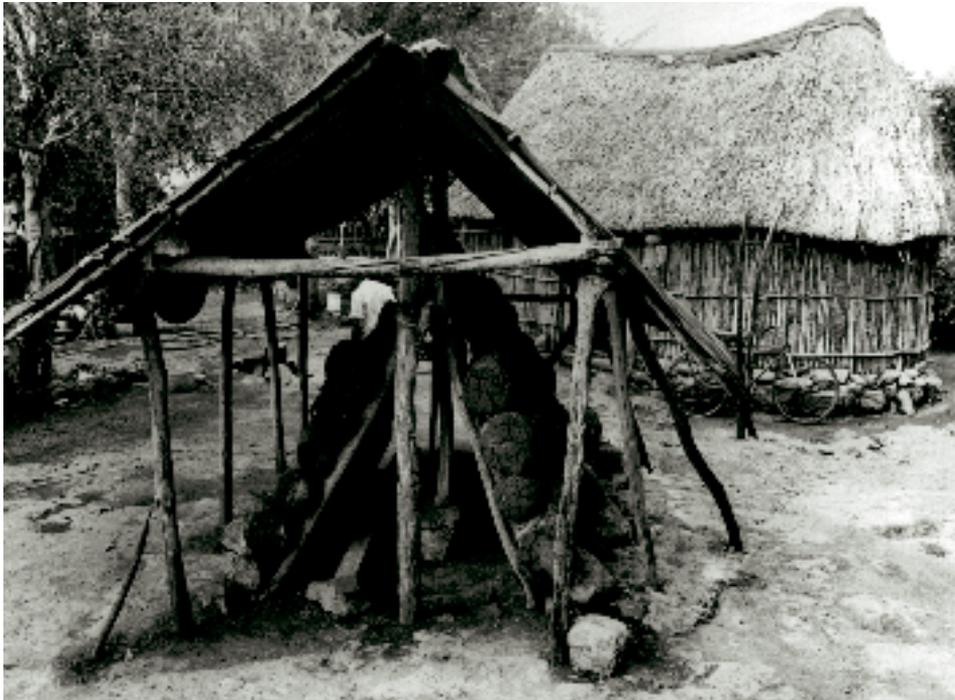
de hamacas (Chemax, Tekam, Chichimila, Tixcacalcupul y Hocabá); la orfebrería (yucatecos); las labores en cuerno de bovino, sustituyendo a las de carey (Campeche), y un largo etcétera dentro del cual el comercio ocupa un sitio no despreciable, tanto en los mercados como en pequeñas tiendas a menudo adosadas a la vivienda.

Otras comunidades han visto en la cría de animales o la obtención de sus productos (v. g. la miel) una alternativa para com-

pletar los exiguos ingresos que se obtienen de la venta de los excedentes agrícolas temporales y las artesanías, en particular las aves de corral, los cerdos y las abejas. Estas actividades pecuarias rara vez inciden en la dieta, pues si bien algunos grupos aprovechan, por ejemplo, los huevos de aves, son casi siempre otras bocas las que se beneficiarán del engorde; el maya está obligado a emplear el dinero que obtu-

vo al vender su cerdo, su pavo o su gallina, para comprar un poco más de maíz, enterrar a la esposa o el hijo muerto de anemia o tuberculosis, ayudar a subsanar los altos costos que implica el tener un cargo oneroso dentro de un gremio, o pagar al voraz usurero, llámese licenciado, médico, cura, prestamista o agente del gobierno.

A pesar de que sus propias labores agrícolas, artesanales y comerciales ocupan un



Meliponario tradicional, las abejas se crían en troncos ahuecados llamados *hobones*. Yucatán. Fotógrafo: Pedro Tzontémoc, 1993. Fototeca Nacho López, CDI.

lugar primordial en la vida de los mayas, existe otra actividad que absorbe buena parte de su tiempo y energías: la venta de su fuerza de trabajo. De hecho, la gran mayoría de los mayas contemporáneos se ve obligada a emplearse como trabajadores asalariados temporales, dada la economía capitalista dependiente que los estrangula (al igual que a muchos mestizos). La explotación del indígena como grupo no es nueva; tan vieja como la “indianidad”, se inauguró tras la Conquista, alcanzó nuevos y más complejos niveles durante la época de los grandes latifundios henequeneros y de las explotaciones madereras o chicleras, y

vino a conocer sus variantes más dramáticas en este siglo, ya en forma brutal y directa —como fuerza de trabajo— o indirecta y disfrazada, como se observa en la utilización del maya como “objeto turístico” o manoseada consigna de nacionalidad.

Varias son las condiciones que permiten y determinan la persistencia de la secular explotación; imposible el examinarlas aquí con detenimiento. A nivel interno, cabría señalar los problemas derivados de los regímenes de propiedad de la tierra, el agotamiento de suelos ya de por sí pobres (en particular en el norte de la península), los bajos niveles de educación formal, las

CUADRO 10. DISTRIBUCIÓN PORCENTUAL DE LA POBLACIÓN OCUPADA, SEGÚN SEXO Y SECTOR DE ACTIVIDAD, 2000

Sector de actividad	Campeche		Quintana Roo		Yucatán	
	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
Total	175 504: 72.1 por ciento	67 819: 27.9 por ciento	246 363: 70.6 por ciento	102 387: 29.4 por ciento	427 630: 69.1 por ciento	190 818: 30.9 por ciento
Primario *	33.4	3.2	14.4	1.2	24.0	1.7
Secundario **	24.4	13.7	20.4	6.1	30.6	22.8
Terciario ***	40.7	80.3	63.4	89.6	44.2	73.4
No especificado	1.5	2.8	1.8	3.2	1.2	2.1

* Agricultura, ganadería, silvicultura, caza y pesca.

** Minería, extracción de petróleo y gas, industria manufacturera.

*** Comercio, transportes, gobierno y otros servicios.

precarias condiciones de salud y alimentación y, por supuesto, la misma condición única que, dada la política imperante, coloca a los mayas en una situación marginal con respecto a los mestizos. A nivel externo, destaca la condición dependiente de la formación económica y social que caracteriza a todo el país. No es por tanto de extrañar que cada vez sea mayor el número de mayas que emigra a las zonas urbanas, petroleras, ganaderas o turísticas de la península, de los estados vecinos (en especial Tabasco), o incluso fuera del país (Estados Unidos y Canadá), para emplearse como asalariados temporales. Cabe destacar que las preferencias peninsulares en cuanto a emigración dentro del territorio nacional parecen apuntar hacia Quintana Roo, mientras que Estados Unidos fue el destino de 94 de cada 100 emigrantes internacionales de Campeche, de 92 de Yucatán y de 72 de Quintana Roo.

Las entidades se aproximan de nuevo al compararse las tasas de participación económica por sexo, e igualmente significativas resultan las diferencias cuando se confronta la distribución porcentual de la población económicamente activa (PEA), por sector de actividad y sexo, para ese mismo año, pues muestran con claridad la creciente inserción de la mano de obra femenina en los sectores productivos, especialmente el secundario en Yucatán y

Campeche (es de suponer que se trata en su mayoría de manufacturas) y el terciario en toda la península, sin duda vinculado al comercio, que es una actividad a menudo efectuada por mujeres.³⁰

Dato de particular interés es el concerniente a la tasa de participación económica por municipio. Para Quintana Roo en su conjunto se reporta una tasa de 57.5 por ciento, pero si enfocamos la atención en los cuatro municipios con mayor población indígena, vemos que, exceptuando

³⁰ Ahora bien, acordes con sus diversas vocaciones económicas, las tres entidades exhiben divergencias claras en lo que corresponde a porcentajes en la estructura sectorial del Producto Interno Bruto. Así, Yucatán sobresale en actividades comerciales, agropecuarias y pesqueras, en la industria manufacturera, en actividades de construcción y en prestación de servicios financieros, inmuebles y sociales diversos, mientras que su acusado desarrollo turístico provoca que desde 1995 casi 60 por ciento de la estructura sectorial de Quintana Roo gravite en torno a hoteles y restaurantes, en tanto que 18.2 por ciento se clasificó entonces como "servicios comunales, sociales y personales". Campeche, en cambio, descansaba y descansa sobre la extracción de petróleo y gas (33 por ciento) y en las actividades que los censos agrupan en "comercio, restaurantes y hoteles", pero es de suponer que la mayor parte del alto porcentaje registrado para 1995 (47.1 por ciento) corresponda al comercio, dada la raquítica industria hotelera y restaurantera del estado, que en ese rubro ocupaba el penúltimo lugar en el país, según el mismo Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (*Perspectivas estadísticas de Campeche*: 77).

Solidaridad (con gran desarrollo turístico), ninguno muestra una tasa mayor al 48 por ciento. Otro tanto ocurre en Campeche, donde apenas Calkiní (50.3 por ciento) rebasa la media estatal (50 por ciento), en tanto que los demás municipios, habitados predominantemente por mayas, no llegan al 47 por ciento. En el caso de Yucatán, con una tasa media de 51.4 por ciento, el INEGI no ofrece los datos para la totalidad de los 106 municipios (acaso por su elevado número), pero sí advierte acerca de la enorme disparidad observada, que va desde el 62.2 por ciento en Mayapán, hasta un magro 26 por ciento en Teya. No está de más recordar que las cifras corresponden a la que el censo califica como población mayor de 12 años que “trabaja o se encuentra buscando empleo”. Y ciertamente nada asegura que lo encontrará.

La perspectiva salarial muestra también desfases, perceptibles ya con claridad en

1990, pero que se agravaron sin duda tras la crisis del 94. Campeche ocupó en 1990 y 2000 el primer lugar en cuanto a población sin ingresos, que pasó de 8.4 por ciento a 16.8 por ciento en tan corto periodo, seguido no muy de lejos por Yucatán (6 y 14.7 por ciento, respectivamente). Quintana Roo, en cambio, poseía y posee los porcentajes más altos en los grupos que reciben entre tres y cinco o más salarios mínimos mensuales. Yucatán, por su parte, mantuvo los porcentajes más altos en el grupo que recibe hasta dos salarios mínimos al mes, al tiempo que Quintana Roo se ha ido separando aún más de sus vecinos en cuanto a sectores con mayores ingresos. No es extraño que ejerza tal poder de atracción sobre la fuerza laboral de la península, ni es difícil suponer en qué niveles se ubica la mayoría de la población maya. Puesto que las unidades empleadas en ambas décadas son distintas, veámoslas por separado.

CUADRO 11. POBLACIÓN OCUPADA SEGÚN NIVEL DE INGRESO MENSUAL, 1990

Nivel salarial	Campeche	Quintana Roo	Yucatán
No recibe ingresos	8.4	7.7	6.0
Hasta dos salarios mínimos	59.7	41.5	67.6
Más de dos y hasta cinco salarios mínimos	21.2	33.3	18.8
Más de cinco salarios mínimos	5.3	10.2	4.7

Fuente: Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, *Perfil sociodemográfico*, 2003.

CUADRO 12. POBLACIÓN OCUPADA SEGÚN NIVEL DE INGRESO MENSUAL POR TRABAJO, 2000

Nivel salarial	Campeche	Quintana Roo	Yucatán
No recibe ingresos	16.8	11.3	14.7
Menos de un salario mínimo	12.8	3.8	12.1
De uno hasta dos salarios mínimos	20.5	12.6	22.2
Más de dos y hasta menos de tres salarios mínimos	12.1	13.0	12.9
De tres hasta cinco salarios mínimos	13.9	21.1	14.7
Más de cinco salarios mínimos	18.9	32.5	18.0

Fuente: Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, *Perfil sociodemográfico*, 2003.

Asimismo, aunque los censos no se detengan en este aspecto, es claro que la precaria situación en el agro ha motivado que en algunas comunidades el trabajo artesanal con fines comerciales se incremente. Puede tratarse de familias aisladas (nucleares o extensas) o, en ocasiones, de tareas que, al irse generalizando, han contribuido a que la comunidad entera sea considerada regionalmente como sede artesanal. Este sería el caso, entre otros muchos, de Dzityá, Yucatán, reconocida por sus trabajos en piedra; de Becal, Campeche, famosa por los sombreros de jipi-japa tejidos en cuevas (para facilitar el manejo de la palma húmeda) o de X-Pichil, Quintana Roo, sede de reconocidas bordadoras. Puesto que esta última es, de nuevo, una actividad en la que la participación femenina se revela de capital importancia para la economía

doméstica, y ya que nos ilustra sobre los procesos de modernización artesanal y a la vez acerca de la transmisión familiar de ciertas técnicas, detengámonos un momento en ella.

En X-Pichil se realizan bordados en máquina y también de hilo contado, que si bien en un principio seguían los diseños geométricos tenidos por tradicionales, los han ido modificando para incorporar flora y fauna de la región e incluso algunas figuras del panteón maya prehispánico. Los cambios incluyen también el tipo de prendas que se trabajan, ya que si en su origen eran sobre todo hipiles, ahora abarcan camisas para hombre, de manta cruda; bermudas, juegos de blusa y pantaloncillo, mantelería, cortinas y sobrecamas, buscando ajustarse a la demanda del mercado internacional y nacional, que ahora



La señora Lucía Agustina ha tensado en aro la tela para bordar con mayor facilidad. Yaxley, Quintana Roo.
Fotógrafa: Lucía Ruiz Millán, 2004.

hasta visita el poblado en busca de piezas. La especialización ha incidido incluso en cierta división del trabajo, pues mientras algunas mujeres cortan y unen las pre-

das (“hechura”), otras las bordan después de comprárselas. En ocasiones las bordadoras más solicitadas pueden dar a otras trabajos para maquilar.

El bordado es, por lo común, una labor familiar que incluye a varias generaciones. Es frecuente ver a las niñas desde al menos los ocho años afanándose en las máquinas de coser apenas salen de la escuela. Aprenden a bordar viendo a sus familiares mayores hacerlo. Las muy pequeñitas se contentan con “jugar” en las máquinas, intentando copiar los movimientos del pie en el pedal, aunque sea con las manos. Las adolescentes, por su parte, tienen a su cargo en ocasiones salir a vender lo que costuran las hermanas mayores, en especial cuando no hay otra mujer en casa que hable español y los hombres de la familia se encuentran trabajando afuera o cuando, ante una urgencia, se requiere de dinero rápido. No es inusual que en estos casos las familias de menos recursos vendan su trabajo a bordadoras con mayor capacidad económica.

Se realizan bordados en máquina y también de hilo contado. Si bien en un principio seguían los diseños geométricos tradicionales, los han ido modificando para incorporar flora y fauna de la región.

Los precios varían según el terminado, la técnica, el producto e incluso el cliente. Van desde unos 50 pesos por un juego de seis portavasos bordados en máquina (según dicen, se pueden hacer dos o tres en un solo día), hasta unos 1 500 por un terno bordado en forma sencilla también en máquina. Un hipil con su justán, con técnica de calado, en cuya factura se invierte cerca de una semana, se cotiza en aproximadamente 600 pesos. Blusas, chalecos, camisas, bermudas, todos con bordado en má-

quina, oscilan entre los 90 y los 150 pesos, dependiendo del tipo de trabajo, aunque en casos de urgencia pueden malbaratarse las prendas (v. g. una blusa en 70 u 80 pesos, y un hipil en 350).

Sin descuidar las labores de la casa, las vinculadas con el cuidado de los niños, la alimentación y el aseo de la vivienda y la ropa, o de ir a la escuela cuando están en edad de hacerlo, muchas mujeres de X-Pichil pasan buena parte del día bordando o costurando, “hasta que comienza a oscu-



Es común ver a las señoras reunidas bordando, como Lucía Dolores, Catalina y Amelia. Yaxley, Carrillo Puerto, Quintana Roo.

Fotógrafa: Lucía Ruiz Millán, 2004.
Acervo personal.

recer” o incluso más tarde si urge terminar un encargo. Los hombres, por su parte, emplean la mañana y algunas horas de la tarde en las labores del campo, pero en el pueblo es opinión generalizada que “la milpa no deja”, no reditúa, de allí que la economía doméstica dependa cada vez más del trabajo femenino. Que éste puede ser muy exitoso lo muestra el que en las casas donde habitan las “mejores bordadoras” sea posible encontrar refrigeradores, lavadoras, televisores, equipos de video y varios otros artículos suntuarios. Los cambios son perceptibles incluso en la actitud de las mujeres, que tienen a su cargo atender a los visitantes, transar con los compradores o acudir a Carrillo Puerto e incluso a Chetumal para tramitar apoyos (que ahora desbordan la esfera de las artesanías); cuando no, a desplazarse a comunidades vecinas para ofrecer cursos de bordado y costura.

En efecto, el éxito obtenido por las bordadoras del poblado, y la difusión del mismo, ha provocado que otros pueblos cercanos soliciten apoyos gubernamentales para desarrollar actividades similares, o que las propias bordadoras x-pichileñas busquen auxilios que hagan más productiva y rentable su labor. Así, se organizan en grupos para solicitar créditos y obtener máquinas de coser; las más reconocidas imparten cursos sobre técnicas y diseños.

ASPECTOS EDUCATIVOS

Es de suponer que también los niveles educacionales influyan en el monto de los salarios. No ha de ser casual que a pesar de tener porcentajes muy similares en cuanto a población entre seis y catorce años que asiste a la escuela (los tres por arriba del 91 por ciento y todos por encima de la media nacional), Yucatán y Campeche muestren niveles muy superiores de analfabetismo en población mayor de quince años (12.4 y 11.9 por ciento, frente a 7.6 por ciento de Quintana Roo, que es el único que supera el 9.5 por ciento nacional), pero no están muy alejados de la media del país (27.6 por ciento) en cuanto a población que cuenta con instrucción más allá de la media básica (24.7 y 26.2 por ciento, respectivamente, frente a 29 por ciento de Quintana Roo).

De nueva cuenta la situación varía si llevamos los datos a nivel municipal y, sobre todo, a las poblaciones rurales con menos de 2 500 habitantes. Puesto que resulta imposible en este espacio desagregar los datos en su totalidad, comparemos tan sólo los extremos, es decir, estas poblaciones menores con aquellas que albergan más de 100 mil pobladores.

Las disparidades son evidentes, pero resultan aún más cuando las unidades a comparar son los municipios. En Yucatán, por ejemplo, mientras que 39.2 por ciento de la

CUADRO 13. DISTRIBUCIÓN PORCENTUAL DE LA POBLACIÓN DE 15 AÑOS Y MÁS
POR TAMAÑO DE LOCALIDAD, SEGÚN NIVEL DE INSTRUCCIÓN, 2000

Nivel de instrucción	Campeche		Quintana Roo		Yucatán	
	Pm 2 500	PM 100 000	Pm 2 500	PM 100 000	Pm 2 500	PM 100 000
Sin instrucción	20.3	6.6	19.9	4.9	19.4	4.1
Primaria incompleta	33.8	14.3	29.3	13.1	39.6	14.9
Primaria completa	22.3	16.4	20.0	15.8	19.2	14.7
Media básica	16.2	24.2	21.7	29.6	15.5	24.4
Media superior	5.2	21.8	5.8	23.0	4.1	24.6
Superior	1.7	15.8	2.4	12.6	1.1	16.4
No especificado	0.4	0.8	1.0	1.0	1.0	0.9

Fuente: Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, *Perfil sociodemográfico*, 2003.

población del municipio de Mérida cuenta con educación media superior y superior, municipios francamente mayas, como Chikindzonot, Timucuy, Chankom, Kantunil y Chemax, no llegan ni a 3 por ciento, en tanto que Kaua, Tixcacalcupul, Tahdziú y Mayapán ni siquiera alcanzan 2 por ciento. Por lo que respecta a Quintana Roo, tenemos que los cuatro municipios con mayor población indígena, Felipe Carrillo Puerto

(75 por ciento), José Ma. Morelos (68.2 por ciento), Lázaro Cárdenas (57.9 por ciento) y Solidaridad (30.2 por ciento), cuentan apenas con 16.2, 10.2, 11.5 y 23.9 por ciento, respectivamente, de sus habitantes con tales niveles de instrucción, siendo la media estatal 29 por ciento. A su vez, Campeche, con una media estatal de 26.2 por ciento en el rubro, exhibe los siguientes porcentajes en los municipios con mayor pobla-

Existen datos que parecerían indicar que la población indígena ocupa los primeros lugares en deficiencias educacionales.

ción maya: Calkiní, 27.7 por ciento; Hecelchakán, 24.6 por ciento; Tenabo, 20.7 por ciento, y Hopelchén, 13.7 por ciento.

Existen datos que parecerían indicar que la población indígena ocupa los primeros lugares en deficiencias educacionales. Así vemos que en 1995 en Yucatán, de 151 823 analfabetas mayores de quince años, 129 014 eran mayas; mientras que en Quintana Roo, de 42 707 analfabetas, 27 639 se calificaron como indígenas. La CDI reporta para el 2000 que las tres entidades peninsulares albergaban 151 600 personas “sin instrucción”, 141 884 de las cuales se ubicaban en “municipios mayas”, mientras que de un total de 295 763 personas con primaria incompleta, 275 613 habitaban en dichos municipios.

No obstante, la etnicidad no es el único factor a considerar, como lo muestran los datos arriba reseñados, donde vemos que municipios como Calkiní, cuya población maya calcula la CDI en 89.6 por ciento, incluso supera la media del estado de Campeche en ciertos rubros, en tanto que la de Dzidzantún, Yucatán, con una población

maya superior al 34 por ciento —de nuevo según la CDI— muestra que el 31.4 por ciento de los habitantes mayores de quince años cuentan con educación media superior y superior, lo que no sólo lo ubica en el segundo lugar estatal (tras Mérida, 39.2 por ciento), sino incluso por encima de la media del estado (24.8 por ciento), e incluso del país (27.6 por ciento). De éstos y de muchos otros datos se desprende que la oferta educativa y, en particular, la calidad de la educación que se ofrece, son otros rubros que deberán analizarse.

Ya desde el quinquenio anterior los tres estados mostraban, por ejemplo, muy altas tasas de reprobación en la escuela primaria (todos por arriba del 10 por ciento, superior a la media nacional), pero Campeche sobrepasaba a los otros en alumnos reprobados a nivel secundaria, profesional media y media superior. Quintana Roo, por su parte, destacaba en porcentajes de deserción, mientras que Yucatán —donde la población maya es mucho más abundante— poseía en varios niveles los porcentajes más altos de eficiencia terminal, sin que ello signifique que sea óptima.³¹

³¹ No me detengo en ello; el interesado puede consultar los volúmenes *Perspectivas estadísticas* de cada uno de los estados, publicadas por el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática en 1997.

CUADRO 14. INDICADORES VARIOS SOBRE EDUCACIÓN, CICLO 1994-1995

Concepto	Nacional (%)	Campeche (%)	Yucatán (%)	Quintana Roo (%)
Primaria				
Tasa de deserción	3.4	4.0	4.5	2.1
Tasa de reprobación	8.3	11.0	12.2	10.4
Eficiencia terminal	63.6	54.8	52.1	68.0
Secundaria				
Tasa de absorción	87.7	92.9	93.9	95.4
Tasa de deserción	8.2	9.8	7.1	10.3
Tasa de reprobación	24.7	26.7	23.3	21.7
Eficiencia terminal	75.7	77.5	82.4	77.2
Atención a la demanda	88.4	89.3	90.9	89.8
Profesional media				
Tasa de absorción	16.9	9.7	10.6	19.7
Tasa de deserción	31.1	24.3	13.4	31.4
Tasa de reprobación	30.1	36.5	20.1	35.9
Eficiencia terminal	40.0	42.8	61.5	42.5
Medio Superior				
Tasa de absorción	71.1	108.7	84.3	102.8
Tasa de deserción	16.6	16.6	17.1	33.4
Tasa de reprobación	44.5	53.4	52.1	41.7
Eficiencia terminal	57.5	58.6	57.6	43.1
Atención a la demanda	80.3	91.6	85.4	81.5
Superior				
Tasa de absorción	73.3	94.7	68.3	51.6

Fuente: *Perspectivas estadísticas* (Yucatán, Quintana Roo y Campeche), México, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, 1997.

Justo es reconocer desde un inicio que el sistema educativo está presente en todas las comunidades, a veces en niveles inesperados para el tamaño de la localidad,³² por lo cual se antoja válido pensar que, al menos en lo que concierne a cobertura territorial y cantidad de servicios, el sistema educativo cumple con sus funciones. No obstante, el asunto se torna más complejo cuando de la calidad e incidencia de la educación se trata.

³² Basten tres ejemplos de poblaciones campechanas de distinto tamaño. La cabecera de Tenabo alberga seis jardines de niños, diez primarias, una secundaria (técnica), una preparatoria y un centro de bachillerato tecnológico, a más del Instituto Nacional para la Educación de los Adultos (INEA), para satisfacer las necesidades educativas de cerca de 6 mil habitantes. Bacabchén, con cerca de 2 mil pobladores, cuenta con un jardín de niños preescolar administrado por la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, al que asisten aproximadamente 80 niños en dos grados atendidos por tres profesoras bilingües; una primaria que labora con turnos independientes matutino y vespertino; una secundaria que en las noches se transforma en escuela del INEA para adultos, y un programa especial del Consejo Nacional de Fomento Educativo (Conafe) que atiende a los niños cuando están en la milpa trabajando con sus padres, con el fin de abatir el rezago que provoca la inasistencia a clases durante los periodos de siembra y cosecha. La educación en la telesecundaria es básicamente tecnológica, con actividades de apicultura, porcicultura, cítricos y otras siembras experimentales. En la minúscula Isla Arena, que no llega a 600 pobladores, se cuenta con preprimaria, primaria, telesecundaria y programas del INEA.

Ya que carecemos de investigaciones puntuales sobre la problemática en los tres estados, me referiré aquí brevemente, como ejemplo, a un estudio sobre las poblaciones mayas de Campeche que muestra cómo los índices de ausentismo, reprobación y eficiencia terminal que consignan los propios maestros difieren de los que reportan sus superiores, bastante más “alentadores”.³³

Para explicar la problemática escolar padres y maestros esgrimen argumentos no siempre coincidentes. A decir de los docentes, los alumnos tienen bajo nivel de aprovechamiento por dos motivos primordiales: llegan a la escuela mal alimentados y año tras año faltan continuamente, los varones por tener que apoyar a sus padres en el campo —en especial en periodos de siembra o de cosecha, lo cual puede significar hasta dos meses y medio al año— y las mujeres por tener que sustituir a la madre al frente del hogar cuando ésta se dedica al comercio o se emplea como asalariada, o por ayudarla cuando los hijos menores son demasiados. A causa de ello, los índices de reprobación se elevan. Cabe mencionar que el caso de las niñas

³³ No me detengo aquí en cifras y porcentajes, el interesado puede consultarlos en Ruz *et al.*, en prensa.

es particularmente complejo, pues cuando reprueban (en parte por la inasistencia que motiva la atención de la casa y los hermanos menores), los padres deciden dejar de enviarlas a la escuela. No faltan incluso quienes consideren que para una mujer basta con saber leer y escribir. Asimismo, cuando no hay escuela secundaria o preparatoria en la vecindad, se teme enviar a las hijas fuera, y si el dinero es poco se prefiere privilegiar la educación de los varones. Todos estos factores explicarían, al menos en parte, por qué el índice de masculinidad a nivel de secundaria y preparatoria se eleva tanto. En los raros casos en que las hijas pueden llegar a adquirir una profesión técnica o de maestras normalistas (lo más común), no faltan padres que se opongan a dejarlas ejercer, ya que por lo general las primeras plazas que se les otorgan están fuera de la localidad.

El ausentismo de los niños no es negado por sus progenitores, pero lo justifican alegando en ocasiones el desinterés que provoca en los pequeños la dificultad para entender a los maestros y, sobre todo, la problemática económica familiar (esa misma que motiva que a veces los manden a la escuela con tan sólo una taza de café como desayuno). Es por esto, aducen, que casi siempre quienes abandonan la escuela son los hijos mayores, a quienes corresponde ayudar a los padres en épocas en

que la familia nuclear posee una economía apenas en consolidación; o las hijas, pues se considera que no requerirán de estudios avanzados al casarse. La ausencia de dinero explica también que los muchachos, aun cuando lo deseen, difícilmente puedan ir más allá de la primaria, en especial cuando hay que abandonar la localidad para seguir estudiando. No falta el interés, lo que escasea son los recursos económicos.

Por otra parte, pese a comprender que las limitaciones monetarias juegan un papel fundamental en el abandono de la escuela, la mayoría de los padres no hizo hincapié en la cuestión alimenticia (al fin y al cabo sus hijos comen lo mismo que ellos han comido durante años) y expusieron en cambio otros factores: desde la apatía de sus vástagos o su simple preferencia por el trabajo, hasta el ausentismo de los maestros —en especial en las comunidades más lejanas— y el desinterés de varios de ellos, a quienes acusan de apáticos o mal preparados. No falta quien achaque parte del problema a la “deficiencia de los programas”. Revelando más sensibilidad que muchos maestros, la mayor parte de los progenitores entrevistados hizo además expresa una problemática de tipo cultural: los niños no entienden porque los maestros no son capaces de explicarse en maya.

Las directoras de primaria de Calkiní fueron las únicas entre los docentes entre-

vistados que destacaron el aspecto lingüístico. En su opinión, el problema se inicia desde el jardín de niños (a cargo de tres profesoras bilingües y en ese momento administrado por el otrora INI), cuyo objetivo es “introducir al niño al ámbito escolar y castellanizarlo”, cosa que no logran. Eso explicaría, al menos en parte, el altísimo índice de reprobación en los dos primeros años de primaria: los pequeños no comprenden el español.³⁴ Varios profesores hablan o al menos entienden la lengua materna, así que cuando los infantes confiesan no comprender, repiten los conceptos y las instrucciones en maya; pero, no obstante haber comprobado las ventajas del método, procuran no emplear el idioma materno porque el grupo “se les atrasa”. Su preocupación es “cumplir en su totalidad” con los objetivos del programa, con independencia de que los alumnos los entiendan. De hecho, pese a que varios profesores aseguraron la existencia de una “orden oficial para conservar la lengua maya”, ser bilingüe no es un requisito para obtener una plaza, los maestros no reciben fundamentos pe-

dagógicos para enseñar en maya, ni existe texto alguno en la lengua materna.³⁵ Y, para agravar la situación, muchos docentes campechanos no consideran de particular valor mantener un idioma en su opinión “incorrecto”, ya que “el maya auténtico sólo se habla en Yucatán”; aquí, el lenguaje cotidiano está salpicado de palabras en español, clara muestra, a su entender, de que “está degenerado”.³⁶

Empero, los ejemplos anteriores no significan que la problemática escolar se reduzca a una cuestión de bilingüismo. Existen otros factores, que incluso pueden ser específicos de cada lugar, en los que aquí no cabe detenerse; baste sólo apuntar, para darse una idea de cuán extremas y desinformadas pueden ser algunas opiniones, que en la comunidad de Yacasay, donde según los maestros “ningún niño habla maya” en la primaria (pese a que más de la mitad de la población es reputada como “mayera”), hubo un docente que invocó factores genéticos, asegurando que la endogamia de grupo que practican mayeros y michoacanos “para no perder su raza, pro-

³⁴ Una de las escuelas certificó avances muy importantes cuando los alumnos tuvieron un profesos bilingüe durante dos años, pero al cambiar de docente el fracaso escolar se repitió, y con una nueva agravante: los pequeños se negaban a emplear el español en las aulas y perdieron eficiencia en ese idioma.

³⁵ Y allí donde existen, como en Tinum, los padres aseguran no entender cuál es el objeto de editar materiales didácticos en maya si los maestros son incapaces de usarlos por ser monolingües.

³⁶ Como muestra el estudio, el problema no es privativo de Calkiní ni se restringe a la esfera de la educación primaria.

voca que engendren hijos con problemas de aprendizaje" (!).

Es justo reconocer que los gobiernos federal y estatal realizan diversos esfuerzos para subsanar el problema económico, sobre todo otorgando becas o apoyos alimenticios; no obstante tales esfuerzos, continúan el analfabetismo primario y secundario, el ausentismo, la deserción y la baja eficiencia terminal, mostrando que la multivocidad de la problemática requiere más que apoyos esporádicos o soluciones aisladas. Mientras la escuela insista en formar a los pequeños dentro de los estrechos marcos que conlleva la deseada homogeneización nacional, ignorando las peculiaridades socioeconómicas y culturales de los educandos, de sus padres y de sus mentores, seguirán sin duda registrándose cifras desalentadoras. Educar desde fuera, desde la alteridad, significa en muchos sentidos educar para la marginalidad y el fracaso.

SALUD, ENFERMEDAD Y SERVICIOS

Dar un panorama global y fiel de la salud entre los pueblos mayas de la península es particularmente difícil, no tanto por lo que corresponde a los aspectos cuantitativos vinculados con los servicios que en este renglón ofrecen los gobiernos municipales, estatales o federal, sino porque en este rubro debe considerarse lo concerniente a las concepciones mayas acerca del binomio

salud/enfermedad y las numerosas y ricas estrategias que estos pueblos han creado para sortear de la mejor manera posible, con los medios a su alcance, los avatares de la enfermedad.

Comencemos comparando en un cuadro los escasos datos numéricos sobre servicios de salud en los tres estados peninsulares que nos ofrece el Censo de 2000 del INEGI, mismos que se restringen a los derechohabientes de distintas instituciones: Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS), Instituto de Seguridad y Servicios Sociales para los Trabajadores del Estado (ISSSTE), Petróleos Mexicanos (PEMEX), secretarías de Defensa y Marina, u otras, que ofrecen servicios de salud más allá de los que otorgan las secretarías estatales de salud.

Dato a destacar es que en los tres estados se registra mayor número de población femenina con derechohabiencia: 39.2 por ciento contra 37.6 por ciento de los hom-

Vinculados con los servicios que ofrecen los gobiernos en salud, debe considerarse lo concerniente a las percepciones mayas acerca del binomio salud/enfermedad y las numerosas estrategias que han creado para sortear la enfermedad.

bres en Campeche; 46.3 por ciento contra 46.2 por ciento en Quintana Roo y 46.0 por ciento frente a 44.1 por ciento en Yucatán, lo que nos reafirma la creciente inserción de las mujeres en el mercado laboral, en específico en los sectores secundario y terciario.

Al desglosar los datos de derechohabencia conforme al tamaño de las localidades, observamos de nuevo que aquellas de menor tamaño, donde habita buena parte de los mayas, son también las más desprotegidas en este rubro. No en balde el propio INEGI señala que en municipios yucatecos como Tahdziú, Tixcacalcupul, Chacsinkín, Chemax, Chikindzonot, Cantamayec, Temozón y Yaxcabá, los derechohabientes no llegan ni al 5 por ciento (*Yucatán. Perfil sociodemográfico, op. cit.:* 115). En Campeche vemos que los municipios con predominio de habitantes mayas

muestran porcentajes por debajo del 38.4 por ciento estatal, siendo Calkiní el más alto (26.5 por ciento) y Hopelchén el más bajo (14.9 por ciento). Y en Quintana Roo tres de los cuatro municipios con mayor población maya (Carrillo Puerto, Cárdenas y Morelos, con 15.3, 10.6 y 9.2 por ciento, respectivamente) se sitúan muy por debajo del 46.2 por ciento que constituye la media estatal, mientras que Solidaridad exhibe un 39.6 por ciento, porcentaje sin duda ligado a su acelerado desarrollo turístico y la consiguiente adscripción al IMSS del personal que labora en hoteles y restaurantes.

Más allá de estos datos, que sólo indirectamente nos hablan de las expectativas que pueden albergar los mayas en cuanto a servicios de salud, investigaciones recientes³⁷ muestran que las causas de morbilidad más frecuentes son las deno-

CUADRO 15. PORCENTAJE DE DERECHOHABIENTES EN LA REGIÓN PENINSULAR, 2000

	Total estatal	IMSS	ISSSTE	PDM*	Otra institución
Campeche	38.4	71.3	20.7	9.5	0.6
Quintana Roo	46.2	82.2	15.8	2.1	0.6
Yucatán	45.1	87.2	11.4	1.6	0.9

*Petróleos Mexicanos, Secretaría de la Defensa Nacional y Secretaría de Marina.

Fuente: Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, *Perfil sociodemográfico*, 2003.

³⁷ Véase Ruz *et al.*, 2000, 2002 y en prensa.

minadas “enfermedades de la pobreza”: las gastrointestinales (parasitosis, diarreas infecciosas agudas, cólera) y las de las vías respiratorias altas, lo cual no es extraño si a la mala alimentación derivada del magro poder adquisitivo sumamos los severos problemas de contaminación ambiental por disposición inadecuada de la basura, agua entubada sin índices adecuados de potabilización, hacinamiento, falta de higiene generalizada al preparar los alimentos o consumirlos y fecalismo al aire libre.

El ciclo se inicia ya desde el embarazo: madres desnutridas, en ocasiones adolescentes, y con muy escaso control médico, que a menudo paren en condiciones de escasa higiene. La insistencia de los médicos sobre las ventajas de la lactancia materna tiene poco

impacto frente al poder de la publicidad; muchos niños (sobre todo en las cabeceras municipales y en las localidades vecinas) serán alimentados con productos más “nutritivos” —como pregona la propaganda— Gerber o Nido, sin descartar “leche condensada Nestlé”. Una vez destetado, el pequeño ingresará al ciclo de los hombres de maíz, lo que más allá de la imagen poética significa consumir atoles, pozol, “antojitos”, tamales y sobre todo tortillas, mañana, tarde y noche. El empleo de verduras es ocasional (aun cuando se cultiven en el traspatio, ya que prefieren venderlas) y el de leche y carnes simplemente prohibitivo para la economía de buena parte de las familias mayas. ¿Aportes calóricos complementarios?: refrescos embotellados, golosinas y galletas; “alimentos chatarra”.

CUADRO 16. PORCENTAJE DE DERECHOHABIENTES EN LA REGIÓN PENINSULAR, SEGÚN TAMAÑO DE LOCALIDAD, 2000

Tamaño de localidad (habitantes)	Campeche	Quintana Roo	Yucatán
Menos de 2 500	12.4	15.4	24.5
2 500 a 14 999	27.2	33.3	32.0
15 000 a 49 999	33.2	42.9	39.2
50 000 a 99 999	*	62.8	*
100 000 y más	60.0	55.9	64.8

* Ni Campeche ni Yucatán cuentan con poblaciones ubicadas en este rango.

Fuente: Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, *Perfil sociodemográfico*, 2003.

Ciertamente, la dieta cambia en ocasiones festivas, ocasiones únicas para reafirmar la solidaridad en la pobreza cotidiana y olvidar ésta aunque sea un momento.

Ciertamente, la dieta cambia en ocasiones festivas. Comidas del santo patrón, de los gremios, para festejar una alianza matrimonial, para celebrar un nacimiento, para dar gracias a una partera por el cumplimiento de sus responsabilidades, para confirmar un compadrazgo,³⁸ para agradecer la cooperación de los vecinos en una cosecha, para invocar a las deidades de la lluvia, para inaugurar una casa construida con la ayuda de amigos y familiares, para reafirmar los nexos entre parientes, para despedir a un difunto o “sembrar” la cruz en su sepultura... Ocasiones únicas para reafirmar la solidaridad en la pobreza cotidiana y olvidar ésta aunque sea un momento, condimentándola al menos con un poco de especias, con el sabor olvidado de la carne, el pan dulce y el chocolate, o di-

luyéndola incluso en el calor embriagante del ron o el balché.

Para los festejos la dieta varía en forma importante, tanto en cantidad como en diversidad. Así, es común que en el caso de las fiestas patronales o civiles aumente la oferta de comida preparada, a cargo de “venteros” foráneos o de las asociaciones que agrupan a los vecinos (como los gremios), mientras que en ocasión de celebraciones familiares es el conjunto de parientes —más allá de la unidad residencial— el que se encarga de preparar los alimentos que solemnizarán un *hetzme*, el *muhul* de una boda o el *hanal pixan* en honor de los difuntos; época ésta de los esperados pibipollos para honrar a los muertos adultos, o de los dulces y el puchero de gallina que se colocan en el altar el 31 de octubre para los infantes fallecidos. En ocasión de fiesta, hasta los muertos cambian su dieta.

Pese a la adaptación milenaria de los mayas a una dieta centrada en el maíz y donde los aportes proteínicos provienen básicamente del frijol (lo cual influye entre otras cosas en su corta talla) se comprende, ante este panorama, que los servicios campechanos de salud de Bacabchén y Tikinmul cataloguen al 50 por ciento de los niños, sobre todo tras el destete, como desnutridos (en diversos grados); que los de Hopelchén se sitúen por arriba de ese

³⁸ Existe una ceremonia llamada *tzicil* que se realiza en Quintana Roo con este fin; otra del mismo tipo es denominada *poh-kab* (Villa Rojas, 1985: 415-417).



Comiendo tamales. Tankuché, Campeche.
Fotógrafo: Ricardo Moura, 1981.
Fototeca Nacho López, CDI.

porcentaje y que los médicos de Tenabo consideren que de un total de 770 infantes el 21 por ciento presenta desnutrición leve, el 4.2 por ciento moderada y el .6 por ciento esté afecto de desnutrición grave. Por su parte, el IMSS de Hecelchakán calcula que entre el 25 y 30 por ciento de la población del municipio está desnutrida, mientras que, según un estudio realizado en 1997 entre 115 niños, 77.4 por ciento mostró signos de desnutrición leve, 19.2

por ciento moderada y 3.4 por ciento severa (Ruz *et al.*, en prensa).³⁹

³⁹ En ocasiones se cuenta con programas de apoyo a la nutrición, como Progresá (Programa de Educación, Salud y Alimentación), que en Campeche otorga a familias con niños menores de cinco años una despensa alimenticia por mes, mientras que en primarias y secundarias se llevan controles físico-biológicos y de nutrición, o el programa Cocinas Populares y Unidades de Servicios Integrales (Copusi) que por 1.50 pesos diarios ofrece desayunos escolares en la primaria.

Punto también a destacar es la periodicidad de ciertos cuadros: las diarreas, por ejemplo, son mucho más frecuentes en épocas de calor; las patologías propias de vías respiratorias altas menudean en otoño e invierno, afectando ambas en particular a los lactantes menores y mayores, sin distinción de sexo o área habitacional (urbana o rural), y a los ancianos. Ocasionalmente se presentan también consultas masivas por conjuntivitis y algunos brotes epidémicos, como los casos de dengue registrados en los últimos años, y, más raramente, enfermedades eruptivas propias de la infancia, como el sarampión y la varicela. Entre los adultos mayores son frecuentes las consultas por problemas reumáticos y diabetes, padecimientos cuyo control continuo a menudo se dificulta en el caso de las comunidades más apartadas, donde los mayores afectados por tales patologías se ven obligados a trasladarse periódicamente a centros poblacionales mayores, con los gastos y molestias consecuentes. Asimismo, aunque no aparecen en los reportes, acaso debido a que los servicios locales de salud rara vez cuentan con atención odontológica, son de destacar las referencias continuas (tanto de los médicos como de los vecinos entrevistados) a problemas vinculados con dientes y encías, que muchos achacan a la calidad del agua, pero a los cuales sin duda no son ajenos también los derivados de la dieta.

Otra dificultad que aqueja con frecuencia a los moradores de las comunidades, y que incide también en la situación nutricional, es el alcoholismo, en particular entre los hombres (jóvenes y adultos), ya que el consumo de alcohol es considerado a menudo marcador de virilidad.⁴⁰ A ello contribuyen, en opinión de muchos de los entrevistados, las mínimas opciones de esparcimiento o desarrollo cultural. Harto común es oír que la gente se emborracha “porque no hay otra cosa que hacer”, aunque no faltan quienes lo ligen con el desempleo o los problemas económicos, que en algunas poblaciones desembocan incluso en suicidio.

Comparar la mortalidad en la península resulta imposible dada la disparidad de datos consignados (cuando los hay), pero parece claro que entre las principales causas de muerte infantil se cuentan la desnutrición, las gastroenteritis y las enfermedades de vías respiratorias, mientras que en los adultos predominan la cirrosis hepática, los accidentes y la senilidad, en ese orden, a las que se añan los infartos y las complicaciones de la diabetes.

Los pobladores del área poseen varias opciones para tratar sus enfermedades, comen-

⁴⁰ Aunque en las poblaciones mayores parece ir en claro aumento, el consumo de drogas, en cambio, no se reporta todavía como un problema serio en las comunidades mayas.

CUADRO 17. TASAS DE LAS 10 PRINCIPALES CAUSAS DE MORTALIDAD GENERAL
EN LOS TRES ESTADOS, 1995 (POR 100 MIL HABITANTES)

Causas de mortalidad	Nacional	Quintana Roo	Yucatán	Campeche
Enfermedades del corazón	69.4	28.6	79.1	49.7
Tumores malignos	52.6	24.8	52.6	46.4
Accidentes	38.8	37.5	32.8	36.2
Diabetes mellitus	36.4	17.3	30.5	25.7
Cirrosis y otras hepatopatías	23.2	15.3	35.0	25.7
Enfermedad cerebrovascular	25.5	13.1	41.3	23.0
Afecciones del periodo perinatal	22.4	29.9	21.3	19.7
Homicidio y lesiones intencionales	17.0	10.6	-	14.8
Enfermedades infecciosas intestinales	10.5	-	13.0	11.6
Neumonía e influenza	21.5	11.9	21.4	11.4
Anomalías congénitas	10.6	9.4	-	-
Deficiencias de la nutrición	11.1	-	18.0	-
Otras causas		80.7	185.9	137.5

Fuente: Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, *Perspectivas estadísticas*, 1997.

zando por la atención familiar. Los servicios públicos de salud (a cargo sobre todo de la Secretaría de Salud y el IMSS) varían dependiendo del tamaño de las localidades: desde mínimos puestos de salud atendidos por una enfermera, hasta pequeños hospitales regionales y, sobre todo, centros de salud a cargo de médicos pasantes. Las acciones que allí se llevan a cabo no se restringen al ámbito curativo, sino que buscan incidir en el preventivo, con campañas de vacunación y despara-

sitación, mejoramiento del medio, detección temprana de cáncer y difusión de métodos contraceptivos, entre otros. Como es frecuente en todo el país, en las localidades más pequeñas los centros de salud están a cargo de un médico pasante que labora casi siempre de lunes a sábado, a menudo auxiliado por una enfermera; divide sus actividades en prevención (v. g. pláticas a la comunidad, programas de vacunación, erradicación de dengue o paludismo, cloración de agua, salud repro-

ductiva, campañas de descacharrización, etcétera) y atención de primer nivel.⁴¹ El equipo, aunque no es particularmente sofisticado, basta casi siempre para el nivel de atención primaria que se pretende ofrecer. No sucede lo mismo con los medicamentos, casi siempre insuficientes y restringidos a un cuadro no sólo “básico”, como alardea la política oficial, sino por lo general “mínimo” y no siempre de la mejor calidad. Y otro tanto ocurre con los materiales quirúrgicos y de curación con que se dota a las unidades. A lo anterior se suma, en el caso de las comunidades rurales, la falta de vehículos para transportar a los enfermos y, a menudo, la carencia de médicos de planta.

Los centros hospitalarios ubicados en las ciudades de mayor tamaño, además de ofrecer consultas, desarrollan programas de planificación familiar, atención de la diabetes y de la hipertensión arterial, control prenatal, del niño sano y de tuberculosis, amén de labores quirúrgicas sencillas. Poseen asimismo áreas de urgencias y hospitalización. Todo ello a costos relativamente accesibles, sobre todo si se les compara con los exigidos por

los profesionistas que ejercen la medicina privada. En caso de requerirse cirugías mayores o consulta con especialistas, los enfermos han de trasladarse a las ciudades.

Con independencia de la mayor o menor calidad de los servicios de salud públicos y privados, en las comunidades se reporta la existencia de otras patologías, desconocidas o desdeñadas por la medicina occidental, que dan clara cuenta de que el cuerpo no es mero andamiaje genético, sino también creación sociocultural. Dichas patologías, englobadas por algunos autores bajo el calificativo de “síndromes de filiación cultural”, muestran con transparencia que la concepción del cuerpo humano y sus vicisitudes tal y como lo entienden los pueblos mayas es expresión de un sistema holístico que incluye al individuo, la comunidad, sus espacios habitacionales, sus enseres, su entorno y, a partir de allí, el universo todo. Por otra parte, cabe advertir que, por más ajenos que parezcan a una mirada occidental, los saberes y prácticas médicas que portan y llevan a cabo los curadores locales resultan operativos en el universo cultural que les dio origen y mantienen su vigencia, en parte por su enorme capacidad de adaptación, que no desdeña incorporar conceptos, actitudes, medicamentos y prácticas terapéuticas procedentes de otros sistemas culturales.

Pese a la aseveración registrada entre ciertos médicos locales de que la medicina

⁴¹ No es inusual que en los poblados exista un comité municipal de salud, compuesto por un grupo de señoras y, en ocasiones, sus hijos, que cuentan con apoyo del programa Solidaridad (ahora Oportunidades) o algún equivalente. El centro de salud también recibe apoyo del comisario municipal y, en ciertos sitios, de grupos de profesores.

“tradicional” está en franco descrédito, la riqueza que en este campo se puede observar es tal que bien justificaría un estudio particularizado. Señalemos apenas, a manera de ejemplo, la vigencia de cuadros mórbidos atribuidos a los aires (*ik'*), el mal de ojo, la caída o “dislocamiento del tipté”, el susto y el empacho, y más raramente los denominados “alferecía” y “caída de mollera”.

Existe el *sokó óol*. Eso se llama “el ojo”. Eso lo pueden dar los señores que llegan calurosos de la milpa, después de trabajar si ven a un niño. También lo pueden dar los animales que están cansados o con sed. Ahí sí es más peligroso, porque ¿cómo sabe uno quién lo dio? Los animales no lo pueden decir... Hay el ojo de los borrachos y hay el ojo de los más jóvenes que también es más peligroso. Es que hay niños que pueden hacer ojo a otros niños. También hace mal los que han mascado la hoja de la ruda y la escupen en su cara de un niño, ahí sí. Es que con el ojo, uno que lo hizo uno mismo lo tiene que curar. Tiene que agarrar al chiquito el que le hizo el mal, porque si no hasta se puede uno morir del ojo (Ruz *et al.*, en prensa).

La etiología de los primeros, frecuentemente mencionados, corresponde según la concepción local a atrapar o ser atrapado por un “mal viento” o “mal aire”, emanación en varios sentidos próxima al denominado entre los nahuas como *ihiyotl* (castellanizado como “ijillo”), pero que muestra mayor

diversidad tanto en su etiología como en manifestaciones clínicas, que pueden incluir desde cefalea, hipertermia y mareos hasta manifestaciones gastrointestinales, musculares, articulares y “nerviosas” debido a los “aires” que se desplazan por el cuerpo. Si bien es común que los aires se vinculen con exposiciones bruscas a cambios de temperatura o con perturbaciones atmosféricas, también pueden atribuirse a emanaciones o manifestaciones de entidades del monte (como los aluxes) o procedentes de los difuntos (de allí el temor a transitar cerca de los panteones en determinadas horas, o el empleo de la ruda como preventivo cuando forzosamente ha de acudir al cementerio), e incluso en ciertos casos a brujería.

Se hace una (ceremonia) que se llama *loj kubao*. Es para que no pesque el mal viento. Durante la noche se va al h-men para que te saque la suerte. Eso es que tienes que cooperar con su rezo, por eso le llevas cigarro, maíz, guaro. Eso es para cuando alguien está enfermo. Son dos h-men que lo van a rezar, para que no les pegue el mal viento. Dura como dos horas ese rezo. Se bañan con el sisché, con alcohol el cuerpo y la cara y mientras tanto están rezando y bajan los vientos. Se usa también albahaca o ruda para rociar mientras reza el h-men... Se prepara también de comer, se hacen tortillas y pib. Pero es muy peligroso, tienen que regresar los vientos que bajaron, para que no se queden en el pueblo y le hagan alguna maldad a los niños.

Es tan peligroso, que se avisa del rezo y nadie debe salir de su casa para que no pesque el mal viento... Pero este loj kubao es un rezo en puro maya, nada de español se dice allá (Ruz *et al.*, en prensa).

De allí la importancia de un diagnóstico preciso, que sólo hacen los mejores h-menes (plural castellanizado del vocablo maya *h-men*), capaces de diferenciar los distintos tipos de aires, como el denominado “aire caluroso”, que puede sufrirse tras un cambio brusco de temperatura (por ejemplo, bañarse apenas volver del trabajo o de hacer deporte), el “aire renitis”, que afecta a los riñones, o algún otro que se manifiesta con dolor testicular. Aires particularmente temidos son los que se atrapan en el monte, a menudo como consecuencia de una conducta irrespetuosa o irreverente ante los dueños sobrenaturales de la floresta, en particular a los aluxes, a quienes algunos olvidan o desdeñan ofrecerle dones antes de trabajar el campo que les pertenece. En tal caso, el h-men tendrá que realizar una ceremonia y ofrecerles dádivas como parte del esquema terapéutico, que en este caso incluye la “sanación” del terreno cultivado, incluso combinando las prácticas tradicionales con la solicitud al párroco para que celebre una misa, como se registró en Hopelchén.

La importancia de la herbolaria medicinal está fuera de dudas. Las plantas se

reputan como benéficas para casi todas las manifestaciones patológicas —con independencia de la etiología invocada— y su conocimiento permea todos los niveles: desde el remedio casero hasta los expendios de plantas medicinales (incluso traídas desde otros estados de la República) en los grandes mercados, como los de Mérida, Champotón o Campeche; expendios que se observan siempre concurridos. De hecho, la atención de un “malestar” empieza comúnmente en casa y para ello se recurre de entrada a las plantas.

Como apunté antes, la atención médica no recae exclusivamente en los profesionistas con entrenamiento occidental; dependiendo de la mayor o menor disponibilidad de los servicios que éstos ofrecen (no siempre continuo en las comunidades más pequeñas), de las posibilidades económicas de los enfermos o sus familiares y, sobre todo, de la etiología que los afectados atribuyan al cuadro patológico, puede recurrirse a los especialistas locales, entre los cuales se cuentan los “sobadores” (quiropáticos), los “yerbateros” (herbolarios) y los h-meno’ob. La importancia de estos especialistas en la vida comunal, no sólo en lo que a aspectos médicos se refiere, sino en el saber vinculado a esferas como la de la cosmovisión, la ecología local, el ritual y la tradición oral, es sin duda digna de un estudio detallado que haga justicia a su saber y

actitudes, pero aquí me limitaré a un mero esbozo de algunas de sus actividades.

Comencemos por las parteras, quienes a menudo funcionan como una especie de bisagra entre los dos universos de atención local por tratarse con relativa frecuencia de mujeres que a su preparación autodidacta suman los cursos de capacitación periódica que proporcionan los centros de salud, clínicas u hospitales. Según apreciación de los médicos, en algunas localidades, en especial las de mayor tamaño, las embarazadas acuden cada vez con mayor frecuencia a las clínicas al momento del parto. Aseguran que en ello influye no sólo una credibilidad creciente en los servicios públicos de salud, sino también que los costos no son muy distintos. Las parteras, por su parte, señalan otra razón: son cada vez menos las mujeres que optan por el oficio dados los continuos esfuerzos que implica (desplazamientos, desvelos) y el escaso pago que se recibe: 200 a 300 pesos por todo el tiempo que dura la atención. Y muchos clientes terminan por no pagar, pese a que no son pocas las comadronas que aceptan incluso que se les retribuya en abonos. El costo total del servicio, en efecto, no se antoja elevado si recordamos que, como es común, las comadronas no sólo atienden el parto sino que vigilan el embarazo desde los primeros meses de la gestación, a lo largo de los cuales, pese a las indicaciones mé-

La importancia de la herbolaria medicinal está fuera de dudas. Las plantas se reputan como benéficas para casi todas las manifestaciones patológicas y su conocimiento permea todos los niveles.

dicas en contrario, sigue siendo frecuente que utilicen las “talladas” o “sobadas para ir acomodando al niño” y facilitar su expulsión cuando llegue el momento. Algunas se permiten incluso pronosticar el sexo del bebé, empleando diversas técnicas que los profesionistas califican como meras supersticiones, pero a las que los usuarios atribuyen bastante certeza.⁴² Ciertamente métodos adivinatorios como éste poco tienen que ver con la supuesta “racionalidad lógica” que enarbola la medicina occidental, pero para el maya puede resultar perfectamente admisible de acuerdo con los parámetros que guían su propia racionalidad, tan lógica en su sistema conceptual como para un occidental la suya.

⁴² En Tikinmul, Campeche, por ejemplo, se emplea una cinta de color rojo que, tras tensarse, se hace pasar por un anillo. Una vez llegado éste al centro, se asegura que si se mueve hacia la izquierda se trata de una niña y si hacia la derecha, un varón. La derecha, se aduce, es “dirección de poder”.

Lógico e incluso más racional, pues cabe recordar que estudios recientes han comprobado su efecto oxitócico, es el uso de muchas de las plantas que emplean las parteras mesoamericanas y el papel benéfico de los masajes que administran, ya que mantienen la circulación, relajan la musculatura pélvica y evitan rasgaduras externas e internas al promover la secreción de la hormona relaxina, que aumenta la flexibilidad de músculos y ligamentos, reduciendo

las posibilidades de desgarres peritoneales (Cominsky, 1992). Y el mismo efecto de distensión tisular provoca la posición de rodillas o en cuclillas a lo largo del parto. Lamentablemente, las parteras “instruidas” a lo largo de cursos ofrecidos por médicos y enfermeras insisten ahora en la posición supina, conveniente para el tocólogo, no para la madre. Por otra parte, cortar el cordón umbilical después de la expulsión de la placenta, como acostumbra las comadronas, facilita un mayor suministro de sangre y oxígeno al pequeño si se hace mientras el cordón aún late, en tanto que su cauterización disminuye las posibilidades de contraer tétanos, mientras que el alcohol recomendado por la medicina occidental deja húmedo el muñón, facilitando la proliferación de bacterias.

Pero más importante que todo lo anterior, que a fin de cuentas vendría a reducirse a una discusión sobre las ventajas o inconvenientes de procedimientos fisioterapéuticos —adaptables, adoptables, recomendables o rechazables—, es el hecho de que la comadrona tradicional, a la vez que goza de su confianza, comparte con la parturienta lengua, conceptos y valores. Si lo confrontamos con la actitud de la mayoría de los médicos occidentales, que rarisimas veces manejan el idioma materno de las indígenas embarazadas y sus conceptos —v. g. el del pudor— y que por lo común prefieren aten-



Dos médicos tradicionales intercambian conocimientos. Peto, Yucatán. Fototeca Nacho López, CDI.

derlas en la clínica y a solas, aislándolas del protector núcleo familiar, es fácil entender por qué estar en manos de la comadrona mitiga ansiedades y relaja durante el parto, facilitándolo (Ruz, 2000: 131-132).

Si la interacción de la medicina occidental con las parteras es creciente (aunque por lo común en una relación desigual), salvo contadas excepciones no ocurre lo mismo con otro tipo de profesionales de la salud (esos mal llamados “médicos tradicionales”), cuyo saber es generalmente desdeñado por los médicos con entrenamiento occidental,⁴³ quienes, en una generalización inadecuada, los califican a menudo de charlatanes, ignorando que al lado de éstos (que también los hay) se encuentran individuos que no sólo son verdaderas bibliotecas de conocimiento herbolario, sino también profundos conocedores de su entorno cultural.

Apuntemos, de entrada, que si desde nuestra alteridad cultural los conceptos y actitudes de los curadores y sus pacientes parecieran aureolarse de un misticismo extraordinario, no ocurre necesariamente así para el hombre maya; sin negar que la concepción de la enfermedad y su terapéutica

participan del mundo de lo sacro —como corresponde a pueblos profundamente religiosos, para los cuales las enfermedades son acontecimientos que afectan las entidades anímicas, y acontecimientos que pueden provenir incluso de la brujería— ello no significa que se sitúen extramuros de la cotidianidad.

Puesto que caer en el binomio simplista de canonización o satanización continúa siendo por desgracia una actitud frecuente, convendría asimismo hacer hincapié (al igual que con los médicos occidentales) en que valorar el papel de los curadores nativos no significa obligatoriamente mitificarlo, a menos que deseemos seguir abonando a las bondades turísticas del “chamanismo exótico”. Como bien sabe quien haya trabajado en el campo, la vigencia de saberes y prácticas médicas diversas a aquellas emanadas de la tradición occidental resulta incuestionable, pero no ocurre lo mismo cuando de evaluar su efectividad real se trata. Sin duda se revelan altamente eficaces al tratar con los “síndromes de filiación cultural” antes mencionados, pero no lo son tanto ante cuadros patológicos de origen viral o bacteriano.

De lo anterior están conscientes los propios curadores, quienes incluyen a menudo los antibióticos de amplio espectro en su arsenal terapéutico, junto con analgésicos y antipiréticos de uso general, o de

⁴³ Actitud frecuente es intentar reducir las concepciones locales a los esquemas médicos occidentales. Un médico de Tikinmul nos aseguraba, por ejemplo, que el mal de ojo “no es más que conjuntivitis”.

La interacción de la medicina occidental con las parteras es creciente. No ocurre lo mismo con otro tipo de profesionales de la salud, cuyo saber es generalmente desdeñado por los médicos con entrenamiento occidental.

plano recomiendan a alguno de sus pacientes acudir al consultorio, el hospital o la clínica. De hecho, a menudo la intervención de estos profesionales de la salud —herbolarios, quiroprácticos, cirujanos, agentes de salud o como se les clasifique— facilita la terapéutica cuando el proceso morboso participa de alteridades culturales; esas mismas alteridades cuyo desconocimiento impide al médico occidental establecer con sus pacientes una relación horizontal como la que logran los agentes locales de salud, y cabe insistir en que tales considerandos no se limitan a los pacientes de origen maya, sino que a menudo comulgan con ellos no pocos mestizos que participan de conceptos y actitudes de origen mesoamericano.

Los métodos y técnicas empleados por los curadores varían dependiendo de su especialidad, pero por lo general incluyen el empleo de hierbas, los ensalmos y las limpias (en particular cuando se trata de contrabrujería), o las “sobadas” en el caso específico de los quiroprácticos, y no son pocos los que incorporan técnicas y cono-

cimientos procedentes de otros universos culturales, en particular cuando atañen a experiencias patológicas nuevas o que desbordan el saber “tradicional”. Otra muestra más de la enorme capacidad de adaptación maya, gracias a la cual se conserva la operatividad de dichos saberes y prácticas médicas en el universo cultural que les dio origen y mantiene su vigencia.

La transmisión de tales conocimientos se realiza con frecuencia en el seno familiar, pero no a cualquiera de los integrantes del grupo doméstico, pues para aprender se requiere poseer un “don”, que se supone se trae de nacimiento y se conoce a menudo a través de los sueños o después de padecer una enfermedad.

El h-men cumple el papel de intermediario en el binomio hombre-divinidad, sobre todo en lo que a ritual respecta. La forma en que se supone adquiere tal rango varía: según algunos, es una gracia obtenida al nacimiento; para otros, se logra tras una revelación sobrenatural, por seguir un aprendizaje específico (plegarias, rituales, conocimientos calendáricos, técnicas adi-

vinatorias), y algunas veces puede incluso considerarse un cargo hereditario. No es tampoco raro que dos o más de dichas características sean necesarias. Asimismo, es frecuente (pero no indispensable) que el inicio de las actividades sacerdotales se vea marcado por una enfermedad que desencadena el ministerio. A cargo de estos individuos quedan también a veces las actividades adivinatorias, para las cuales pueden emplearse sobre todo cristales de cuarzo, granos y revelaciones oníricas, y puede requerírseles en casos considerados como resultantes de “brujería”, provocados por personas que gracias a un trato con el Diablo tienen la capacidad para hacer daño, en especial los martes y viernes, que son tenidos por “los días más feos”, en particular cuando hay luna llena, clara muestra de la adopción de creencias europeas, pero en las que están presentes también conceptos prehispánicos, como el del na-

hualismo o capacidad de ciertos hombres de convertirse en animales.

El brujo bien que conoce los rezos. Depende qué animal van a convertirse, pero los rezos los dice al revés. Trece veces gira. Pero sólo ellos lo conocen, ellos traen su secreto. Y seguro de repente si vas a cazar al monte, si ves que un venado, que un jabalí, que un mono... así, bonitos... es que es el brujo. Pero a éstos, fácil les tiras y no les das. Y eso que dices: “pero si le tiré segurito a la cabeza, ¿cómo que no le di?”. Pero hay forma de arreglarlo. Hay que hacer la bala. Se hace cuando pones una cruz en la bala... y ahora es cruz-bala. Así lo haces, lo santiguas y con esa le tiras al animal. Así no le vas a fallar, no se muere enseguida, eso sí; aguanta que llegue en su casa.

Y cuando aparece la persona, dice que está enfermo, hace excusas... que está enfermo... y así hasta que se muere. Pero entonces sólo dejan la duda. Todo mundo dice que se murió de enfermedad y sólo uno sabe que tiró al brujo (X-Yatil, Quintana Roo; ápod Ruz *et al.*, 2002: 145).

Mayas. Primera parte, de Mario Humberto Ruz, se terminó de imprimir en abril de 2006 en los talleres de Impresora y Ecuadernadora Progreso, S.A. de C.V., San Lorenzo 244, Col. Paraje San Juan, Deleg. Iztapalapa, C.P. 09830, México, D.F. El tiraje fue de 6 000 ejemplares.

Las tareas de digitalización y retoque de imágenes, composición tipográfica, diagramación y cuidado de edición estuvieron a cargo de la Coordinación Editorial de la CDI.

MAYAS

SEGUNDA PARTE

DEL PUEBLOS INDÍGENAS
MÉXICO CONTEMPORÁNEO



PUEBLOS INDÍGENAS
DEL
MÉXICO CONTEMPORÁNEO

Mario Humberto Ruz es médico cirujano, maestro en antropología social y doctor en etnología. Es coordinador del Centro de Estudios Mayas de la UNAM y miembro del Sistema Nacional de Investigadores.

Fotografía 1a de forros y portadilla: Llamando a los “dueños de las campanas” para que vengan a disfrutar los panes.

Tixhualactún, Yucatán.

Fotógrafo: Mario Humberto Ruz, 1998.

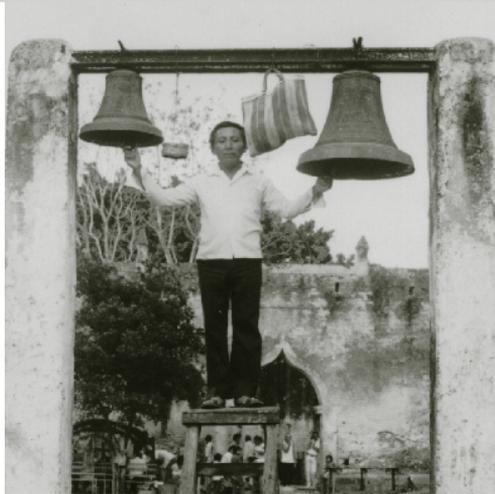
Acervo personal.

Fotografía página 5: Detalle de la fotografía en pág. 58.

MAYAS

SEGUNDA PARTE

MARIO HUMBERTO RUZ



<http://www.cdi.gob.mx>

CDI
972.004
C65
MAYAS
PTE. 2

Ruz, Mario Humberto

Mayas : segunda parte / Mario Humberto Ruz. -- México : CDI : PNUD, 2006.

67 p. : maps., retrs., tabs. -- (Pueblos indígenas del México contemporáneo)

Incluye bibliografía

ISBN 970-753-072-3

1. REGIÓN MAYA 2. YUCATÁN (PENÍNSULA) – REGIONALIZACIÓN 3. MAYAS – IDENTIDAD ÉTNICA 4. MAYAS – RELIGIÓN Y MITOLOGÍA 5. MAYAS – RITOS Y CEREMONIAS 6. COSMOVISIÓN MAYA 7. DIA DE MUERTOS – YUCATÁN 8. MAYAS – RITOS Y CEREMONIAS MORTUORIAS I. t. II. Ser.

Catalogación en la fuente: GYVA

Primera edición, 2006

D.R. © 2006 Mario Humberto Ruz

D.R. © 2006 Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas

Av. Revolución 1279, colonia Tlacopac, Delegación Álvaro Obregón,

C.P. 01010, México, D.F.

D.R. © 2006 Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo

Av. Presidente Mazarik 29, colonia Chapultepec Morales, Delegación Miguel Hidalgo,

C.P. 11570, México, D.F.

ISBN 970-753-072-3 / Mayas. Segunda parte

ISBN 970-753-006-5 / Pueblos Indígenas del México Contemporáneo

<http://www.cdi.gob.mx>.

Queda prohibida la reproducción parcial o total del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización del titular, en términos de la Ley Federal del Derecho de Autor, y en su caso de los tratados internacionales aplicables. La persona que infrinja esta disposición se hará acreedora a las sanciones legales correspondientes.

Impreso y hecho en México

<http://www.cdi.gob.mx>

MAYAS

SEGUNDA PARTE



LAS REGIONES PENINSULARES: UN INTENTO DE CLASIFICACIÓN

LAS CARACTERÍSTICAS ANTES ESBOZADAS, GEOGRÁFICAS, POBLACIONALES, ECONÓMICAS, SOCIOPOLÍTICAS Y CULTURALES, a las cuales no son ajenas los procesos históricos a menudo divergentes que ha sufrido la península en su conjunto, han impactado a la población maya, provocando una cierta regionalización que, de manera muy esquemática,⁴⁴ podríamos esbozar como sigue:

⁴⁴ He planteado con mayor detalle esta tentativa de clasificación en un trabajo previo (Ruz, 2002), del cual tomo casi textualmente algunos párrafos, actualizando los datos censales. Reconozco de nuevo, con idéntico agrado, que tal regionalización se basa en buena medida en los diagnósticos peninsulares realizados por Bracamonte, Ramírez y Solís (en el mismo libro), quienes a su vez han propuesto regionalizaciones estatales, y recuerdo que las regiones propuestas pueden o no mostrar subdivisiones, que dejo ahora de lado por razones de brevedad. Otra regionalización por estados, de gran interés, es la propuesta por Quintal *et al.*, 2003. Cabe insistir en que la enorme disparidad en extensión y número de municipios (ocho en Quintana Roo, diez en Campeche y 106 en Yucatán) dificulta sobremedida la desagregación y comparación de los datos censales, por lo que ésta ha de tomarse como una propuesta tentativa, susceptible —y sin duda urgida— de precisiones.

Las características geográficas, poblacionales, económicas, sociopolíticas y culturales, a las cuales no son ajenas los procesos históricos que ha sufrido la península en su conjunto, han impactado a la población maya provocando una cierta regionalización.

LA FRANJA CENTRAL: ZONA NUCLEAR MAYA

La primera, la más extensa por lo que hace al territorio, bien puede aspirar al calificativo de región nuclear. Englobaría a las comunidades que se ubican de manera casi ininterrumpida en el corazón de la península, ya que se extienden desde el noroccidente campechano (eje del antiguo Camino Real) hasta el centro quintarroense, pasando por el sur y sureste yucateco. Allí se localiza más del 60 por ciento de la población mayahablante, diseminada en pequeñas comunidades ejidales⁴⁵ que, en su totalidad, se inscriben dentro de los municipios de franco predominio indígena.

Los mayas ubicados en esta extensa región se dedican en su gran mayoría al sector primario, en particular —pero no exclusivamente— al cultivo de la milpa. La presión sobre la tierra, los tipos de suelo o la demanda del mercado los han motivado a intentar

nuevas estrategias económicas o a soportar las impuestas por otros. Así, por citar algunos ejemplos, la hortocitricultura es relevante en el sur yucateco, la silvicultura destaca en el área de Los Chenes campechanos, el 50 por ciento de los terrenos del oriente de Yucatán albergan pastos y en algunas comunidades de Quintana Roo la apicultura y la extracción de maderas son actividades de enorme importancia.⁴⁶ La migración para emplearse en los sectores secundario y terciario tampoco es desconocida, pero por lo común quienes migran (en su mayoría hombres jóvenes, solteros o recién casados) regresan periódicamente a sus lugares de origen.

En todos los casos se encuentra baja escolaridad, altos índices de analfabetismo y deficientes servicios públicos (en especial en lo que concierne a drenajes y disposición de basuras y excretas) y se observa una acendrada persistencia de patrones culturales tenidos por “mayas”: desde la forma de construir las

⁴⁵ De hecho, se trata del 86 por ciento de las tierras ejidales del estado, en el caso de Quintana Roo.

⁴⁶ Mayores datos en Ruz *et al.*, 2000.

viviendas, hasta la vestimenta empleada, pasando por la factura de artesanías, el uso cotidiano y público de la lengua materna y el mantenimiento de rituales tanto familiares como colectivos; los primeros relacionados sobre todo con los ciclos de paso y los periodos de crisis (enfermedad) y los últimos vinculados al ciclo de la milpa, a cargo de especialistas propios del grupo (h-meno'ob). El gran arraigo de la medicina denominada "tradicional" llama asimismo la atención, en particular en el estado de Campeche.

En cuanto a las formas organizativas y las autoridades, en toda el área destacan las emanadas de los grupos familiares propios de las unidades residenciales (basados en el parentesco patrilineal) y las propias de la organización municipal, si bien en el oriente yucateco y el centro quintanarroense —con mayor o menor fuerza— persisten las derivadas de la organización en "compañías" militares y religiosas que surgieron durante la llamada Guerra de Castas y se consolidaron en la segunda mitad del siglo XIX.



Trabajador henequenero. Dzemul, Yucatán.
Fotógrafo: Ricardo Moura, 1981.
Fototeca Nacho López, CDI.

EL NORTE YUCATECO: LA ANTIGUA REGIÓN HENEQUENERA

La segunda región, ubicada en su totalidad en Yucatán, sería la henequenera, que se extiende en la porción norte del estado, diluyéndose hacia las costas. Exceptuando éstas, poco “indígenas” si nos atenemos al criterio lingüístico, aquí se localizan las mayores concentraciones poblacionales y de mayahablantes del estado de Yucatán (cerca de 50 por ciento), los más altos índices de marginalidad y falta de servicios.

El monocultivo henequenero, que liquidó la tradición maicera de la zona, ha sido a su vez liquidado (apenas una quinta parte de la población se dedica a él, a falta de otra actividad), pero su impacto es todavía claro: en el paisaje arrasado —predominan chaparrales y algunas selvas bajas— y en el cultural, exceptuando la lengua, asistimos a un creciente desarraigo de ciertos marcadores de identidad considerados “tradicionales”. El colapso económico del área, al cual no es ajena la escasez de agua y la pobreza de los suelos, provoca que apenas



Trabajador en el proceso industrial del henequén en Cordemex.
Fotógrafo: Ricardo Moura, 1981.
Fototeca Nacho López, CDI.

poco más del 10 por ciento de las tierras se dediquen a la agricultura, si bien 40 por ciento de la población económicamente activa (PEA) se emplea en el sector agropecuario. El resto intenta sobrevivir acudiendo a la pesca temporal, la extracción de sal marina y, sobre todo, al trabajo asalariado: los hombres en la industria de la construcción o la jardinería en la ciudad de Mérida, las mujeres en el servicio doméstico y la maquila. Muy pocos alcanzan siquiera dos salarios mínimos mensuales y muchos no llegan a obtener uno. Son municipios expulsos de mano de obra.

Para 1995 cerca del 60 por ciento de la población no había completado sus estudios primarios, y existía 12 por ciento de analfabetas; las enfermedades gastrointestinales y de las vías respiratorias altas son las causas más frecuentes de morbilidad. Las viviendas fabricadas según patrones “modernos” compiten en número con las “tradicionales”, el hipil típico de las mujeres cede su puesto a pasos acelerados a la vestimenta de tipo occidental en las generaciones jóvenes, que en las cabeceras municipales más populosas se han convertido también en algunos casos en generaciones “cero” desde el punto de vista lingüístico: entienden la lengua maya pero no la hablan, o simplemente prefieren no hacerlo; otros optan por no enseñarla a sus hijos. Los rituales vinculados a la milpa se

fueron junto con ésta, aunque persisten los familiares, especialmente los denominados “de crisis”. Recurrir a los médicos tradicionales es todavía común, pese a la cobertura relativamente suficiente (aunque con deficiencias en lo asistencial) de los servicios públicos de la medicina occidental.

EL ORIENTE QUINTANARROENSE:

REGIÓN CARIBEÑA

La tercera de las áreas entrevistadas corresponde a la región del Caribe. Zona de un importante desarrollo turístico localizada en la costa quintanarroense, no es, empero, como la anterior, exclusiva para los mayas de ese estado; de hecho ni siquiera es exclusivamente maya en lo que a su población indígena se refiere pues, aunque son una franca mayoría, los mayas comparten espacios con otros grupos étnicos.

Se trata de un área de altísimo crecimiento demográfico durante las últimas décadas (7.39 por ciento entre 1980 y 1990; 5.94 por ciento entre 1990 y 2000), donde a los escasos mayas originarios de las zonas de Tulum y la isla de Cozumel se suman continuamente inmigrantes indígenas de toda la península y hasta de otras regiones del país (recordemos que para 2000 el 56.9 por ciento de los moradores de Quintana Roo había nacido fuera del estado). No es extraño que en 1995 el municipio de Benito Juárez (donde se ubica Cancún) regis-

trara el mayor dato absoluto de población indígena en el estado de Quintana Roo, en detrimento de las regiones centrales, cuya proporción de indígenas frente a no indígenas ha ido a la baja en los últimos años. Por tanto, el alza demográfica corresponde a crecimiento por agregación, no natural.

Pese a su número en continuo aumento, los pobladores indígenas constituyen aquí la minoría, a diferencia de lo registrado en las dos regiones anteriores, y se concentran en los grandes centros poblaciones que sustentan el corredor turístico Cancún-Tulum, incluyendo las áreas insulares de Cozumel e Isla Mujeres. Atraídos por la demanda laboral que requiere la industria sin chimeneas, desempeñan principalmente actividades que requieren poca calificación: albañilería y servicios (intendentes, botones, meseros, recamareas, etcétera). En total, más del 65 por ciento de ellos se ubica en el sector terciario, ganando los salarios más bajos. Dada la alta especulación sobre el suelo, sabemos que habitan en las periferias de las ciudades, a menudo en condiciones de promiscuidad y hacinamiento y desprovistos de servicios; pero lo ignoramos casi todo sobre sus características culturales. Pese a su importancia numérica, socioeconómica y cultural, sólo recientemente atrajeron la atención de algún investigador (Sierra, 2003).

EL MERIDIÓN PENINSULAR: REGIÓN EN COLONIZACIÓN

La cuarta sería la región en colonización, área de frontera selvática en apertura que comparten los estados de Campeche y Quintana Roo, en su frontera con Guatemala y Belice, y que ocupa casi la totalidad del tercio meridional peninsular (por abajo del Punto Put, donde convergen los tres estados), dejando fuera apenas la porción más occidental.⁴⁷ Los datos que poseemos sobre ella, amén de escasos, son difíciles de comparar desde un punto de vista cronológico, en parte por la reciente creación (el 31 de diciembre de 1996) del municipio de Calakmul, del que pasó a depender buena parte de esta área en su porción campechana, lo que complica el empleo de cifras censales y estadísticas previas a esa fecha. Sea como fuera, dejando de lado su extremo oriental (donde se ubica Chetumal, sede de los poderes estatales de Quintana Roo), se trata en buena medida de un área caracterizada como de alta marginación y muy baja

⁴⁷ Allí donde se ubican los municipios campechanos de El Carmen y Escárcega, pero no en su totalidad, ya que buena parte de ambos bien puede considerarse integrante de esta región. La porción más occidental de uno y otro, la que junto con el municipio de Palizada mira al Golfo de México y se sitúa en tierras de aluvi6n, bien podr3a visualizarse como una regi6n distinta, mucho m3s integrada incluso a Tabasco que a Campeche.

densidad poblacional, pese a ser de fuerte atracción de inmigrantes y de haber servido al gobierno del estado de Campeche como área para dotar de nuevas tierras a los ya saturados municipios norteños (los de mayor densidad indígena del estado), y al gobierno federal para ubicar algunos de los campamentos de refugiados guatemaltecos.

Pese a lo poco poblado del territorio, se registra una fuerte competencia por los recursos; competencia derivada no sólo del fenómeno de “reacomodo” poblacional, aún en marcha, sino de la existencia de una extensa área protegida, la Reserva de la Biosfera de Calakmul, que abarca 723 185 hectáreas de selva tropical alta, con la cual han de convivir los inmigrantes, a quienes difícilmente podría considerarse conocedores del manejo de tal medio si recordamos que proceden de las regiones montañosas de Chiapas y Guatemala, las planicies aluviales ya taladas de Tabasco o los altiplanos del centro del país. Por si fuera poco, la competencia por los recursos no se limita a los individuos o los asentamientos ejidales frente a los nuevos colonos; los propios gobiernos de Campeche y Quintana Roo mantienen desde hace pocos años una controversia jurídica por los linderos.

Paradójica, aunque no inexplicablemente, esta controversia (a la cual no fue ajena la creación del municipio de Calakmul) ha incidido en el mejoramiento de los

servicios del área que, como apuntaba, se consideró en los últimos censos como de alta marginalidad. Del lado campechano se situaba el grado de escolaridad más bajo de toda la península (para el año 2000 el 25.8 por ciento de la población de Calakmul era analfabeta), junto con altos índices de tuberculosis, paludismo y desnutrición. Aunque sigue considerándose un municipio de pobreza extrema, desde su creación hasta marzo de 1997 se habían invertido ya en la zona casi 157 millones de pesos para beneficiar a 114 localidades con servicios de electrificación y agua potable; construir 244 espacios educativos en 33 ejidos, rehabilitar 45 escuelas de 26 comunidades y erigir 12 casas de salud.⁴⁸ Aunado a ello se mejoran senderos y carreteras con la finalidad de facilitar la comunicación a los habitantes y a los turistas, pues dada la existencia de la reserva y de importantes sitios arqueológicos se cifran en la zona grandes expectativas ecoturísticas y de turismo cultural.

Desde el punto de vista poblacional, se trata de un área pluriétnica y multicultural, donde si bien la CDI registra 44 488 individuos habitando en hogares mayas tan sólo en la porción quintanarroense, en el lado campechano hay también importan-

⁴⁸ No poseemos datos actualizados.

tes contingentes de otros grupos originarios de Chiapas (en particular ch'oles) o Guatemala, a los que me referí antes. No son los únicos: los colonos quintanarroenses en su mayoría son mestizos, y puesto que la CDI reporta 8 842 pobladores indígenas de un total de 23 115 en el nuevo municipio de Calakmul,⁴⁹ es de suponer que las otras dos terceras partes de los colonos del área de Campeche son también campesinos mestizos. La manera en que se urde el tejido social entre ellos es en buena medida des-

conocida. Desde el punto de vista académico, es una región en busca de autor.

LOS BASTIONES URBANOS

Tendríamos, por último, una “región” que pese a no mostrar contigüidad geográfica comparte una serie de características que bien permiten comparar sus partes y considerarlas de manera conjunta. Me refiero a la que podríamos denominar urbana. Se incluirían en ella no sólo las tres capitales estatales (Mérida, Campeche y

CUADRO 18. MAYAS EN LOS MUNICIPIOS DONDE SE UBICAN LAS PRINCIPALES CIUDADES PENINSULARES, 2000

Municipio	Población en hogares mayas	HLI mayores de cinco años
Campeche	34 625	12 353
El Carmen	4 707	1 750
Benito Juárez (incluye Cancún)	120 604	50 693
Othón P. Blanco (incluye Chetumal)	49 498	20 163
Mérida	226 706	90 774
Valladolid	46 418	31 186
Total	482 558	205 919

Fuente: Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas / Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, “Sistema Nacional de Indicadores sobre la Población Indígena de México”, 2002, con base en el XII Censo General de Población y Vivienda 2000.

⁴⁹ Cabe destacar que para la época de creación del municipio (1996) el Instituto Nacional Indigenista regional calculaba cerca de 50 por ciento de población indígena.

Chetumal), sino otras ciudades mayores y medianas, como Cancún en Quintana Roo, Valladolid en Yucatán y El Carmen en Campeche.

Conformadas de manera predominante por no indígenas, albergan sin embargo números importantes de pobladores indios, mayas en su infinita mayoría. Al revisar las cifras de población en hogares mayas de los municipios donde se ubican las ciudades señaladas, se percibe su importancia y capacidad centrípeta, ya que los guarismos corresponden casi en su totalidad a dichos centros urbanos. Veámoslos en forma comparativa.

Como podrá observarse, casi 206 mil hablantes de maya mayores de cinco años se concentraban en tan sólo seis municipios. Y más de la mitad de ellos lo hacían en dos: Mérida y Othón P. Blanco. Si recordamos que, de acuerdo con los criterios del INEGI, para el año 2000 un total de 790 953 individuos mayores de cinco años hablaban el idioma maya, la cifra nos remite a cerca de 26 por ciento del total de mayahablantes declarados y mayores de cinco años (y lo recalco dado el alto número de infantes por abajo de esa edad y la tendencia frecuente a negar la lengua materna en las ciudades). Si, trascendiendo el criterio lingüístico, atendemos a los totales de población asentados en lo que la CDI considera "hogares mayas", la cifra aumenta en más de un 100 por ciento.

Ahora bien, si centramos los datos exclusivamente en las ciudades, obtenemos los resultados que aparecen abajo.

No poseemos un estudio global sobre estos mayas urbanos, aunque resulta relativamente fácil ubicarlos entre los grupos marginales de las urbes, asentados en pueblos antiguos que ya englobaron las ciudades (casos de Mérida o Campeche), o radicando en las colonias periféricas, donde los servicios a menudo son más precarios. Podemos suponer que se emplean de preferencia en los sectores secundarios o terciarios por el simple hecho de que son éstos los más comunes en tales áreas (exceptuando acaso a Valladolid, donde la agricultura es aún frecuente), y dados sus bajos índices de escolaridad es casi penitencial imaginar que lo hacen en los empleos menos calificados y con más baja remuneración, en lo cual se asemejarían a los empleados en la región del Caribe, pero percibiendo salarios menores. No es tampoco inusual verlos en las calles o mercados de las ciudades ofertando verduras o frutas, labor predominantemente femenina, como lo es también la del servicio doméstico. Tan sólo en Mérida se censaron para 1996 más de 8 mil sirvientas, en su gran mayoría procedentes de las comunidades indígenas (Ramírez, 2002: 61).

Exceptuando algunos breves trabajos antropológicos realizados en las áreas co-

CUADRO 19. MAYAS EN LAS CIUDADES PENINSULARES, 2000

Ciudad	Hablantes de lengua maya	Hablantes de otras lenguas indígenas ⁵⁰ y "no especificados"
Campeche	9 337	1 132
El Carmen	1 100	831
Cancún	48 010	3 640
Chetumal	9 882	659
Mérida	74 565	-
Valladolid	14 841	-
Total	157 735	6 262

Fuente: Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas / Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, "Sistema Nacional de Indicadores sobre la Población Indígena de México", 2002, con base en el XII Censo General de Población y Vivienda 2000.

14

nurbadas a Mérida (v. g. Lara, 1997), no se ha estudiado con detalle la forma específica que adopta la identidad maya en estos sitios. Por la composición predominante en cuanto a unidades residenciales, podemos suponer que en varias ciudades se mantienen los núcleos familiares, pero esto acaso

⁵⁰ Destacan entre éstos, con un total de más de 100 individuos censados, en Campeche, los hablantes de ch'ol (441), zapoteco (359), náhuatl (239) y mixteco (140). En Quintana Roo, los de náhuatl (752), zapoteco (549), tzotzil (541), ch'ol (335), mixe (287), zoque (222), tzeltal (205), mixteco (158) y totonaca (143). El censo no registra hablantes de lenguas indígenas distintas a la maya en Mérida y Valladolid. Agradezco a Constanza Rodríguez su amable apoyo para la obtención de estos datos y los que conforman el cuadro 20.

no sea aplicable a Cancún, donde, como vimos, predominan entre los inmigrantes los varones jóvenes y célibes. Que la mayoría sea bilingüe es fácil de imaginar dado el manejo imprescindible del español para quien habita en estas urbes, pero cuando la migración conlleva el posterior "arrastre" del núcleo familiar, trae consigo también a algunos miembros monolingües en maya,⁵¹ en ocasiones los padres que, como en el caso de Campeche, acuden a hacerse car-

⁵¹ En Mérida se registraron 624 de ellos para 1995, según Ramírez (*op. cit.*: 76), quien advierte: "Más monolingües que en muchas comunidades medianas de la zona maicera".

CUADRO 20. CARACTERÍSTICAS GLOBALES DE LAS REGIONES PENINSULARES INDÍGENAS

Concepto	Franja nuclear	Antigua región henequenera	Región caribeña	Región de colonización	Urbanas
Áreas geográficas centrales	Noroeste de Campeche Centro, sur y oriente de Yucatán Centro occidente de Quintana Roo	Norte yucateco	Oriente de Quintana Roo	Sur de Campeche y Quintana Roo	Mérida Cancún Chetumal Campeche Valladolid
Características generales	Tierras magras de labor	Áreas de acahual y avance de pastizales	Áreas de vocación turística	Áreas de vocación silvícola sub-utilizada	Áreas de servicios o vocación turística
Tenencia de tierra predominante	Ejidal indígena de uso común o parcelado	Ejidal indígena parcelada	Ejidal y privada	Ejidal no indígena (Quintana Roo) Ejidal mixta (Campeche) Tierras nacionales	Privada
Características de los servicios públicos y vivienda	Deficiencias en drenaje y agua potable Contaminación por disposición de excretas y basura	Deficiencias en drenaje y agua potable Contaminación por disposición de excretas y basura	Deficiencias en agua potable Hacinamiento Contaminación por disposición de excretas y basura	Deficiencias en electrificación, drenaje, agua potable y vías de comunicación	Hacinamiento Contaminación por disposición de excretas y basura
Principales reservas y parques de importancia social, ecológica o turística		Ría Lagartos Isla Contoy	Sian Ka'an Tulum	Calakmul	
Zonas arqueológicas de particular importancia turística	Uxmal Edzná Ruta Puuc	Chichén Itzá Cobá Ek Balam Xcambó	Tulum San Gervasio	Calakmul Río Bec Xpuhil Kohunlich Chakchobén	
Otros atractivos turísticos	Poblados coloniales Haciendas henequeneras y de otros tipos	Haciendas henequeneras Poblados coloniales	Playas Ecoturismo	Ecoturismo (no desarrollado)	Urbes coloniales Playas

CUADRO 20A. CARACTERÍSTICAS POBLACIONALES Y DE ATENCIÓN PÚBLICA

Concepto	Franja nuclear	Antigua región henequenera	Región caribeña	Región de colonización	Urbanas
Crecimiento demográfico	De medio a rápido	Rápido	Muy acelerado (por migración)	Bajo	De medio a rápido (por migración)
Presencia de población indígena	Entre 70 y 85 por ciento del total poblacional de la región	Cerca del 55 por ciento de los mayas de Yucatán	15-20 por ciento (*) del total poblacional de la región	15 a 20 por ciento del total poblacional de la región (**)	De 25 a 30 por ciento de todos los mayas peninsulares
Migración indígena	Expulsión mediana	Fuerte expulsión	Atracción mediana	Atracción	Fuerte atracción
Tipo emigración predominante	Indígena Temporal	Indígena y no indígena Temporal y definitiva			
Tipo inmigración predominante			Indígena y no indígena Temporal y definitiva	Indígena y no indígena Definitiva	Indígena y no indígena Temporal y definitiva
% analfabetismo	Alto	Alto	Mediano	Muy alto	Mediano
Educación	Bajos niveles de escolaridad Índices altos de deserción y reprobación	Bajos niveles de escolaridad Índices altos de deserción y reprobación	Sin datos	Muy bajos niveles de escolaridad Índices muy altos de deserción y reprobación	Niveles medios de escolaridad Índices medios de deserción y reprobación
Morbilidad	Patología de la pobreza Síndromes de filiación cultural	Patología de la pobreza Síndromes de filiación cultural	Patología de la pobreza	Patología de la pobreza	Patología de la pobreza y del desarrollo
Servicios de salud	Deficientes	Medios	Medios	Muy deficientes	Abundantes pero caros
Grado regional de marginación	Alto y medio	Alto y muy alto	Medio y bajo	Muy alto	Alto a muy alto

(*) Los datos estadísticos incluyen a Cancún, que en nuestra clasificación debería consignarse aparte.

(**) Los datos censales incluyen la ciudad de Chetumal, lo que obviamente sesga nuestra consideración.

CUADRO 20B. CARACTERÍSTICAS ECONÓMICAS GENERALES

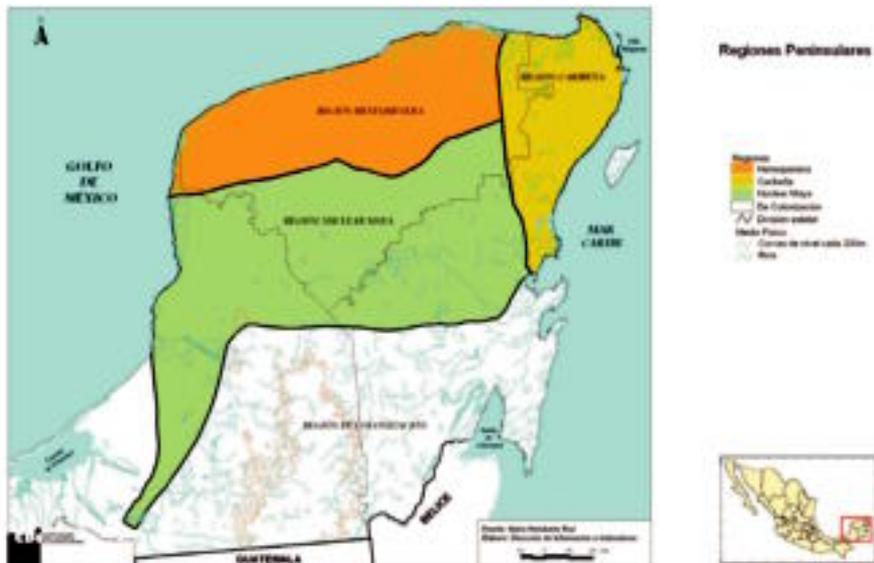
Concepto	Franja nuclear	Antigua región henequenera	Región caribeña	Región de colonización	Urbanas
Sectores y áreas laborales predominantes de sus pobladores (incluso fuera de la comunidad)	Agricultura tradicional Hortocitricultura Apicultura Pesca ribereña Comercio	Manufactura Servicios Construcción Pesca Comercio Apicultura	Servicios Construcción Pesca	Agricultura de temporal Silvicultura	Servicios Construcción
Otros sectores y áreas laborales comunes	Artesanía Ganadería	Agricultura de temporal Hortocitricultura Henequén Extracción de sal marítima	Agricultura de temporal	Extracción de chicle Apicultura	Comercio
Participación femenina en actividades remuneradas	Media a alta	Muy alta	Media a alta	Baja	Alta

CUADRO 20C. CARACTERÍSTICAS ÉTNICAS CULTURALES GENERALES

Concepto	Franja nuclear	Antigua región henequenera	Región caribeña	Región de colonización	Urbanas
Lengua maya	Uso continuo	Uso frecuente	Uso en el ámbito doméstico o tendencia al desuso	Uso en el ámbito doméstico	Tendencia al desuso o uso en el ámbito doméstico
Empleo vestimenta tradicional	De continuo a frecuente	De frecuente a ocasional (festivo)	Tendencia al abandono	Tendencia al abandono	Abandono
Organizaciones comunales "tradicionales" no religiosas	Débiles y cooptadas por el PRI, excepto en ciertos pueblos	Muy débiles y muy cooptadas	Casi desaparecidas	Casi desaparecidas	Desaparecidas, en vías de "partidización"

Continuación del cuadro 20c

Peculiaridades organizativas	Existencia de "compañías militares" en Quintana Roo y ciertos pueblos del oriente de Yucatán				
Actividades rituales	Comunes, tanto familiares como comunitarias	De comunes a frecuentes, sobre todo las familiares	Tendencia al abandono, excepto en pueblos viejos	Tendencia al abandono	Abandono
Actitud cultural predominante	Endoculturación	Tendencia alta y media a la aculturación	Tendencia media a la aculturación en los poblados originales y alta en los de emigrantes	Convivencia pluricultural	Tendencia alta a la aculturación



go de los nietos mientras los hijos, yernos y nueras desempeñan sus labores. Y si bien se desgarran los vínculos familiares extensos y comunales, no por eso se rompen. Es común que los emigrados campechanos, desde donde estén, regresen para celebrar bodas y bautizos, fungir como padrinos o compartir las fiestas del pueblo, a menudo cooperando económicamente para su realización.

Al cabo de los años la mayoría dejará quizá de enviar tal cooperación. Habrán perdido también razón de ser los rituales agrícolas, se recurrirá de preferencia a los servicios locales de salud en vez de acudir con el h-men del pueblo y no se sentirá más la necesidad de depositar ofrendas para los aluxes, ni habrá albarradas dónde hacerlo. Acaso el empleo de la lengua materna se restrinja exclusivamente al ámbito doméstico, si no es que incluso se pierda en éste también con el paso del tiempo. No lo sabemos, pero no cabe duda que, para entonces, al menos algunos de estos mayas habrán inventado otras formas culturales que les permitan mantener su alteridad en medio del cambio.

Con base en lo anterior, podemos esbozar un cuadro comparativo entre dichas regiones. Insisto en su carácter tentativo y en la dificultad que representa tratar de plasmar datos en regiones que corresponden a municipios que no siempre se calcan en su

totalidad sobre las nuevas áreas propuestas, en particular en dos rubros: el traslape de las manchas urbanas sobre dichas regiones y las distintas categorías empleadas para dar cuenta de la presencia indígena, que en ciertos casos remite a un estado y en otros a regiones.

Estaríamos, pues, en resumen, frente a cinco grandes regiones:

Un norte expoliado de recursos naturales, muy poblado y en proceso de transformación cultural, que apenas por mantener los referentes históricos podríamos seguir llamando henequenero, ya que de hecho es mera cantera de mano de obra asalariada, que migra a menudo en forma permanente dados los altos niveles de marginalidad local. La cultura maya, si bien ha perdido importantes espacios organizativos y rituales, mantiene su vigencia, en particular a través del uso de la lengua.

Un centro —extendido a la manera de una franja de occidente a oriente— profundamente maya, dedicado a actividades agropecuarias que han influido en el mantenimiento de buena parte de los rasgos identitarios tradicionales, lo cual no excluye continuos procesos de *aggiornamento* (económico, social e ideológico) a través de los cuales estas comunidades, con gran arraigo histórico local, buscan solucionar al menos algunas de las lacerantes condiciones de marginación en que viven.

Estaríamos, en resumen, frente a cinco grandes regiones: Un norte en proceso de transformación cultural; un centro profundamente maya; una costa oriental provista de enormes recursos turísticos; un sur poco poblado, de vocación forestal, e islotes urbanos diseminados por toda la península.

Una costa oriental provista de enormes recursos turísticos y que sabe de un complejo y creciente desarrollo habitacional, que atrae a la población indígena no sólo de las dos regiones anteriores sino de otras partes de la península, el país e incluso el extranjero, bien temporal, bien definitivamente.

Los de origen peninsular mantienen en buena medida su identidad territorial y cultural originaria (con independencia de que a menudo se comporten como agentes de cambio), mientras que quienes mudan la identidad territorial y re-crean en forma acelerada la cultural, amenazan con terminar diluyendo su especificidad étnica grupal en la gran masa de los marginados urbanos.

Un sur poco poblado, de vocación forestal dada su riqueza silvícola, pero que no es de dudar sucumba a los afanes agropecuarios, que desempeña un papel centrípeto en cuanto a flujos migratorios, aunque mucho menor al ejercido por la costa. Aquí, la población de origen mesoamericano se encuentra balanceada con la mes-

tiza, pero no es ya exclusivamente maya; comparte espacios con representantes de otras etnias, eso sí, adscritas en su mayoría a la familia lingüística mayance.

Islotes urbanos diseminados por toda la península (dos por estado y cuatro de ellos costeros), que aunque son apenas seis, concentran a más de la cuarta parte de todos los hablantes de maya. Destacan entre ellos Mérida, que concentra hoy a más de 90 mil mayahablantes (casi una octava parte del total), y Cancún, con más de 50 mil. Ello las convierte en verdaderas capitales mayas peninsulares, y junto con San Cristóbal de las Casas (Chiapas), Guatemala y Quetzaltenango, en bastiones urbanos del mundo maya. Si agregamos a ellas a los indígenas que habitan en las que podríamos llamar capitales mayas regionales (Valladolid, Campeche, Chetumal, Tontonicapán y Chichicastenango), no parece aventurado asegurar que hoy las “regiones de refugio” se ubican en las ciudades. La suerte que correrá la identidad maya en ellas es impredecible, pero sin duda será

distinta en urbes tan cosmopolitas como Cancún o la capital guatemalteca, las de predominio indígena, como Totoncapán y Chichicastenango, o las que, por su calidad de capitales estatales, como Campeche y Chetumal, tienden a la homogeneización cultural, y Mérida, que pese a poseer esta misma cualidad e incluso rasgos cosmopolitas, por factores geográficos, económicos, políticos e históricos ha sido desde tiempo atrás un espacio privilegiado de recreación de la cultura maya, que día tras día allí se funde, se recrea, se reinventa.

DEL GOZO IDENTITARIO

Cuando el sol de verano sofoca al Mayab y la tierra y sus dones se ven amenazados por la ausencia de agua, cualquier maya respetuoso de la tradición sabe que ha llegado el tiempo de que el hombre sabio, el h-men, comience su ritual milenario: el *cha'a Chak* o petición de lluvias, que busca congraciarse con los *chako'ob*, los “regadores de las milpas”.⁵²

Así, en Tixhualactún, en el oriente yucateco, el ritual que congrega a los hom-



El h-men ofrece la ceremonia a los *chako'ob*, señores de la lluvia. Tixhualactún, Yucatán.

Fotógrafo: Mario Humberto Ruz, 1998.

Acervo personal.

bres de la comunidad⁵³ inicia con la colocación de una mesa que representará la tierra comunal, sobre la cual se suspenden en cruz los varejones de *xí'imché*, que evocarán el firmamento comunitario. En torno a la mesa, por los cuatro puntos cardinales —Lak'in, Chik'in, Xamán y Nohol— se alzan los arcos que representan las moradas de los señores de la lluvia, los *chaak'ob*; al

⁵³ Sólo varones. Las mujeres permanecen en sus casas. Apenas algunas niñas curiosas rondan en las cercanías; las menos, acompañadas de ancianas que les explican los pasos del ritual. Mujeres que no saben lo que es menstruar o lo han ido ya olvidando. Ningún resabio de sangre deberá contaminar el recinto por ahora sagrado. Una mujer en edad menstruante, además de amenazar la fermentación del vino y ahuyentar a las deidades de la milpa, “es como un demonio para el dios Chak”. Podría enviar un rayo a fulminarla.

⁵² El ritual puede mostrar mayores o menores variaciones según el poblado. Reporto aquí el que observé en Tixhualactún, Yucatán, en 1997, y que describí, con algunos cambios, en un trabajo previo (Ruz, 2002).

El ritual que congrega a los hombres inicia con la colocación de una mesa que representará la tierra comunal, sobre la cual se suspenden en cruz los varejones que evocarán el firmamento comunitario.



La factura de los “panes” que se ofrecerán a los chako’ob y los santos de la iglesia es labor a cargo de los hombres. Tixhualactún, Yucatán. Fotógrafo Mario Humberto Ruz, 1998. Acervo personal.

centro de cada uno, un palo donde irán las jícaras atadas sobre los aros del *ch’uyub*. De cada arco se tiende un bejuco *xtajka-ane’* que los enlaza simbólicamente a la bóveda celeste extendida sobre la mesa. Busca dirigir con precisión los rumbos del rayo; no vaya a equivocarse y descargar sobre otros pueblos su húmedo homenaje. Por algo al bejuco se le nombra *be’elchak*, “el camino del Chak”, el “pararrayo”.

Cuatro son los nombres de los chako’ob, cuatro los rumbos del Cielo desde donde se desplazan: Ah Balam Kool, Santo Tun, San Lázaro y Yum Miguel Arcángel, el más poderoso, el “patrono” de estos chako’ob mitad gentiles mitad cristianos; por eso a él se le ofrendarán nueve jícaras, en reconocimiento a su alto rango.

A lo largo de dos días los hombres se afanan preparando la bebida sagrada de corteza de balché, miel y anís, bajo la dirección del *ts’an balché* o *ts’an vino*, factor y escanciador que ha observado quince días de ayuno sexual antes de la ceremonia, e inicia su preparación encomendándola a



Los panes muestran decoraciones distintas, dependiendo de su destino. Tixhualactún, Yucatán.
Fotógrafo: Mario Humberto Ruz, 1998.
Acervo personal.



La cocción de los panes bajo tierra también es tarea compartida. Tixhualactún, Yucatán.
Fotógrafo: Mario Humberto Ruz, 1998.
Acervo personal.

un total de 21 santos; o piden instrucciones al x-cuz para elaborar la espesa “salsa” de maíz (*k’ol*), caldo de gallina, chiles ka’atiik, calabaza, sal y achiote que colocarán entre capa y capa de panes de maíz y pepita de calabaza.⁵⁴ Hombres van y vienen

⁵⁴ El más grande, *noh wa’a*, marcado con un tallo de bo’ y decorado con una “corona” para diferenciarlo, será “para el Dios”; los *boj wa’a*, que ostentan una cruz de sikil —la pepita de calabaza molida—, para los ckako’ob; los medianos, sin mayores adornos, para los asistentes; el chocob, hecho con los restos del *noh wa’a* desleídos en agua, se repartirá entre los niños.

del monte acarreando madera y hojas de k’askat, jool y bob y las colocan junto al agujero que otros cavan para depositar los panes que se cocinarán bajo tierra.

Mientras, el h-men eleva sus plegarias: “va a hablar con los tunes, los aluxes [que protegen la milpa de animales] y todos los demás, y con Dios”, para que abran las compuertas del Cielo y convencan al Yum Chaac de que descargue la Santa Lluvia. Los convoca con palabras similares a las empleadas por otro h-men en las selvas de Quintana Roo:

Estoy colocando la mesa virgen
ante ti, Señor Dios.
Te ofrezco trece jícaras frías y vírgenes
palabras. (...)
Aquí os congreso donde está la ma-
jestad,
los Santos Señores:
el señor Zaztunchaac, Dios de la Lluvia,
Piedra Transparente en el Oriente,
Ah Tzohxoncaanchauac, Nuestro Dios
de la Lluvia del Tercer Cielo,
Boloncaanchaac, Dios de la Lluvia del
Noveno Cielo,
Lelemcaanchauac, Dios de la Lluvia Lá-
tigo Relampagueante,
Hohopcaanchauac, Dios de la Lluvia
del Quinto Cielo.

Sed glorificados
Así traigo mi palabra para los cuatro
grandes Chaac, dioses de la lluvia
ante la mesa del Santo Dios Padre.
¿Dónde se igualó la palabra dicha en
Ceteac?
¿Dónde se olvidó la palabra dicha en
Maní?
Que sea llevada, que sea para una
grande y santa primicia,
la de los Guardianes de las Tierras Fér-
tiles,
porque ha sido ofrecida por mí en el
día de mis hombres,
en los cuatro rumbos
del cielo,
cuatro rumbos nebulosos... ⁵⁵



El ts'an balché tiene a su cargo fabricar la bebida con la corteza del árbol, agua de cenote y miel virgen. Tixhualactún, Yucatán.
Fotógrafo: Mario Humberto Ruz, 1998.
Acervo personal.

⁵⁵ La plegaria procede de la antología de Sodi (1964: 57-62), quien a su vez la tradujo de la obra de Villa Rojas.



El h-men ofrece a los asistentes una “hostia” confeccionada con maíz y cacao, a manera de comunión. Tixhualactún, Yucatán.

Fotógrafo: Mario Humberto Ruz, 1998.

Acervo personal.

En los pueblos más respetuosos de las antiguas costumbres, cuatro niños ubicados bajo la mesa, mirando cada quien a uno de los cuatro puntos de la rosa de los vientos, imitan sonidos de ranas que invocan las aguas. Entre croares de magia simpatética se suceden las jaculatorias, los rosarios, las invocaciones en maya.

El segundo día el h-men pellizca un poco de la masa de maíz que trajeron los asistentes. Ha de entrar un poco de lo que aportó cada uno; todos tienen que estar re-

presentados en la gran pella final, de donde se irán confeccionando las *p’isa*: las “santas hostias” hecha con maíz y cacao para que comulguen los asistentes casi al final de la ceremonia, al tiempo que apuran un trago de balché con una semilla de cacao, depositados en el “cáliz” de jícara su’ul. Otros desfilan mientras tanto frente a las imágenes de la iglesia. Ante cada uno de ellas se colocan copiosas jícaras de balché, panes y cigarros, excepto frente al Niño Jesús, que recibe una jicarilla pequeña y cero



Llamando a los “dueños de las campanas” para que vengan a disfrutar los panes.
Tixhualactún, Yucatán.

Fotógrafo: Mario Humberto Ruz, 1998.

Acervo personal.

cigarros. En la iglesia, Concepción y María, vestidas con sus hipiles inmaculados como cualquier mujer maya que se respete, señorean el altar, esperando.

En cada uno de los arcos de los chako’ob se coloca un boj, un guaje partido (*leek*) con gallina y otro con chokob, amén de balché y tabaco envuelto en hoja de elote. Otro tanto habrá para los tunes, pero los dones

para éstos se colocan debajo de la mesa — alegoría de la tierra—, espacio que viene a simbolizar las regiones subterráneas, puesto que ellos viven en cuevas o a ras del suelo. En las jícaras dedicadas a los chako’ob humean mientras tanto los cigarrillos de tabaco silvestre envuelto en hojas de ha’abín, “el mantel” de estas deidades del agua. Tampoco deberá olvidarse a las campanas. “Son



Ofrecimiento de balché a la “Virgen Concepción”, ataviada con hipil de fiesta. Tixhualactún, Yucatán. Fotógrafo: Mario Humberto Ruz, 1998. Acervo personal.

como Dios”. En un morralito que cuelga del improvisado campanario de palos se les ofrecen panes y balché, al tiempo que se agitan los badajos. Repican invitando a sus propietarios; que se dignen venir a recibir los dones que sus hijos les han preparado. Cristo es “dueño” de la campana grande, la pequeña es de su madre.

Maíz, cacao, balché, tabaco, calabaza, maderas y hojas de la tierra. Hombres y dioses —propios o adoptados— consumen exclusivamente productos de la flora americana.

Al finalizar el rito se dismantela el altar-comunidad-universo, se desprenden ceremoniosamente las cruces de los arcos, mientras se les reza antes de “enviarlas” con Kí’ichkelem Taata y Kí’ich Ko’ole María, Je-

sucristo y la Virgen —al fin y al cabo eso de las cruces es cosa suya—, rogándoles comuniquen a los chako’ob cualquier súplica que el h-men haya olvidado. No por descuido o falta de memoria vayan a negar a sus hijos el don de la Santísima Agua.

Aunque de particular importancia, dado el papel fundamental que juegan las llu-

La vida cotidiana transcurre enmarcada por un complejo y rico ceremonial. Baste recordar que en Xocén, Terán y Rasmussen contabilizaron 55 días al año dedicados a festejos religiosos.

vias para la fertilidad de tierras a menudo avaras, el del cha'a Chak no es, ni de lejos, el único ritual estilado en la península. De hecho, la vida cotidiana transcurre enmarcada por un complejo y rico ceremonial del que han dado cuenta pormenorizada diversos autores⁵⁶ y cuyo mero listado desborda los límites de este ensayo. Baste recordar que en una comunidad considerada "muy tradicional" como Xocén, Yucatán, Terán y Rasmussen contabilizaron 55 días al año dedicados a festejos religiosos (sin incluir aquellos en que se llevan a cabo los preparativos). Así, los rituales vinculados con las labores agrícolas van desde pedir al principal guardián de los montes, Kanaan K'aax, permiso para talar el área que se pretende sembrar, hasta el llamado *holche yetel bibil nal o hanli kol*, para agradecer por la maduración del maíz, pasando por otros varios, entre los que se cuentan las ofrendas de *saka'* (pozol) a los *yumile k'aax'ob* (dueños del monte) y a Cristo y María cuando se va a tumbar monte alto; a los cuidadores del viento, del fuego

y la tierra (*yum ik'ob*, *yum k'aak'ob* y *yum kanaan lu'um*) antes de proceder a quemar lo tumbado; solicitudes de perdón a Metan lu'um —dueño de los animales silvestres— por haber matado algunos de ellos durante la quema; a los *kanaan sayao'ob*, dueños de los cenotes, para que permitan a los *chako'ob* extraer de ellos agua, y a la Virgen Verónica a fin de que acceda a prestar "su manto",⁵⁷ que son las nubes, con el mismo fin; las ceremonias ofrendadas a Yum K'aax solicitándole guarde sus animales para que no ataquen la milpa o la específica *loj sandía*, para ahuyentar a los mapaches, depredadores de las milpas; la de *bolom reza*, que incluye nueve novenas en tiempos de gran sequía; la entrega de elotes en las iglesias, y otras más (Terán y Rasmussen, *op. cit.*: pássim).

Y así como hay ceremonias para ahuyentar depredadores animales, también existen otras para protegerse de los humanos. En X-Yatil, Quintana Roo, se reporta el *uk'ultan*, "que es un rezo para que a aquellos que roban mazorcas les dé diarrea. Y se hace correr la noticia de la ceremonia para prevenir a los vecinos distraídos y desalentar a los atrevidos". Pero como no sólo

⁵⁶ Destacan entre ellos Alfonso Villa Rojas, cuyos textos son fuente imprescindible para aproximarse a los mayas peninsulares y, en épocas recientes, Terán y Rasmussen (1994), por lo que toca a los rituales vinculados a la milpa, y Quintal y su equipo (2003a) para una visión global del tema, gráficamente resumida en un amplio cuadro (pp. 296-298).

⁵⁷ Nótese la adaptación del "pañó" con que tradicionalmente se muestra a la Verónica en la hagiografía católica.

los vecinos pueden resultar molestos, en el mismo poblado, una vez sembrado el grano, se acostumbra colocar en las mojoneras, en un *xuuc*, comida para el duendecillo conocido como *arux* o *alux*, quien —agradecido— protege la milpa contra los pájaros. Después, habrá de ofrecérseles un poco más de bebida cada martes, que se considera “su día”. Pero es muy importante prevenir que, cuando se cosecha, siga al labrador a su casa y le haga daño, pues al sentirse desatendido puede volverse peligroso (“se hace demonio”). Para ello, antes de dejar el campo hay que colgar sobre la mojonera la trampa denominada *petz* o *jojom*: una piedra plana puesta encima de tres palos, a la cual se amarra un hilo. Así, cuando va por su jícara el *alux* pisa el hilo, jala los palos y queda sepultado bajo la piedra (Ruz *et al.*, 2002: 74).

El mundo ritual desborda, con mucho, el espacio milpero, abarcando también actividades laborales, como las pecuarias. Así, los criadores de abejas nativas (*kole kab*), que están bajo la protección de Ah Muzen Kab, practican ceremonias específicas, mientras que los propietarios de ganado ofrecen otras a su guardián, Wan Thul, para que lo proteja. Dada la importancia del bordado, no es de extrañar que también se practique un *loj* para que una bordadora recupere la vista perdida, y si tomamos en cuenta el papel primario que aún

Así como hay ceremonias para ahuyentar depredadores animales, también existen otras para protegerse de los humanos; se reporta un rezo para que aquellos que roban mazorcas les dé diarrea.

sigue jugando la caza como proveedora de alimentos y actividad de comercio, tampoco sorprende que existan rituales para bendecir la escopeta (*loj ts'on*), y otros para pedir “permiso para alcanzar a los venados” (*tsoon*)⁵⁸ o agradecer las presas cobradas (Terán y Rasmussen, *ibid.*).

Como era de esperar, la frecuencia y complejidad de los rituales varía de una comunidad a otra, dependiendo de la importancia que revista la actividad que se pretenda propiciar o se busque agradecer. La dedicación a la milpa se engarza de tal manera con la cultura en su totalidad, que algún autor la ha calificado como “el eje sobre el que descansan los elementos más fuertes de la cultura cotidiana, el ritual y

⁵⁸ Terán y Rasmussen escriben indistintamente *ts'on* y *tsoon*. Cabe señalar que *tzo'on* es término que originalmente designaba a la cerbatana y, por extensión, pasó a nombrar las armas de fuego aportadas por los hispanos.

las creencias que llenan de sentido y hacen de la tradición una práctica” (Ramírez, *op. cit.*: 56), pero carecemos de un estudio global que nos permita aprehender las convergencias y divergencias que en el campo del ritual, como en otros, caracterizan a los mayas peninsulares.

De que existen diferencias rituales, empero, no cabe duda. Así, por citar un ejemplo bastante más sencillo que el del complejo milpero, vemos que incluso en tres comunidades quintanarroenses vecinas (X-Yatil, X-Pichil y Tres Reyes), las creencias y ceremonias vinculadas a las actividades cinegéticas muestran variaciones.⁵⁹ Si bien en las tres se mencionó que es papel de los ah canulo’ob velar sobre los animales del monte, no faltó quien señalase que existen santos católicos especialistas en tal o cual especie cuando éstas se crían en casa. San Eustaquio, por ejemplo, sería el de los venados, en tanto que san Roque tendría a su cargo los jabalíes; a ellos habrá que rezar cuando alguno de estos animales se enferma.

Al mismo tiempo, se asegura que existe un “dueño” particular de los venados,

Zip,⁶⁰ el cual se describe en X-Yatil como un venado pequeñito (“como un *yuk*”), con una enorme cornamenta, muy difícil de matar, “pero hay que hacerlo porque si no te mata a ti”. Hay quien dice que el secreto radica en disparar precisamente al *equibak* (panal de avispas) que porta entre los cuernos. Algunos que lo han logrado cuentan que en el camino de regreso vieron montones de culebras, conocida epifanía del Dios del Monte. En Tres Reyes, se dice en cambio que el Zip o “tata”, el “venado padre” de todos, es de tamaño muy pequeño y nace blanco, y es distinto del enorme venado negro (*boox*) que lleva entre su cornamenta idéntico panal de abejas o avispas y es casi imposible de matar. Se habla de gente que cree haberlo liquidado y al ir a buscar el cuerpo no encuentra nada: “el venado con avispero es puro viento; cuando crees que lo mataste, al irlo a buscar no lo encuentras; sólo se te muestra para recordarte que no has dado las primicias”. En X-Pichil, en fin, se nombra *zipché* o *uzipikío* al venado que porta el avispero (*ek u ilojob*) entre los cuernos y se dice que un cazador advertido sabe que no debe intentar hacerle nada, pues “no regresarás a tu casa”. De hecho, el “animal” no pretende hacer daño; se aparece únicamente como advertencia a aquél “que se está pasando de tirar animales”, a quien por

⁵⁹ Reproduzco aquí, en forma abreviada, algunas consideraciones que pueden hallarse en Ruz *et al.*, 2002: 78-82.

⁶⁰ El mismo nombre que reportó fray Diego de Landa en el siglo XVI para el dios de los venados.

descuido o ingratitud ha olvidado cumplir con sus obligaciones rituales.

En efecto, al cazar doce venados es obligado hacer una ceremonia de agradecimiento a los ah canulo'ob para evitar daños. Se hará cazando un venado, el treceavo, cuya carne se deja íntegra repartida en el campo para los Dueños del Monte. Nada ha de consumirse. Mientras que en X-Yatil se asegura que lo ideal es obtener tal presa a través de una batida comunal, en X-Pichil los más observantes del ritual buscan incluso quien cace para ellos el venado que habrá de ofrendarse, y cocinan la panza del animal en kol de maíz con pepita de calabaza. Aseguran que desde antiguo ésa, llamada *chocokol*, ha sido la comida ritual por excelencia para agradecer el treceavo venado.⁶¹

Puesto que dos elementos imprescindibles para un buen cazador son sus perros y su escopeta, las ceremonias se extienden hasta ellos: *lojtzo'on* se denomina a las "primicias por la escopeta" y *lojpek'* a las ofrecidas por los canes. Ambas implican rezos y ofrecimiento de incienso (*po-molché*) a cargo del h-men, pues es "trabajo grande", además de riesgoso, ya que los dioses que acuden pueden, al partir, dejar

⁶¹ Antes en las ceremonias se usaba el licor obtenido del balché, pero casi no se encuentra ese tipo de árbol, exceptuando las cercanías de los *xlacajes* (asientos de pueblos antiguos), por lo cual es de suponer que se sembró.

"malos vientos" y provocar enfermedades, sobre todo a los niños, de allí que en X-Pichil nunca se haga de día. Se inicia cuando los pequeños duermen y termina a medianoche o más tarde.

El que sabe cazar, no puede dejar el *lojtzo'on*, que es una primicia de la carabina. Eso se hace cuando se tira el venado, el trece. O el jabalí. Eso es santiguar al dueño de la carabina junto con el arma. Es para agradecer la suerte del tirador. Por eso se guardan las quijadas de los animales, para no olvidar la cuenta. Si no se hace, el cazador emperma [enferma]. Es ofrenda para el dueño del monte. Completito se tiene que ir la presa a ofrecerla; nada se puede quedar el cazador (X-Yatil, Quintana Roo).

Hay también ceremonias que buscan sacralizar y proteger los espacios habitados, y otras que tienen como objetivo rogar a dioses, santos y guardianes que se dignen acompañar el ciclo vital de los hombres.

A más de agradecer por lo cazado, los buenos “tiradores” mantienen otra tradición: la de solicitar periódicamente permiso a los ah canulóob para llevar a cabo sus actividades. En X-Pichil, por ejemplo, se realiza el llamado *santuk’ul*: se erige una especie de pequeña barbacoa, presidida por una cruz, se cubre con huano y se colocan las jícaras con el saká. Conforme se invoca al Dueño del Monte, al “Dios Espíritu Santo” (sic) y al Mehen bil (nombre del “santo”), se asperja el saká con hojas de jabín tres veces. “Con eso quedas protegido”. En X-Yatil se estilan conductas más sencillas: cuando uno va a salir a tirar pone una vela junto con saká en una jícara y hace un rezo “al dios del animal”, pero también se lleva a cabo lo que se denomina curiosamente “holocausto”, ofrecido “al dios del venado” para que autorice seguir tirando, ya que “no es sólo tirar, hay que ofrecer”. En Tres Reyes los rituales dedicados a propiciar a los “dueños” (incluyendo al de la escopeta, pues “también tiene”)⁶² son los mismos que en X-Yatil o X-Pixil, si bien se acostumbran menos, dada la ausencia de h-meno’ob en el poblado. Y a la par que algunos rituales se simplifican, otros

⁶² Respecto a ésta, como dato curioso se apuntó que no debe colgarse del sitio donde se pone una hamaca, pues es un área frecuentada por las mujeres y la escopeta “es muy celosa”. De hacerlo, disminuye su efectividad.

prácticamente han desaparecido. Casi nadie mantiene ya, por ejemplo, la antigua costumbre de ofrecer una comida al año nuevo cuando recién comienza.⁶³

Pero no sólo se ritualizan los tiempos, espacios y actividades laborales; hay también ceremonias que buscan sacralizar y proteger los espacios habitados, como la de *ch’uysaka’*, para pedir protección al dueño del solar al estrenar una casa (deberá repetirse cada dos años), para reparar un olvido o un agravio a las deidades (el ritual se denomina *k’eeex*, “trueque”, pues a menudo se ofrece una víctima alterna) y, por supuesto, otras que tienen como objetivo rogar a dioses, santos y guardianes que se dignen acompañar el ciclo vital de los hombres.

Uno de ellos, de clara filiación prehispánica, es el *hetzmeek* o *jéets méek’*,⁶⁴ que

⁶³ En X-Yatil, Quintana Roo, se realiza en mayo el *jacha k’ak* o *tumbenk ak*, ceremonia del fuego nuevo que se hace frente a la iglesia. El fuego se prende sobre un cabo del tallo (*chuch*) de una calabaza, empleando como taladro una maderita de xkaná y con pelo de elote “para recoger chispas”. Se sirve comida y se hacen rezos. Antes se hacía un baile en la noche y se aprovechaba para anunciar la proximidad de la fiesta de la cruz san Bernardino.

⁶⁴ Cabe apuntar que se acostumbra también entre los mayas huastecos y en Belice, y tiene equivalentes en el área chontal (*xek-meke*) y lacandona (*mekik’ utia*). Una descripción reciente del ritual entre los yucatecos consta en Quintal *et al.*, 2003: 310-311.

recibe su nombre de una de las partes del rito, consistente en separar las piernas del pequeño y colocarlo a horcajadas en la cadera del padrino o madrina elegido(a) para después colocar en sus manitas instrumentos de trabajo correspondientes a su sexo. Se practica a los cuatros meses en el caso de los varones (por referencia a las cuatro esquinas de la milpa) y a los tres en el de las niñas (alusión a las tres piedras del fogón). Su objetivo es dotar al pequeño de las facultades mentales y físicas necesarias para su desarrollo en la comunidad, poniéndole en contacto tanto con el utillaje laboral como con otros que actúan a nivel de magia simpática o “por imitación”. En un claro proceso de “puesta al día” de la tradición, en varias comunidades los utensilios agrícolas y de cocina o tejido que antes se depositaban en las manos de los pequeños se ven sustituidos por herramientas propias de oficios hoy más redituables, o por libros. Nada extraño, por tanto, que en algunos poblados de Quintana Roo —tan próximos geográfica y laboralmente al área turística— se haya incluido entre estos últimos, en alguna ocasión, un diccionario de inglés.

La realización de esta ceremonia, al igual que la de ritos católicos, como bautismo y matrimonio (la confirmación no es común), permite a los mayas la creación de lazos de parentesco ritual por medio de la institución conocida como compadrazgo,

que aportaron los hispanos y cuya importancia en Iberoamérica ha sido puesta de relieve en múltiples estudios, los cuales hacen hincapié en que la relación padrino-ahijado es de escaso interés, pues lo que se busca sobre todo es el establecimiento de vínculos de cooperación (laboral, económica y ritual) entre los compadres; vínculos continuos y de capital importancia, ya que permiten ampliar los grupos de cooperación.⁶⁵ Dadas las modificaciones de los patrones económicos y su impacto en la organización social, no es casual que se observen también cambios en el nivel ceremonial.

En efecto, pese a que algunos estudiosos sigan empeñados en demostrar una “pervivencia” cuasi automática de rasgos prehispánicos entre los mayas actuales, contamos hoy con una abundante producción historiográfica y antropológica que no deja dudas acerca no sólo de los profundos cambios que ya desde el largo periodo colonial experimentó el mundo

⁶⁵ Aunque se presentan variaciones importantes tanto en la forma de elegir padrinos como en el número de éstos y de las ocasiones para establecer el vínculo (por lo general, la administración de los sacramentos del bautismo y matrimonio), la conducta que ante ellos y entre los compadres ha de observarse es bastante uniforme y en todos los casos está rigurosamente estipulada por la norma social.

maya (en forma y contenidos), sino también de la manera porfiada e inteligente en que han sabido adecuarlos a su propio universo cultural, incorporándolos sin por eso dejar de considerarse mayas.

Tales cambios son perceptibles en la misma cosmovisión, que si bien muestra numerosos elementos factibles de rastrear hasta el pasado precolombino, incorpora también no pocos componentes propios de la tradición judeocristiana; unos y otros a menudo reelaborados en una síntesis por

demás original. Se mantienen así, explícitos o implícitos (en particular en rezos y rituales), conceptos como las tres regiones (Cielo, faz de la tierra e Inframundo) vinculadas por un corredor imaginario (cuerda viviente, cordón umbilical), las cuatro esquinas de la tierra y los rumbos del universo, asociados a colores; la distribución del mundo en capas sobrepuestas, la idea de una oposición complementaria cenit/nadir (*chúumuk ka'an/Yáanal lu'um*) y otra oriente/occidente (*lak'in/chik'in*), que se

In ki'chkelem yum

In ki'chkelem yum
 ki'chkelem yum k'in
 ki'chkelem yum kuch k'an jul
 xolokbalén uayé
 tu tan a ki' tip'il
 tu tan a k'an uich
 ki'chkelem yum jul kaan
 xolokbalén uayé
 ki' xolokbalén ti suuk
 ti oolkí suuk
 ki'chkelem yum jul múnyal
 xolokbalén uayé
 xolokbalén chúmuk k'uík
 chúmuk le u k'uík nacha'n kaana
 ki'chkelem yum jul kab
 ki' xolokbalén uayé
 u tial in ki' k'ubiktech in uol
 u tial in ki' k'ubiktech in puksík'al
 ki'chkelem yum jul kuxtal
 kin k'ubiktech
 u setén chak ch'ol pak'al in uol
 u setén chak ch'ol pak'al in puksík'al
 (...)

Hermoso padre mío

Hermoso padre mío
 hermoso padre sol
 hermoso padre cargador de flechas doradas
 estoy arrodillado aquí
 ante tu grata aparición
 ante tu encendido rostro
 hermoso padre flechador del cielo
 estoy arrodillado aquí
 con gozo estoy arrodillado en la grama
 en la suave grama
 hermoso padre flechador de las nubes
 estoy arrodillado aquí
 estoy arrodillado aquí en medio de la plaza
 en medio de esta plaza de nacha'n kaan
 hermoso padre flechador de la tierra
 con goce estoy arrodillado aquí
 para entregarte con gozo mi corazón
 para entregarte con gozo mi corazón
 profundo
 hermoso padre flechador de la vida
 te ofrendo
 el rojísimo jardín de mi corazón
 el rojísimo jardín de mi corazón profundo
 (...)
 Waldemar Noh Tzec,
 Noj Balam, 1998

anclan en la primacía solar, aún hoy reivindicada por los nuevos poetas mayas.

Los tres elementos componentes del cosmos están habitados por diferentes seres e influencias sobrenaturales, por lo general antropomorfizados, cuyo dominio puede ser benéfico o negativo y que resulta de gran importancia en el control y permanencia de las normas sociales. Mantener el equilibrio del mundo circundante queda a menudo a cargo de los conocidos como “dueños”, “señores”, “guardianes” o “ángeles”. Por supuesto, sus nombres, campos de acción y atributos varían en un amplio rango, en ocasiones de una comunidad a otra, pero entre los más importantes se encuentran “bacabes”, “pahuatunes”, “vientos” (*iik’o’ob*) y “chaques”.⁶⁶ Estos personajes cuidan de los montes, las aguas, las plantas, los animales y los fenómenos atmosféricos, beneficiando a aquellos que solicitan su ayuda y les honran con ofrendas y plegarias, a la vez que castigan a quienes depredan la naturaleza por negligencia o abuso.

El lugar donde habitan presenta casi siempre vínculos con el área en que actúan, pero no debe pensarse que su influencia se restrinja a ellas. Incluso pueden contar sobre la tierra con seres dependien-

Los tres elementos componentes del cosmos están habitados por diferentes seres e influencias sobrenaturales, cuyo dominio resulta de gran importancia en el control y permanencia de las normas sociales.

tes y fuerzas que se les asocian. Es común que tales entidades se ligen con el binomio salud-enfermedad y se identifiquen con los guardianes del bosque y los animales, proveedores de leña y caza. Por tanto, a la actitud temerosa que se tiene ante ellos se asocia a menudo la reverencia surgida del reconocimiento de su participación en el equilibrio natural y, con él, de la vida humana misma. De lo anterior se desprende que tales personajes no pueden clasificarse, *per se*, como malignos; vista como reguladora de las normas sociales, su acción es benéfica, ya que permite la continuidad de tradiciones y valores socialmente establecidos y aceptados.

Así, la famosa Xtabay es por lo común concebida como un ser femenino⁶⁷ que

⁶⁶ Un espléndido resumen acerca de estos temas se encuentra en Quintal *et al.*, 2003a: 280-315.

⁶⁷ Aunque menos frecuentes, también hay “Xtabayes” hombres, y de día “pueden aparecerse como culebra.”



Trabajando en la extracción de chicle.
Quintana Roo. 1982.
Fototeca Nacho López, CDI.

habita en las zonas densamente arboladas (aunque también suele aparecer en las cercanías de los pueblos) donde, bajo la apariencia de una mujer seductora, se revela a los hombres invitándolos a seguirla, sólo para arrojarlos después entre zarzas, perderlos o despeñarlos en pozos o cenotes, y se muestra con particular frecuencia a los adúlteros, tomando incluso los rasgos de sus queridas. En áreas dedicadas antes a la extracción del chicle, como el ya mencionado X-Yatil, todavía circulan historias sobre “Juan del Monte”, un personaje que se aparecía a los chicleros ofreciendo cambiarles su soga y machete. De aceptarlo, se cosechaba “muchísimo”, pero “ya eres de él”; vendría a buscarte al cabo de cier-

to tiempo, casi siempre corto, ya que “te cuenta cada día por dos”. Por eso se acostumbra rituales como el *k’ayum*, rezos en maya que sirven para protegerse de vientos o apariciones como éstas y también de las veleidades del Dueño del Monte (Ruz *et al*, 2002: 72).

Pero estos personajes no están solos; a la par de ellos, compartiendo funciones, complementándolas o incluso fusionándose, aparecen también Cristo, María y todo un ejército de santos y ángeles guardianes, responsables por lo común de velar por la seguridad personal de los individuos y de las comunidades donde habitan y sobre las cuales señorean. Diversos en esencia, cambiantes en el tiempo y ubicuos en las regio-



Trabajando en la producción de la pasta de chicle para la venta. Quintana Roo. 1982.
Fototeca Nacho López, CDI.

nes, los santos no son considerados como representaciones icónicas de figuras históricas o míticas, tampoco como epifanías de una deidad. Sean concebidos como mensajeros divinos, dadores de gracia (y no meros vehículos para obtenerla) o como héroes culturales; se les asocie con el Cielo, la Tierra o el Inframundo, son personajes por derecho propio, reinterpretados de tal manera que no se desdeña incorporar en su concepción a antiguas divinidades mayas e incluso figuras mitológicas de la antigüedad clásica, muestra privilegiada de la capacidad maya para integrar conceptos, íconos y símbolos en su imaginario cultural.

Allí donde se pierde la tradición de poner al recién nacido el nombre correspon-

diente al santoral,⁶⁸ el culto a los santos comienza a nivel familiar, ya que presiden la vida cotidiana desde el altar doméstico (a menudo compartiéndolo con las fotos de los antepasados muertos, igualmente protectores), que reafirma su carácter de elemento central en la vivienda, en especial en ocasión de las novenas que se ofrecen

⁶⁸ A decir de Maldonado (en prensa), al menos en la región de Peto se acostumbra recordar a los niños el nombre que les correspondía (el nombre verdadero) "aunque ya no se use 'ponérselo', pues 'cuentan los antiguos que cuando ya se murió uno, el nombre del día que naciste ése te llama. Si no, cuando te habla Dios, no sabes que te está llamando'. Uno arriesga perder la gloria eterna, la salvación, por olvidar el nombre; un costo sin duda muy alto".

Puesto que cada pueblo se yergue como eje en torno al cual se estructura la vida cotidiana y a partir de ella el cosmos, no es extraño que se conciba al propio poblado como el “ombbligo del mundo”.

en su honor siguiendo el calendario. No es de extrañar que siendo consideradas un legado de los abuelos, a la vez que parte de la historia familiar, las imágenes se hereden. De la misma manera, los habitantes de la comunidad “heredan” a los santos patronos.

Puesto que cada pueblo se yergue como eje en torno al cual se estructura la vida cotidiana y a partir de ella el cosmos, no es extraño que se conciba al propio poblado como el “ombbligo del mundo”. Fundar el pueblo, enterrarlo, por así decir, en las entrañas mismas de la tierra, como acostumbran algunos mayas con el cordón umbilical de los recién nacidos, es una labor que a menudo se vincula con el santo patrono (cruces incluidas), quien al construir en el tiempo primigenio la iglesia, su casa, edifi-

ca el pueblo todo. Pero rara vez los santos se limitan a fundar el poblado sobre el cual reinarán; a menudo cumplen funciones que permiten considerarlos héroes culturales o deidades dema —que ofrendan una parte de sí en beneficio de los hombres—, y no se arredran ante nada para defenderlo tanto de invasiones enemigas (caso de la Guerra de Castas), como de fenómenos naturales, huracanes incluidos,⁶⁹ a más de apoyarlos en labores cotidianas, como se cuenta en Peto de “San Is” (san Isidro), quien vigila las milpas (Maldonado, en prensa). Nada ocasional es que para ello se asocien o fusionen con antiguas potencias prehistóricas, como se observa claramente en las plegarias para obtener lluvias y buenas cosechas.

Los santos patronos no circunscriben su acción al territorio del pueblo que señorean; al igual que sus hijos, pueden transitar entre uno y otro, sacralizando así las relaciones intercomunales. El tema ha sido poco estudiado, exceptuando dos o tres casos, pero su importancia surge clara en el reciente trabajo de un grupo de investigadores coordinados por Ella F. Quintal (2003a), que muestra

⁶⁹ Véase lo relatado sobre Santiago defendiendo a Tixcacalcupul en el primer caso, y del huracán Gilberto en el segundo, en Quintal *et al.*, 2003a: 321.

OKOTBATAM (ROGACIÓN O SÚPLICA)*

He cinc cucumtic a suhuy mesaex
Tata Dios Yumbil cin kubic
13 a luchex zuhuy zizolal than

...

Dios Yumbil, Dios Mehenbil, Dios Espíritu Santo
Ea in cichpan colel Kanleox,
yetel bacan tech cichpan colel Madalena,
yetel bacan tech cichpan colel Verónica
y yetel bacan tech cichpan colel Guadalupe.
Uay tun cin dzancunt ceex uay tus tum tepal
le santo yuntzilob

ti yum Zaztunchac ti tan Lakin

ti Yaxpapatun,

ti Chacpapatun,

ti Kanpapatun,

ti Ekpapatun,

ti Kakalmozonikob,

ti Mizencaanchaac,

ti Ah Thoxoncaanchaac,

ti San Miguel Arcángel,

ti Boloncaanchaac,

ti Lelemcaanchaac,

ti Hohopcaanchaac.

Bala oxtes kuyen cu lubul in than

ti Ah c-canan-cacbob,

ti Canax-kax,

ti Canan-peten,

ti Canan montaña,

cin peczah thancob

tus cucumanob tumen

Cayumil, Dios Yumbil, Dios Espíritu Santo.

Aquí les ofrezco en su santa mesa,
ante Dios Padre, les entrego
sus 13 jícaras con estas palabras santas y frescas

...

Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo

Ahora mi linda señora Kanleox,

así como a ti mi linda Señora Ma[g]dalena,

así como a ti, linda Señora Verónica

así como a ti, linda Señora Guadalupe.

Aquí, entonces, reúno a ustedes donde rigen

Los santos señores,

al santo señor Zaztunchac que está en el Oriente

al Papatún Verde,

al Papatún Rojo,

al Papatún Amarillo,

al Papatún Negro

a los Remolinos de Fuego,

a Mizencaanchaac,

a Ah Thoxoncaanchaac,

a San Miguel Arcángel,

a Boloncaanchaac,

a Lelemcaanchaac,

a Hohopcaanchaac.

Y así, entonces, tres veces santa caiga mi palabra

a los Guardianes de las buenas tierras,

a los Guardianes de los bosques,

a los Guardianes de la región,

a los Guardianes de los bosques,

hago pesar mis palabras

donde quiera que estén puestos por

nuestro Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu

Santo.

* En Alfonso Villa Rojas, *Los elegidos de Dios*, 1978: 455-457.

La cruz está considerada por la mayoría de los mayas como dotada de personalidad propia, pues impide la entrada de elementos malignos a lugares de interés.

cómo en la “Región de los apóstoles” (siete comunidades ubicadas en el oriente yucateco) tales visitas de santos y santas (vírgenes incluidas) contribuyen en forma determinante a la recreación de identidades regionales —que en este caso pueden anclarse incluso en territorialidades prehispánicas—, a la vez que posibilitan el mantener las relaciones de reciprocidad entre las comunidades involucradas.

También se registran visitas de santos en la zona de Peto (Maldonado, *op. cit.*) y la de Umán (casi conurbada con Mérida) y en las antiguas regiones cañera y henequenera.⁷⁰ Colaborando en forma simbólica en el mantenimiento de territorios mayores o menores, en algunos casos transitan por los pueblos vecinos, como ocurre con la santa patrona de Buczotz, mientras que en otros se restringen a visitar las comisarías que integran un municipio. Tal es el caso, por

ejemplo, de santa Clara, patrona de Dzidzantún, que antes de presidir los festejos en su honor desde la cabecera es transportada por sus fieles a lo largo de 14 kilómetros hasta el puerto que lleva su nombre, donde permanece durante una semana. La explicación posible (reafirma su señorío sobre el territorio municipal, al que cohesiona así a nivel sacro) es sin duda menos poética que la que ofrece la tradición oral, que atribuye el hecho al deseo de la santa por visitar a su hermana, residente en el mar. En efecto, cuando ambas surgieron de éste, Clara logró el patronazgo de Dzidzantún, pero su hermana no encontró pueblo que la adoptara como patrona. No le quedó alternativa sino convertirse en sirena.

A decir de Quintal *et al.*, en la península es posible identificar dos “regiones imaginarias que condensan la historia de los grupos mayas actuales”: la devoción mariana y a los cristos negros que une a yucatecos y campechanos, y otra donde prima el culto a las cruces, ubicada en el oriente yucateco y la zona maya de Quintana Roo, escenario privilegiado de la Guerra de Castas (2003a: 343 y ss.).

⁷⁰ La reflexión más comprehensiva sobre peregrinaciones, procesiones y santuarios es, de nuevo, la que ofrecen Quintal y su grupo (2003a). Sobre la virgen de Tetiz puede consultarse el trabajo de Fernández y Negroe, 1997.



El culto a la cruz muestra claros signos de “apropiación cultural”, incluyendo el vestirla con partes del hipil que portan las mujeres. Valladolid, Yucatán.

Fotógrafo: Mario Humberto Ruz, 1996.

Acervo personal.

Con independencia del hecho de que ambos grupos devocionales pueden trasladarse (como se observa, por ejemplo, en el área de Valladolid), no cabe duda que la cruz es una buena muestra de la capacidad de adaptación y creación simbólica que mencionaba antes. Considerada por la mayoría de los mayas como dotada de personalidad propia y no como un mero símbolo de la crucifixión (y, por ende, de Cristo), la cruz, guardiana de los hombres por excelencia, impide la entrada de elementos malignos (en particular los vientos) en lugares de interés vital tanto para el individuo como para la comunidad. De ahí que se le coloque en los altares domésticos y esquineros de casas, milpas, entrada a las poblaciones (llamadas *cruces de báalam* en el oriente

yucateco)⁷¹ y cenotes, o en sitios potencialmente peligrosos (cementeros, cuevas, zonas arqueológicas) o estratégicos (caminos), en especial cuando marcan los límites entre el espacio protector comunal y lo que se extiende más allá. Su benevolencia se granjea con ofrendas de velas, flores, cohetes e incienso, alimentos por tradición de lo sagrado —a los que en algunos sitios se agregan “primicias” de maíz, en forma de elotes cocidos—, y ella corresponde con innumerables gracias, que en el caso del área cruzoob o “macehual”, recordemos, puede incluso transmitir a través de mensajes, aunque ya no lo haga con la frecuencia y vehemencia con que acostumbró hacerlo durante la Guerra de Castas, animando a los mayas a la lucha contra el opresor.

⁷¹ Al respecto, véanse las interesantes observaciones de Quintal *et al.*, 2003a: 319 y ss.

SERMÓN DE LA CRUZ QUE HABLA*

Mis muy queridos compañeros cristianos, ha llegado el día y la hora para dar a ustedes una señal acerca de las tierras de toda la gente nacida en este mundo, para ser leída a todos los Comandantes y ser oída por todos los Capitanes, y ser oída por todos los Tenientes y ser oída por todos los hijos de la tierra y ser oída por todos mis hijos y descendientes, de modo que ellos, mis hijos, sepan lo que estoy sufriendo tanto bajo la poderosa mano de mi patrón, debido a todos aquellos nacidos en este mundo, debido a que solamente yo estoy pensando siempre en ustedes, porque yo los redimí, porque yo derramé mi preciosa sangre por ustedes, cristianos, desde el tiempo en que les creé y les puse en la tierra. Es así, mis amados cristianos, por la bendita corona de mi Santísimo Señor Jesús Cristo, hago claro en este papel, para que lo sepa toda la gente creada por mí y que aquellos que no crean en mis ordenanzas habrán de ser eternamente condenados y que todos los que obedezcan mis órdenes habrán de recibir mi cariño y disfrutarán de mi Santa Gracia, de modo que puedan salvar su alma para la vida eterna.

[...] Por lo tanto, mis queridos cristianos, ordeno a ustedes, grandes y pequeños, que sepan que ahora ha llegado el día y el año de que mis indios se levanten una vez más en contra de los blancos, de modo igual a como tuvieron lugar las batallas del pasado [...] yo estaré siempre con ustedes, en todo tiempo; estaré siempre como el primero entre ustedes, en la vanguardia, confrontando al enemigo, de modo que nada pueda suceder a ustedes, mis queridos indios.

[...] Porque ha llegado la hora y el año para que en Yucatán se levanten contra los blancos de una vez por todas; de modo que les estoy dejando saber que les daré una señal para que tengan el valor necesario en sus corazones. Porque allí me estaré cayendo todo el tiempo, me estarán hiriendo, clavándome espinas y golpeándome con palos, durante mis viajes a Yucatán para defender a ustedes, ¡oh mis amados hombres!

[...] mi Señor no me puso con los ricos, ni con los generales, ni con los comandantes, ni con los que dicen que tienen montones de dinero, ni con aquellos que muestran orgullo y altanería, si no que me puso con los pobres, con los muy pobres[...]

Todas las criaturas del mundo deben saber lo que yo decreto, ¡oh gente cristiana! ahora ha llegado la hora y el año en que no se puede tomar ventaja de mis familias ni se les pueden dar trabajos para que realicen gratis. Esta es mi única ordenanza, mi querida gente cristiana.

Jesús, María, en el nombre de Dios Padre, del Dios Hijo y del Dios Espíritu Santo.
Amén, Jesús.

* Fragmentos. *Apud* Alfonso Villa Rojas, *Los elegidos de Dios*, *op. cit.*: 461-467.

Extendido por toda la península, donde por lo común se le “viste” con un hipil o la parte bordada de él, el culto a la cruz muestra matices regionales. En ciertas áreas se le sigue nombrando *ya’ax-cruz*, por su identificación con la ceiba *axis mundi* (de allí que se pinte de verde), mientras que en otras recibe nombres individuales (por ejemplo, “San Bernardino” en X-Yatil, celebrándose el 20 de mayo, fiesta del santo de ese nombre), y no es inusual que, a la manera de “otros santos”, algunas de ellas viajen anualmente de un poblado a otro, en especial en la zona central de Quintana Roo,⁷² allí donde mantiene vigencia el sistema de guardias y el culto a “la santísima”; culto que, aunque ya debilitado, todavía funciona como cohesionador regional.⁷³

44

⁷² Así ocurre, por ejemplo, en el mismo X-Pichil, visitado cada año por una cruz desde Tulum. Denominada “el santito”, viaja cerrada en su “tabernáculo” (sic) y nadie la puede ver. Llega acompañada de tres “viejitos” y para recibirla se prepara “el compite” (¿por convite?), que es una pequeña silla en cuya cabecera se pone un arco con albahaca y buganvilia, “para que cuando baja, se siente la gracia” (Ruz *et al.*, 2002: 131).

⁷³ A decir de don Juan W., rezador de X-Yatil, el Comité de la Cruz Parlante agrupa a cerca de 16 o 17 comunidades en torno al culto y la organización de la vida diaria por el sistema de guardias. Los rezadores de dichas comunidades debían ir periódicamente a la cabecera que les corresponde (*ibid.*).

De particular interés es el hecho de que con harta frecuencia se rinda veneración a un trío de ellas, lo que a los ojos de un cristiano ortodoxo remitiría a la tradicional representación de las tres cruces en el Gólgota, pero que adquiere otros sentidos si recordamos que puede distinguirse entre cruz madre y cruces hijas, “considerárseles hermanas” o que puede llamárseles, como en X-Pichil, “Tres Persona”,⁷⁴ denominación que acaso haga referencia a la Trinidad cristiana (lo cual de todos modos sería bastante poco ortodoxo), pero que no deja de recordar antiguos nombres de deidades mayas, precedidos de un coeficiente numérico.

La celebración a estos santos patronos constituye un momento privilegiado para reafirmar los lazos comunitarios y, por ende, de las identidades territoriales. A través de la fiesta, y el trabajo colectivo que conlleva, los vecinos recrean periódicamente la imagen de un “nosotros”, que dota de nuevos sentidos a los espacios de interacción cotidiana con los que se identifican quienes siguen habitando el poblado. E incluso quienes lo han abandonado, pues no es inusual que con ocasión de los

⁷⁴ En otros sitios, como Xocén, se habla de “Tres Personas”, pero aquí se insistió en la acepción en singular.



La cruz se venera no sólo en iglesias y ermitas, sino también en oratorios familiares. Tixhualactún, Yucatán
Fotógrafo: Mario Humberto Ruz, 1996.
Acervo personal.

festejos los emigrados regresen al terruño o, al menos, envíen dinero para colaborar con su realización.

Papel primordial en esta recreación de identidades colectivas lo tienen las asociaciones de devotos, los “gremios”, encargados de solemnizar los festejos. Nominalmente el que ocupa el cargo es un individuo, pero en realidad sería más correcto hablar de grupos familiares (y a veces de unidades mayores), pues el crecido monto de los gastos y las complejas operaciones rituales hacen necesaria la cooperación de los parientes. La institución, por tanto, refuerza la integración solidaria de la parentela, sea ésta consanguínea, aún o ritual. A su vez, alguien que haya sido

auxiliado durante el desempeño de su cargo, con bienes o con servicios, está socialmente obligado a corresponder de idéntica manera.

Resulta obvio que para desempeñarse en los cargos superiores se necesita poseer cierta holgura económica (hablando en términos locales), pues en el caso de ciertos poblados queda a cargo de los responsables el alojamiento y comida de los cuidadores de los santos visitantes, pero no debe olvidarse que lo perdido en riqueza económica se transforma en estatus social. A decir de algunos autores, esto incide en ocasiones en la homogeneidad comunal, pues se inhibe el desarrollo de diferencias económicas al convertir el “exce-

dente” material en prestigio, impidiendo la acumulación de capital (aunque la acumulación de prestigio obviamente puede traducirse más tarde en prebendas económicas). Tal mecanismo desaparece, por supuesto, en las comunidades que adoptan alguna de las diversas y cada vez más prolíficas denominaciones protestantes, e incluso en aquellas donde los sacerdotes católicos pugnan por hacer desaparecer tales prácticas, que califican de “paganas” y ruinosas para la economía indígena. Para otros estudiosos, es en el desarrollo económico de un poblado y la modernización que trae aparejada donde han de buscarse los factores que promueven el abandono de las celebraciones.

Si bien es común que los propios moradores distingan entre los aspectos sagrados y profanos de tales festejos (Quintal *et al.*, 2003a: 327), es también claro que no se trata, en modo alguno, de aspectos excluyentes. La sacralidad es la tónica del momento, con independencia de que los espacios sean reputados como más o menos ceremoniales. Así, lo común es que a la par de las novenas, procesiones y misas, que quedan primordialmente a cargo de los devotos, por lo general organizados en “gremios”, se estilen otras actividades fuera de los recintos tenidos por sagrados, que pueden ir desde grandes ferias regionales (v. g. Izamal y Tizimín) hasta las va-

querías y bailes, en especial jaranas⁷⁵—en no pocas ocasiones con música y letra de compositores mayas—⁷⁶ que caracterizan las celebraciones de no importa cuál poblado yucateco, y que pueden extenderse por varios días.

Traducción al español de la letra contenida en la partitura Xtáabay, tomo 34, pp. 105-107, Colección Letras Mayas Contemporáneas, INI, 1994.

Una noche que iluminaba la Luna
Sentí deseos de pasear,
Y gustar la hermosura de una noche
con Luna.
Era la medianoche
Y junto a la ceiba,
En la lejanía,
A una Xtabay yo vi.
Me acerqué poco a poco
Para verla mejor:
Bonita como ninguna.
Olorosa como una flor.
Xtabay, Xtabay,
Ya me gustaste,
No me engañes, no me engañes,
No me hagas enloquecer.

⁷⁵ Véase al respecto el reciente trabajo de Pinkus, 2002.

⁷⁶ Ejemplos de estas composiciones musicales se encuentran en Can Pat, 1994a.

Es imposible negar que, conforme las fiestas gozan de mayor prestigio y afluencia, los componentes no sacros (y el interés económico asociado) parecen primar en ciertos espacios y momentos, pero con independencia de que a nadie escapa que es el santo el que da razón de ser a la fiesta. Incluso en espacios localmente reputados como profanos es posible observar elementos que nos hablan de una sacralidad implícita.

Sin lugar a dudas, una muestra privilegiada no sólo de tal sacralidad sino de la manera en que los mayas han sabido combinar elementos procedentes de diversas cosmovisiones, integrándolas de tal modo que dieron origen a conceptos radicalmente nuevos y considerados ahora profundamente mayas, es la manera en que se llevan a cabo en los pueblos más tradicionalistas las infaltables “vaquerías”, singulares corridas de toros realizadas en ruedos (*k'axche'*) de maderas, palmas y bejucos, hechos con la cooperación de los vecinos (quienes incluso heredan por familias los tramos a construir) y donde se mezclan los cantos de rosario —precedidos por música de marchas y pasodoble— que ofrecen los toreros en la iglesia antes de entrar al ruedo, con la música jaranera que acompañan saxofones, trompetas, trombón, timbales o charolas y un tambor grande, al compás de los cuales bailan los jóvenes con las “va-

querías”. Y por si fuera poco, en el centro del ruedo se “siembra” una ceiba que tenga al menos cuatro ramas formando una cruz, en medio de rezos en maya dirigidos por un sacerdote tradicional. Allí, después de ofrecer licor de balché al árbol sagrado, se amarrará el toro y se colgarán diversos dones para, a la mañana siguiente, llevar al santo patrono del pueblo un guisado de guajolote en relleno negro. Se conjugan, pues, las dádivas al santo cristiano y a Wan Thul, dios del ganado, representado por la ceiba, al mismo tiempo que los participantes —por medio de otras ceremonias— se protegen de posibles represalias de Xtabay y los malos vientos (Jardow-Pedersen, 1981). A decir de otros autores, la erección de la ceiba en el centro del ruedo “reproduce la génesis del cosmos maya”, tal y como aparece descrita en uno de los libros sagrados (Quintal *et al.*, 2003a: 327).

Y se levantó la Gran Madre Ceiba en medio del recuerdo de la destrucción de la tierra. Se asentó derecha y alzó su copa pidiendo hojas eternas. Y con sus ramas y sus raíces llamaba a su Señor (*Chilam Balam de Chumayel*, 1985: 89).

Pero al mismo tiempo que algunos mayas, explícita o implícitamente, se afanan por mantener conceptos y prácticas de sus antepasados, otros optan por transitar por

nuevos derroteros, ya que el Mayab se ha convertido en las últimas décadas en espacio en clara disputa para el mercado de bienes simbólicos.

En efecto, un fenómeno que no puede soslayarse, dado que afecta a un pilar organizativo e ideológico de tanta importancia como es la religión recreada durante los últimos cinco siglos, es el acusado proselitismo de quienes proponen formas más ortodoxas de catolicismo (tales como los grupos de catequesis, el Movimiento Familiar Cristiano, la Acción Católica, los movimientos carismáticos, etcétera) que ha dado por resultado en ocasiones enfrentamientos violentos entre católicos “de misa” o “de la palabra” y los “tradicionalistas” o “costumbristas”. Este interés de la Iglesia católica por hacer a sus feligreses partícipes de concepciones y actitudes más apegadas a los lineamientos emanados de la estructura eclesiástica no es, por supuesto, un fenómeno aislado; tal afán de renovación misionera representa en buena medida una respuesta de la jerarquía ante la actividad cada vez más acusada de diversas denominaciones protestantes y sectas de todo tipo, que literalmente invaden el área maya, con particular hincapié en Campeche, en lo que toca a la península.

Aunque la presencia reconocida de confesiones protestantes en México data de hace mucho tiempo, a partir de los últi-

mos 30 años su crecimiento ha sido acelerado, en particular en las localidades con menos de 2 500 habitantes.⁷⁷ Región predilecta para protestantes y paraprotestantes parecen ser las dos fronteras del país y en particular la región sur-sureste, asiento tradicional de los pueblos mayas, en cuyos estados se localiza la mayor presencia protestante, encabezados por Chiapas, Tabasco y Campeche, seguidos por Quintana Roo y Yucatán. Y otro tanto ocurre con testigos de Jehová, mormones y adventistas.⁷⁸

Los factores que explican el éxito alcanzado por estos movimientos religiosos son múltiples y a menudo varían en forma importante de una a otra comunidad, dependiendo no sólo de sus condiciones actuales sino también de su experiencia histórica (como los procesos previos de se-

⁷⁷ Analizando los datos censales para el 2000, Blancarte observa en éstas un mayor porcentaje de protestantes, “y ese porcentaje va decreciendo a medida que las poblaciones son más grandes”, pero alerta sobre los riesgos de la generalización, ya que la presencia de otras confesiones, como los testigos de Jehová, aumenta según crece el tamaño de la población (2002: 46-47).

⁷⁸ Si en 1970 los protestantes del país correspondían al 1.82 por ciento del total de la población mexicana, para el 2002 protestantes y evangélicos se situaron en el 7.27 por ciento, más de 6 millones (Blancarte, *ibid.*). En la actualidad Chiapas registra menos de 64 por ciento de católicos y Campeche tiene casi 14 por ciento de protestantes (Garma, 2004).

No debe creerse que los mayas aceptan pasivamente todo aquello que iglesias y sectas les ofrecen como pasaportes de salvación; sería visualizarlos como entes desprovistos de capacidad selectiva y analítica y no como actores sociales de su propio destino.

cularización), y los pocos autores que han estudiado sistemáticamente el fenómeno parecen coincidir en que dichos movimientos se han revelado bastante más capaces que la Iglesia católica para dar respuestas a las nuevas demandas y necesidades (individuales y sociales) de los sectores más marginados —en coincidencia con un periodo de crisis aguda y de dislocación social a todos niveles, incluyendo el religioso—, en tanto que han permitido romper los antiguos monopolios económicos y religioso-políticos.

Pero no debe creerse que los mayas aceptan pasivamente todo aquello que iglesias y sectas les ofrecen como pasaportes de salvación; considerar tal cosa sería caer de nuevo en el error de visualizarlos como entes desprovistos de capacidad selectiva y analítica y no como actores sociales de su propio destino. Tal como hicieron en la época colonial, muchos de ellos buscan la manera de adecuar los mensajes eclesiales (incluso los más ortodoxos) a su propio sis-

tema de valores y actitudes socioculturales y a las circunstancias históricas.

Por desgracia, son casi inexistentes los estudios que aborden la manera en que los mayas recrean los contenidos teológicos procedentes del exterior. Excepción destacada es el que realizó Rodríguez Balam (2001), quien se aproxima a la cosmovisión e imaginario de los conversos al pentecostalismo en el pequeño poblado yucateco de Kaua, mostrando cómo se recrean la oralidad, la reflexión sobre el mundo y “la manera de utilizar estos conocimientos y la memoria histórica dentro del ámbito inmediato de la vida, a fin de permanecer inmersos en la construcción cotidiana de una identidad colectiva” (cap. III).

Desfilan en su trabajo las adecuaciones que sufren la concepción de los espacios públicos y domésticos, el papel que siguen desarrollando creencias antiguas como “los malos vientos” que albergan los cenotes, la diversa manera en que visualizan al cementerio y sus habitantes (sitio donde los



Se reinventan cambios en la cotidianidad que dan fe de la persistencia de viejas creencias.
Halacho, Yucatán.

Fotógrafo: Pedro Tzontémoc, 1993.

Fototeca Nacho López, CDI.

“espíritus buenos” de los evangélicos se ven obligados a compartir con las “almas pecadoras” de los católicos), o cómo se reformula el simbolismo de los espacios naturales y aquellos domesticados como la milpa, que si bien deja de ser el centro de los rituales (cede su lugar al templo), no pierde totalmente su sacralidad, pues pese a ser conceptuados ahora como “malignos”, aún se cree que lo habitan chako’ob y aluxo’ob.

Católicos y protestantes por igual son víctimas potenciales de la Xtabay, con independencia de que los segundos la tengan ahora por “espíritu maligno; espíritu diabólico que proviene de las tradiciones”.⁷⁹

⁷⁹ Sobre la “demonización” de éste y otros personajes de la tradición maya, véase Rodríguez Balam (en prensa).

Tampoco pregunta el Yum Balam a qué religión pertenece uno antes de extraviarlo en el monte, ni importa tal diferencia para verse afectado por el mal de ojo. El mal augurio del pájaro xoch no se detiene a averiguar bajo qué religión fue un niño bautizado; ahí sus padres que traten de explicarse si corresponde o no a alguno de los que “están en la Biblia”, aunque a nadie le quepa duda de que, para evitar el daño, hay que acostar al niño boca abajo, como aconsejaban los abuelos. ¿Qué tanto importa si Dios se pasea por el mundo como un hombre con corbata, sacando dinero de las hojas de los árboles según los mayas “católicos”, mientras que para algún bautista de Mérida sea el Demonio el que se sienta en el templo ataviado con traje negro y corbata, o que para los pentecostales de Kaua el que ronda los caminos, “como un león rugiente que tienta a las personas para que caigan en el pecado”, sea el Diablo? Es claro que, caminando o sentadas, ataviadas como mestizos ricos o agazapadas bajo la piel de un felino, las influencias sobrenaturales siguen habitando el mundo maya, ahora nutridas con nuevos significados.

Ciertamente, se registran numerosos cambios en la cotidianidad de quienes desertan del catolicismo, perceptibles desde el atavío, el lenguaje empleado, las devociones, las diversiones, las preferencias políticas o el abandono de rituales tenidos

ahora como pecaminosos; pero es claro que a la par se reinventan otros que, de alguna manera, dan fe de la persistencia de viejas creencias, como bien lo muestra el que, a fin de espantar a antiguos “demonios”, se ponga una Biblia o una revista Atalaya a la entrada de la casa.⁸⁰ Para sobrevivir en un mundo poblado de riesgos y amenazas es imprescindible aprender a negociar; incluso con la tradición.

No es, en modo alguno, tarea sencilla. Negociar con la tradición es una difícil apuesta por permanecer pese el cambio, y las velocidades en que se registra el mismo se fincan de manera particular en las diversas perspectivas religiosas, como lo muestra sin ambages que para buena parte de los “nuevos católicos” o los conversos a credos no católicos los indios que mantienen “la costumbre” sean enemigos a combatir.

Pero ni siquiera los seguidores de credos tenidos por conservadores permanecen estáticos. ¿No vimos ya cómo se pro-

⁸⁰ Curiosamente, al tiempo que niegan la posibilidad de otorgar connotaciones sacras a ciertos objetos empleados por los católicos, en muchos casos las actitudes protestantes frente a la Biblia denotan cierto grado de veneración, atribuyéndole incluso cualidades mágico-religiosas: “Tiene poder”. Sirve para curar enfermedades, para espantar a los demonios y alejar los malos espíritus que rondan las casas (Beltrán *et al.*, 1998).

vee a los niños de Quintana Roo de un libro de texto, en vez de un machete, en un continuamente actualizado ritual del *hetz-mek*? ¿No se identifica al Anticristo con la serpiente emplumada y al propio Jesucristo como *keryx* (heraldo) del reino mesiánico, cuya llegada es inminente, en el relato de un maya de Campeche, donde se da cuenta de cómo ese “reino” competirá con los que pretenden Rusia y Estados Unidos, tal como antes lo hizo Poncio Pilatos?⁸¹

Significantes diversos, similares significados. Idéntica constatación de que la transformación no es cualidad intrínseca de las doctrinas, sino un acto de volición de los individuos que las dotan de contenido. Idéntico afán, en fin, de los pueblos mayas, por hacer reconocer y respetar su derecho a seguir existiendo como grupos diferenciados, portadores de una tradición pujante y una cultura milenaria, que halla en buena parte de sus múltiples formas de expresión religiosa un asidero desde el cual apostar por la modernidad y la permanencia.

En ese afán por perdurar, el mundo maya recurre a todos y cada uno de sus miembros, incluyendo a aquellos que, pese

a estar corporalmente ausentes, aún forman parte de la comunidad: los muertos.

No obstante su interés, resulta imposible detenerse aquí en lo relativo a los componentes de la persona,⁸² aquellos que sobreviven a la muerte física y los lugares donde habitan,⁸³ creencias que dan fe de cómo, a pesar de la influencia que ejerció la prédica misionera en la cosmovisión maya, no se lograron desterrar de manera definitiva otros sitios que desde antiguo daban cobijo a las esencias inmortales. Así, aún se cree que los suicidas (en especial los ahorcados) van a un sitio particular y es frecuente considerar que los espíritus de algunos difuntos (*pixan*) pueden, por así decirlo, vagar por el paisaje;⁸⁴ otros —como los accidentados—, si bien permanecen en el

⁸¹ Este delicioso relato lo analiza Gutiérrez Estévez en un erudito y no menos colorido ensayo (1995).

⁸² Aunque todos los pueblos mayas conciben a la persona compuesta por un cuerpo y uno o más componentes “no físicos”, no existe consenso sobre esto último, excepción hecha, si acaso (que no siempre), entre los protestantes y católicos más ortodoxos, en quienes el concepto de “alma” es generalizado.

⁸³ He tratado el tema con cierto detenimiento en varias comunicaciones previas (2002, 2003 y 2004), de donde tomo las ideas generales e incluso algunos párrafos.

⁸⁴ Pero, a diferencia de lo que considera el imaginario popular católico, este “vagabundear” de los difuntos no supone *per se* características de daño o riesgo (Schmitt, 1994); por lo general remite a lo contrario, ya que están allí para proteger y hasta alertar a sus familiares de algún peligro (bastante más terreno que los fuegos infernales).

Para muchos mayas sus difuntos están presentes, son espíritus protectores y regresan a visitar y contribuyen a renovar los lazos que unen al individuo con el grupo familiar y a las familias con los linajes.

espacio terrestre, no vagan por él sino que están irremediamente atados a un sitio, al menos por algún tiempo; en tanto que algunos más deambulan como vientos, ya en forma de *moso ik*, ya como los conocidos “remolinitos de ruido”, “chocolate” o *bocol och*⁸⁵ que provocan los niños, o los abortos que se entierran sin bautizar (carentes por lo tanto de un nombre que posibilite a Dios llamarlos hacia sí). Algún anciano de Hocabá apuntó: “Muchos dicen que vienen los espíritus para esos tiempos [de Fieles Difuntos], pero hay algunos que dicen así: ‘Los espíritus todo el tiempo están con nosotros, porque los espíritus son puro aire’. Estamos así, pero sólo así [silenciosos, pues] cuando muere uno no le dejan que hable. Desde que muere uno, ya estuvo, pero nunca vuelves a hablar”.

Silenciosos o no, es claro que para muchos mayas sus difuntos están presentes.

Por ello, las familias más celosas de la tradición en Calkiní, Campeche, en consonancia con la idea común en las Tierras Altas mayas de que los antepasados son espíritus protectores del matrimonio, acostumbran depositar los dones entregados a la familia de la novia, el *muhul*, en el altar donde reposan las fotos de los difuntos, para hacerlos partícipes del suceso y asegurar su benevolencia hacia la nueva pareja.

La íntima atadura de los vivos con los muertos se hace tangible, en especial, en la época en que se considera que regresan los segundos a visitar a los primeros; tiempo privilegiado de comunicación con los antepasados. Gozando en un cielo cristiano, vegetando en el limbo o trabajando en el Inframundo, dondequiera que se encuentren, los muertos del mundo maya acuden de visita a sus antiguas moradas en los primeros días del mes de noviembre (Todos Santos, Fieles Difuntos) y contribuyen a renovar los lazos que unen al individuo con el grupo familiar y a las familias con los linajes.

⁸⁵ *Bocol*, *bocol* es el ruido que hace el molinillo de chocolate.



Para el Día de Muertos las familias acuden a rezar a los panteones. Dzotché, Campeche.
 Fotógrafo: Mario Humberto Ruz, 2000.
 Acervo personal.

No es posible entrar aquí en detalles sobre este periodo, rico en rituales y pleno de simbolismos, que muestran gran similitud no sólo en toda el área maya sino con el resto de Mesoamérica. Apunto apenas que rezos, música, flores, incienso, alimentos colocados en los cruces de los caminos, ciertos árboles del huerto, las bardas, las puertas de las casas, los altares interiores y las tumbas, despliegan entonces su amplio abanico de colores, sabores, olores y texturas para hacer grata a los muertos su renovada estancia entre los vivos. Ésta va por lo común del 31 de octubre —cuando llegan los “angelitos”, los muertos niños—

al 2 de noviembre y coincide con la conmemoración cristiana de los Fieles Difuntos, pero a diferencia de lo que consideran otros pueblos mayas, los yucatecos (y los huastecos) creen que se extiende a lo largo de todo noviembre. Por ello, las ofrendas se renuevan y no será sino hasta los últimos días del mes⁸⁶ cuando se agreguen al altar las servilletas limpias para que puedan transportar sus viandas para el viaje de re-

⁸⁶ Es entonces, se asegura en Dzidzantún, cuando caen nuevas lluvias provocadas por las lágrimas de los que parten, tristes porque no verán a los suyos durante un año.

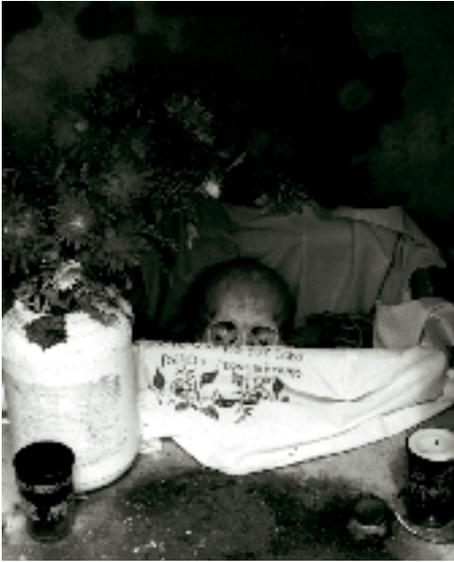
torno, al tiempo que se encienden veladoras para mostrarles el camino, tal y como se hizo antes de su llegada.

Tiempos son éstos particularmente largos, respetados y gozosos en el milenario Mayab. En el terrestre y en su réplica sobrenatural. Porque desde los últimos días de octubre también los muertos inician los preparativos, distribuyen tareas y dan instrucciones a los que arribaron a últimas fechas e ignoran los pormenores de las ceremonias. Quien no haya recibido invitación de parte de sus familiares —por no tenerlos o por un lastimoso olvido— tendrá que fungir como guía y conducir a los demás hasta sus casas, pero sin entrar en ellas. Ha de limitarse a degustar los alimentos colgados en jicaritas en el umbral o puestos sobre los muros que rodean las viviendas. A los que llegaron en el transcurso del año les toca desempeñarse como cargadores, de allí que se les instruya cómo acarrear los tamales (“pibes”) y los alimentos cubiertos con servilletas anudadas para facilitar su transporte, al tiempo que se les advierte que desistan de llevar las comidas caldosas que ciertas familias —ignorantes de la tradición y lo accidentado del viaje— ponen como ofrenda; irían derramándose por los caminos. A aquellos que no han cumplido ni un mes corresponde permanecer cuidando puertas y llaves, pues hasta el guardián nombrado sale “de vacaciones”

a visitar a los suyos. Sólo se dispensa de tareas a quienes no ajustan aún una semana en su nuevo destino, pues como nadie les ha entonado esos “cantos tristísimos de los serafines”, ni siquiera se han enterado de su cambio de signo. Los demás deberán aprovechar las lluvias —que invariablemente caen esos días— para asearse. Impecables, recién lavados y gozosos, los muertos se dirigen a sus antiguas casas a visitar a los suyos, como cada año.

Otro tanto hacen los vivos. Es en preparación de esa visita mensual que los campechanos de Tenabo, Bacabchén y otros pueblos del antiguo Camino Real Alto vacían los osarios y limpian cuidadosamente los restos de sus antepasados para colocarlos sobre paños immaculados (¿resabios de los envoltorios sagrados prehispánicos?), donde el resto de la familia vendrá a saludarlos e incluso a besarlos, al tiempo que se “presentan” a los menores (“esta es tu tía, este tu abuelito”), como si se pretendiera familiarizarlos con los antepasados, cuyo culto quedará en el futuro en sus manos.

Es a lo largo de este mes cuando las mujeres yucatecas se afanarán por comprar leche para colocar en el altar, al menos durante el tiempo que los muertos lactantes sigan requiriéndola (ya irá suprimiéndose conforme los muertos niños crezcan), o caldos de gallina como enseñaron las abuelas que necesitan aquellos que se fueron



Como parte de un antiguo ritual, las poblaciones del Camino Real de Campeche asean y exponen los restos físicos de sus difuntos. Tenabo, Campeche.

Fotógrafo: Mario Humberto Ruz, 2000.
Acervo personal.

habiendo pasado ya por la ablactación. En esos días deberá terminar de barrerse temprano la casa o “apurar” el lavado o las labores de bordado (Orilla, 1996: 15-16), pero no se trata aquí de restricciones laborales al iniciarse días sagrados, como en otras religiones, sino de la más elemental gentileza maya. Hay que evitar que los familiares lloren al ver el trabajo inconcluso y, peor aún, que se pongan a hacerlo. Imposible pensar en tal descortesía frente a un visitante. Incluso hay quien acostumbra

acostarse más temprano para dejar que los difuntos transiten a sus anchas por la casa. Porque, a diferencia de lo que se estila entre los católicos ortodoxos, los mayas no van a los panteones a visitar a los muertos; son éstos quienes vienen al mundo a visitar a los vivos.

Caminos de pétalos y arcos de flores, cohetes, tamales de una y cien formas, aguardiente, tabaco, juguetes y dulces para los niños, velas y veladoras, fotos sobre los altares, tumbas recién blanqueadas en los cementerios pletóricos de flores, ofrendas y hasta música. Los vivos no escatiman gastos, gusto ni esfuerzos para agasajar a los suyos. Acaso la única excepción sea el pequeño poblado yucateco de Kanxok, sobre cuyos altares se observan unas míseras costillas de gallina salpimentada (*chan pican*). Pero los difuntos no lo toman a mal. Ellos mismos ofrecieron en vida otro tanto a quienes los precedieron y saben que no se trata de desatención o tacañería. Comerlas requiere más tiempo, lo cual asegura que los muertos permanezcan otro rato entre sus familiares. Simples estrategias para retener, aunque sea por un breve lapso, a quienes se ama.

A través de los eslabones entre vivos y muertos se encadenan lo somático y lo psíquico, lo individual y lo colectivo, el orden biológico y el social, e incluso lo humano y lo divino. Desvanecidos, incorpóreos o

Desvanecidos, incorpóreos o intangibles, los difuntos colaboran en estrechar la identidad de un gran pueblo que se hermana, entre otras múltiples cosas, en su forma de vivir la muerte.

intangibles, los difuntos colaboran en estrechar la identidad de un gran pueblo que se hermana, entre otras múltiples cosas, en su forma de vivir la muerte. Porque si la identidad se construye, reformula y reconstruye continuamente, tomando siempre como referente al otro, único que posibilita la construcción de un *yo* que para fines de identificación sólo se declina en plural, no cabe duda de que los muertos mayas se ubican en una posición privilegiada en tanto que, pese a seguir siendo parte del *nosotros*, son a la vez también *otros*. *Nosotros* en el tiempo, *otros* en el espacio.

A caballo entre la memoria y el olvido, que no son sino otra forma de expresar el *continuum* tensional entre el pasado y el futuro —dimensiones que en el mundo maya contemporáneo a menudo son una misma, y siempre distinta—, la comunidad de los antepasados muertos colabora en la continua construcción de las comunidades vivas de los pueblos mayas, que anclan su permanencia en la memoria.

Unidos, muertos y vivos reconstruyen día tras día —desde sus propios calendarios y espacios—, la posibilidad de la per-

manencia identitaria. El permanecer conlleva, en modo imprescindible, recuperar aquella parte de la identidad que encarnan los difuntos. Si se deja perecer definitivamente a los muertos en esa muerte definitiva que es la nada del olvido, arrastrarán en su muerte a los vivos. Sin ellos, sin lo que encarnan pese a concebirse descarnados, se cancelan las perspectivas de proyección. Para un pueblo no hay posibilidad de futuro sin memoria del origen.

Memoria legítima y legitimadora del tiempo, la de los mayas no es, sin embargo, un mero recordatorio anquilosado del ayer. A la vez que rememoran, participan de un presente desde el cual contribuyen a imaginar el futuro; un futuro donde la magnitud y dirección que adopten los cambios es decisión que sólo a ellos compete. A nosotros nos toca respetar y apoyar sus esfuerzos por participar plenamente, como individuos y como pueblos, de una nación gracias a ellos plural y fortalecida, donde ser distinto no signifique valer menos, en la cual el derecho a la diferencia no conlleve menoscabo a la justicia y en donde halle cobijo para continuar floreciendo ese pa-



Mujeres que llevan el nixtamal a sus casas. Halacho, Yucatán.
Fotógrafo: Pedro Tzontémoc, 1993.
Fototeca Nacho López, CDI.

rimonio único, milenario y actual, que gozosa, porfiada y garbosamente portan los pueblos mayas.

Patrimonio milenario de miríadas de antiguas palabras, del cual se hacen eco las nuevas voces:

U'yeneex in uídzoneex
 ... In jet yámaj in uídzoneex
 ua'lakbalén uayé
 kin t'anikeex
 tu jun xuk' in tzeek
 tu jun tuuk' in uik'
 in jet yámaj in uídzoneex
 ua'lakbalén uayé
 tu chun ka'anal noj naj dziib
 u tial in jan jan tzolik
 u uooj in t'an ta xikineex
 u tial in jan ja tzolikteex
 u uooj in t'an
 tu noj xikín a uóleex
 tu noj xikín a puksñík'aleex
 in jet yámaj in uídzoneex
 ua'lakbalén uayé
 kin t'anikeex
 tu ki' chun u ki' ch'ibal u ki' maya
 t'an
 in kimén noj mam
 tu ki' chun u ki' ch'ibal u ki' maya
 t'an
 in kimén noj mim
 in jet yámaj in uídzoneex.

Escúchenme hermanitos míos
 ... Muy amados hermanitos míos
 aquí de pie
 les hablo
 desde una esquina de mi discurso
 desde un rincón de mi aliento
 Muy amados hermanitos míos
 estoy aquí
 al pie del alto y gran palacio de las
 escrituras
 para ordenar con urgencia
 mis palabras en sus oídos
 para ordenarles con urgencia
 mis palabras
 en el gran oído de sus corazones
 en el gran oído de sus profundos
 corazones
 Muy amados hermanitos míos
 aquí de pie
 les hablo
 desde el dulce tronco de la dulce
 estirpe
 de la dulce lengua maya
 de mis abuelos muertos
 desde el dulce tronco de la dulce
 estirpe
 de la dulce lengua maya
 de mis abuelas muertas
 muy amados hermanitos míos.

Wademar Noh Tzec,
 Noj Bálam, 1998

BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ, María Cristina, *Diccionario*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Filológicas-Centro de Estudios Mayas, 1984.
- BAÑOS RAMÍREZ, Othón, *Neoliberalismo, reorganización y subsistencia rural. El caso de la zona henequenera de Yucatán, 1980-1992*, Mérida, Universidad Autónoma de Yucatán, 1996.
- , “Hamaca y cambio social en Yucatán”, en *Revista Mexicana del Caribe*, año VIII, núm. 15, 2004, pp. 169-214.
- BARRERA MARÍN, Alfredo, Arturo GÓMEZ POMPA y C. VÁZQUEZ-YÁÑEZ, “El manejo de las selvas por los mayas; sus implicaciones silvícolas y agrícolas”, en *Biótica*, núm. 22, 1977, pp. 47-61.
- BARRERA VÁZQUEZ, Alfredo (trad., introd. y notas), *Cantares de Dzitbalché*, México, Ácrono Producciones, 2001.
- BARTOLOMÉ, Miguel A., y Alicia M. BARABAS, *La resistencia maya. Relaciones interétnicas en el oriente de la Península de Yucatán*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2a. ed., 1981.
- , *La dinámica social de los mayas de Yucatán. Pasado y presente de la situación colonial*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1988.
- BELTRÁN, Marcela *et al.*, “Religión y religiosidad popular en Oncán, Yucatán”, en *Anuario de Estudios Indígenas VII*, San Cristóbal de las Casas, Universidad Autónoma de Chiapas-Instituto de Estudios Indígenas, 1998, pp. 175-225.
- BLANCARTE, Roberto, “Religiones y creencias en México”, en *Este país. Tendencias y opiniones*, núm. 133, 2002, pp. 44-49.
- BRACAMONTE Y SOSA, Pedro, “Quintana Roo”, en *Los mayas peninsulares, un perfil socioeconómico*, M. H. RUZ (coord.), México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Filológicas-Centro de Estudios Mayas, 2002, pp. 107-132.
- , *Los mayas y la tierra. La propiedad indígena en el Yucatán colonial*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social / Instituto de Cultura de Tabasco / Miguel Ángel Porrúa, 2004.
- BURNS, Allan F., *Una época de milagros. Literatura oral del maya yucateco*, Mérida, Universidad Autónoma de Yucatán, 1955.

- CAN PAT, Gerardo (ed.), *Canciones mayas tradicionales*, México, Instituto Nacional Indigenista (Letras Mayas Contemporáneas, 32), 1994.
- , *La nueva canción maya*, México, Instituto Nacional Indigenista (Letras Mayas Contemporáneas, 34 y 36), 1994a.
- CARRANZA SÁNCHEZ, Jorge, et al., "Análisis cartográfico del cambio de uso del suelo de la península de Yucatán, México", Cancún, Amigos de Sian Ka'an, 1996.
- CARRILLO PÉREZ, Delio, "La reactivación del sector forestal", en *Agenda. Economía y Finanzas*, 23, Campeche, 1997, pp. 8-11.
- Chilam Balam de Chumayel*, prólogo y traducción de A. MEDIZ BOLIO, edición de M. DE LA GARZA, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1983.
- COMINSKY, Sheila, "La atención del parto y la Antropología Médica", en *La antropología médica en México*, R. CAMPOS (ed.), t. II, México, Instituto Mora / Universidad Autónoma Metropolitana, 1992, pp. 139-160.
- CUEVAS COB, Briceida, *Je' Bix K'in. Como el Sol*, 3a. serie, vol. 1, México, Instituto Nacional Indigenista (Letras Mayas Contemporáneas), 1998.
- DE LA GARZA CAMINO, Mercedes, 1983, *El hombre en el pensamiento náhuatl y maya*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Filológicas-Centro de Estudios Mayas, 1983.
- , et al. (eds.), *Relaciones histórico-geográficas de la Gobernación de Yucatán*, Ma. C. LEÓN (paleografía), 2 vols., México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Filológicas-Centro de Estudios Mayas, 1983.
- DE PIERREBOURG, Fabienne, "La vivienda maya, enfoque natural y mundo natural. Un enfoque etnoarqueológico", en *Los espacios mayas: usos, representaciones, creencias*, A. BRETON, A. MONOD BECQUELIN y M. H. RUZ (eds.), México-París, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Filológicas-Centro de Estudios Mayas / Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 2003, pp. 235-260.
- DE TERESA, Ana Paula, *Crisis agrícola y economía campesina. El caso de los productores de henequén en Yucatán*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa / Miguel Ángel Porrúa, 1992.

- FARRISS, Nancy M., *Maya Society under Colonial Rule. The Collective Enterprise of Survival*, Princeton, Princeton University Press, 1984.
- FERNÁNDEZ REPETTO, Francisco, y Genny NEGROE SIERRA, "Caminando y 'paseando' con la virgen", en *Identidades sociales en Yucatán*, M. C. LARA (ed.), Mérida, Universidad Autónoma de Yucatán, 1997, pp. 99-131.
- GARMA NAVARRO, Carlos, "Cambio religioso en localidades indígenas del sureste mexicano según el censo de 2000", en *Protestantismo en el mundo maya contemporáneo*, M. H. RUZ y C. GARMA N. (eds.), México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Filológicas-Centro de Estudios Mayas / Universidad Autónoma de México-Iztapalapa, 2004.
- GOBIERNO DEL ESTADO DE CAMPECHE, Campeche, 1997.
- GUTIÉRREZ ESTÉVEZ, M., "De la conversación yucateca al diálogo cristiano y viceversa", en *De palabra y obra en el Nuevo Mundo*, vol. 4, "Tramas de la identidad", M. GUTIÉRREZ *et al.* (eds.), Madrid, Siglo XXI de España, 1995, pp. 171-234.
- HOSTETTLER, Heli, "Milpa Agriculture and Economic Diversification. Socioeconomic Change in Maya Peasant Society of Central Quintana Roo 1900-1990s", tesis, Switzerland, University of Berne, Institut für Ethnologie, 1996.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA, GEOGRAFÍA E INFORMÁTICA, *Campeche. Censo 1995 de Población y Vivienda*, México, 1996.
- , *Campeche. Perfil sociodemográfico*, XII Censo General de Población y Vivienda 2000, México, 2003.
- , *Campeche. Resultados definitivos, tabulados básicos*, México, 1996.
- , *Campeche. Tabulados básicos*, XII Censo General de Población y Vivienda 2000, México, 2001.
- , *Conteo Rápido de Población de 1995*, México, 1997.
- , *Perspectivas estadísticas de Campeche*, México, 1997.
- , *Perspectivas estadísticas de Quintana Roo*, México, 1997.
- , *Perspectivas estadísticas de Yucatán*, México, 1997.
- , *Quintana Roo. Censo 1995 de Población y Vivienda*, México, 1996.
- , *Quintana Roo. Perfil sociodemográfico*, XII Censo General de Población y Vivienda 2000, México, 2003.
- , *Quintana Roo. Resultados definitivos, tabulados básicos*. México, 1995.
- , *Quintana Roo. Resultados definitivos, tabulados básicos*, México, 1996.

- , *Quintana Roo. Tabulados básicos*, XII Censo General de Población y Vivienda 2000, México, 2003.
- , *XI Censo General de Población y Vivienda 1990*, México, 1996.
- , *XII Censo de Población 2000*, Aguascalientes, 2001.
- , *Yucatán. Perfil sociodemográfico*, XII Censo General de Población y Vivienda 2000, México, 2003.
- , *Yucatán. Resultados definitivos, tabulados básicos*, México, 1996.
- JARDOW-PEDERSEN, Max, “El sacrificio de los toros. Comunicación musical y la corrida maya”, en *Yucatán: Historia y Economía*, 25, Mérida, Universidad de Yucatán, 1981, pp. 48-63.
- JONES, Grant D. (ed.), *Anthropology and History in Yucatan*, Austin, University of Texas Press, 1977.
- KROTZ, Esteban (coord.), *Aspectos de la cultura jurídica en Yucatán*, Mérida, Maldonado Editores, 1997.
- , *Cambio cultural y resocialización en Yucatán*, Mérida, Universidad Autónoma de Yucatán, 1997a.
- LANDA, fray Diego de, *Relación de las cosas de Yucatán*, México, Editorial Porrúa, 1978.
- LARA CEBADA, María Cecilia, “Etnicidad y conurbación: lo maya en Chuburná”, en *Identidades sociales en Yucatán*, M. C. LARA (ed.), Mérida, Universidad Autónoma de Yucatán, 1997, pp. 159-194.
- Los municipios de Campeche*, Centro Estatal de Estudios Municipales, Campeche, 1972.
- MALDONADO CANO, Daniela, “Luego se supo que era san Dieguito... Una mirada a la religiosidad popular del sur de Yucatán”, en *De la mano de lo sacro. Santos y demonios en el mundo maya*, M. H. RUZ (ed.), México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Filológicas-Centro de Estudios Mayas, en prensa.
- MURGUÍA ROSETE, Raúl, y Eckart BOEGE, “Diagnóstico de las actividades humanas que se realizan en la Reserva de la Biosfera de Calakmul, estado de Campeche”, 1986 (ms.).
- NOH TZEC, Waldemar, *Noj Bálam. Tumben ik'tánil ti' maya t'an*, 3a. serie, vol. 2, México, Instituto Nacional Indigenista (Letras Mayas Contemporáneas), 1986.

- ORILLA CANCHÉ, Miguel Ángel, *Los días de muertos en Yucatán (Hanal Pixan)*, Mérida, Maldonado Editores, 1996.
- PINKUS RENDÓN, Manuel, "Campesinos yucatecos de Yaxché, y alternativas de supervivencia con el Prodezoh", tesis, Mérida, Instituto de Ciencias Sociales de Mérida, 1993.
- , "Bailes tradicionales de Yucatán. ¿Folklorización o tradición?", tesis, Mérida, Universidad Autónoma de Yucatán, 2002.
- QUINTAL, Ella Fanny, *et al.*, "Solares, rumbos y pueblos: organización social de los mayas peninsulares", en *La comunidad sin límites. La estructura social y comunitaria de los pueblos indígenas de México*, S. MILLÁN y J. VALLE (coords.), México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2003, pp. 293-382.
- , "U Lu'umil maaya wíiniko'ob. La tierra de los mayas", en *Diálogos con el territorio. Simbolizaciones sobre el espacio en las culturas indígenas de México*, A. M. BARABAS (coord.), México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2003a, pp. 263-360.
- RAMÍREZ CARRILLO, Luis Alfonso, "Yucatán", en *Los mayas peninsulares, un perfil socioeconómico*, M. H. RUZ (coord.), México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Filológicas-Centro de Estudios Mayas, 2002, pp. 47-78.
- RODRÍGUEZ BALAM, Enrique, "Pan agrio, maná del Cielo: etnografía de los pentecostales en una comunidad maya en Yucatán", tesis, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2001.
- , "De diablos, demonios y huestes de maldad. Imágenes del diablo entre los pentecostales de una comunidad maya", en *De la mano de lo sacro. Santos y demonios en el mundo maya*, M. H. RUZ (ed.), México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Filológicas-Centro de Estudios Mayas (en prensa).
- RUZ, Mario Humberto, "El resplandor de la tradición. Estampas médicas entre los mayas contemporáneos", en *Sustentos, aflicciones y postrimerías de los amerindios*, M. GUTIÉRREZ (ed.), Madrid, Casa de América (Diálogos Amerindios), 2000, pp. 107-136.
- , "Credos que se alejan, religiosidades que se tocan: los mayas contemporá-

- neos”, en *Religión maya*, M. DE LA GARZA y M. I. NÁJERA (eds.), Madrid, Editorial Trotta, 2002, pp. 321-364.
- , “Pasajes de muerte, paisajes de eternidad”, en *Los espacios mayas: representaciones, utilizaciones y creencias*, A. BRETON, A. MONOD BECQUELIN y M. H. RUZ (eds.), México-París, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Filológicas-Centro de Estudios Mayas / Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 2003, pp. 619-657.
- , “Cada uno con su costumbre. Memoria y olvido en los cultos funerarios contemporáneos”, en *Antropología de la eternidad. La muerte en la cultura maya*, A. CIUDAD, M. H. RUZ y J. IGLESIAS (eds.), Madrid, Sociedad Española de Estudios Mayas / Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Filológicas-Centro de Estudios Mayas, 2003, pp. 531-548.
- , (coord.), *El Campeche maya. Atisbos etnográficos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Filológicas-Centro de Estudios Mayas (en prensa).
- , (coord.), *Paisajes domesticados. Imágenes etnográficas de tres micro-regiones del área central quintanarroense*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Filológicas-Centro de Estudios Mayas, 2002.
- , Pedro BRACAMONTE, Luis Alfonso RAMÍREZ y Gabriela SOLÍS, *Los mayas peninsulares: un perfil socioeconómico*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Filológicas-Centro de Estudios Mayas, 2003.
- , “Thanatos y communitas en el mundo maya contemporáneo”, en *IV Mesa Redonda de Palenque. Memorias*, R. COBOS (ed.), México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2004, pp. 549-566.
- SCHMITT, Jean-Claude, *Les revenants. Les vivants et les morts dans la société médiévale*, Paris, Éditions Gallimard, 1994.
- SECRETARÍA DE MEDIO AMBIENTE, RECURSOS NATURALES Y PESCA, *Programa para la protección de las selvas del trópico húmedo mexicano*, México, 1999 (ms.).
- SERRANO CARRETO, Enrique, “¿Cuántos indígenas hablan lengua indígena?”, en *México indígena*, Nueva Época, vol. 2, núm. 4, México, Instituto Nacional Indigenista, 2003.
- , Arnulfo EMBRIZ OSORIO y Patricia FERNÁNDEZ HAM, *Indicadores socioeconómicos de los pueblos indígenas de México*, 2002, México, Instituto Nacional Indi-

- genista / Secretaría de Desarrollo Social / Consejo Nacional de Población / Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, 2002.
- SIERRA SOSA, Ligia, "Población indígena, migración y mercado de trabajo en Cancún, Quintana Roo, México", tesis, Tarragona, Universitat Rovira i Virgili, 2003.
- SODI, Demetrio, *La literatura de los mayas*, México, Joaquín Mortiz, 1964.
- SOLÍS ROBLEDA, Gabriela, "Campeche", en *Los mayas peninsulares, un perfil socioeconómico*, M. H. RUZ (coord.), México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Filológicas-Centro de Estudios Mayas, 2002, pp. 79-106.
- VILLALOBOS A., Víctor Manuel, "Degradación de suelos forestales: estrategias hacia su conservación y restauración", s.p.i., s.f.
- VILLA ROJAS, Alfonso, *Los elegidos de Dios. Etnografía de los mayas de Quintana Roo*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1989.
- , *Estudios etnológicos: los mayas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1995.
- XIMÉNEZ, fray Francisco, *Historia de la provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala de la Orden de Predicadores*, vol. I. Guatemala, Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala, 1971.

CARACTERÍSTICAS DE LA POBLACIÓN EN HOGARES MAYAS
DE LA PENÍNSULA DE YUCATÁN, 2000¹

	Total	%	Hombres	Mujeres
Población en hogares mayas	1 447 389		728 135	719 254
Hablantes de lengua indígena ²	787 553	54.4	402 855	384 698
No hablantes de lengua indígena	504 160	34.8	246 016	258 144
No especificado	3 495	0.2	1 788	1 707
Población de 0 a 4 años	152 181	10.5	77 476	74 705
Población de 5 a 14 años	343 280	23.7	173 457	169 823
Población de 15 a 24 años	307 713	21.3	154 390	153 323
Población de 25 a 44 años	353 221	24.4	173 808	179 413
Población de 45 a 64 años	197 066	13.6	98 842	98 224
Población de 65 y más años	90 145	6.2	47 870	42 275
Población de edad no especificada	3 783	0.3	2 292	1 491
Población de 15 años y más	98 145		474 910	473 235
Sin instrucción escolarizada	151 665	16.0	63 133	88 532
Con algún grado de primaria	465 883	49.1	225 707	240 176
Con posprimaria	322 087	34.0	181 558	140 529
No especificado	8 510	0.9	4 512	3 998
Población ocupada	528 303		386 789	141 514
Ocupados en actividades agropecuarias ³	133 538	25.3	129 640	3 898
Ocupados sin ingresos ⁴	80 519	15.2	67 006	13 513
Viviendas	302 224			
Con agua entubada	275 210	91.1		
Con drenaje	136 006	45.0		
Con electricidad	280 466	92.8		

Notas

¹ Se refiere a la población en hogares en donde el jefe, el cónyuge o algún ascendente declaró ser hablante de lengua maya, los datos corresponden a las entidades de Campeche, Quintana Roo y Yucatán.

² Incluye hablantes de maya y de otras lenguas indígenas de 5 años y más.

³ La diferencia entre la población ocupada y aquella en actividades agropecuarias está distribuida en otras actividades económicas.

⁴ La diferencia entre la población ocupada y aquella sin ingresos está distribuida en otros rangos de ingresos.

Fuente: Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas / Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, "Sistema Nacional de Indicadores sobre la Población Indígena de México", 2002, con base en *XII Censo General de Población y Vivienda*, México, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, 2000.

Mayas. Segunda parte, de Mario Humberto Ruz, se terminó de imprimir en abril de 2006 en los talleres de Impresora y Ecuadernadora Progreso, S.A. de C.V., San Lorenzo 244, Col. Paraje San Juan, Deleg. Iztapalapa, C.P. 09830, México, D.F. El tiraje fue de 6 000 ejemplares.

Las tareas de digitalización y retoque de imágenes, composición tipográfica, diagramación

